Una idea de la vida en Blanca alrededor del año 1900

Ángel Rios Martínez - Govert Westerveld



Una idea de la vida en Blanca alrededor del año 1900



Ángel Riós Martínez
Govert Westerveld

Una idea de la vida en Blanca alrededor del año 1900



Ángel Ríos Martínez
Govert Westerveld



Una idea de la vida en Blanca alrededor del año 1900

© Ángel Ríos Martínez (Cronista Oficial de Blanca)
Govert Westerveld (Hispanista Emérito -Instituto Cervantes)
Academia de Estudios Humanísticos de Blanca (Murcia) Spain

ISBN: 978-1-716-27209-7

Dedicatoria

Al pueblo de Blanca

1 Prólogo

Rafael López de Haro fue notario de Blanca desde el año 1902 hasta 1905. De hecho, en 1902 fue el notario más joven de España. Después vivió en otras ciudades como Valdepeñas (Pontevedra), Zaragoza, Barcelona y finalmente Madrid, pero nunca pudo olvidar los años que estuvo en Blanca, un lugar paradisíaco.

Escribió muchísimas obras durante toda su vida, y gracias a ellas nos enteramos sobre cómo era la vida diaria de Blanca. Por ejemplo, nos hace saber que en aquellos años aún se cultivaban las peras:

«Yo no sabía de Blanca, sino que allí se crían naranjos y frutales: "agrio y frutales" se dice en los títulos de propiedad. En una frutería de la calle de peligros veía con frecuencia un marbete anunciando "peras de Blanca" sobre el montón fragante de una especie de pomas de forma alargada, amarillas con rubores de carmín».

En otro momento nos habla de la flor de azahar, un producto muy solicitado por los fabricantes de colonia y que los alemanes llamaban "Eau de Cologne":

«Durante la floración de los naranjos las huertas se vestían de blanco, tendidos en el suelo lienzos en qué recoger los pétalos de azahar. Algunos huertanos habían conseguido tener naranjos en flor todo el tiempo; cómo convencían a los árboles de que siempre estábamos en abril era un secreto suyo. El azahar de millares de novias, de Blanca procedía. Las flores eran preparadas de tal modo que llegaban a cualquier parte- y no existían aeroplanos- como si las acabaran de cortar. ¡Qué bien se vivía en Blanca!»

En una de sus novelas, “Doña Rosario”, el nombre de Blanca es **Almoraña** y el protagonista es el ingeniero que dirigió las obras de la central eléctrica.

El pueblo estaba aislado del mundo exterior y esto se notaba en los periódicos, los cuales llegaron a **Almoraña** con dos fechas de retraso.

Para trasladarse desde la estación de tren a **Almoraña** solo había un carrillo de dos ruedas, de los que allí llaman "atartanados", únicamente accesible por la delantera mediante un estribo adosado a la vara. El carrillo era propiedad de Paco “el Mudo”,   a quien así llamaban porque no callaba nunca.

La caminata hacia el pueblo era una verdadera odisea. La carretera de tercer orden con baches profundos y un polvo ardiente continuaba sesgando la llanura ilimitada y desierta.

Pero no te diremos nada más. Ahora es el lector quien, con la novela Rosario (¿nombre prestado de la Virgen del Rosario?), puede dar a su imaginación la oportunidad de conocer la vida en Blanca alrededor del año 1900.

Nuestros agradecimientos a cuantas personas han colaborado facilitándonos datos, fotografías..., ya que gracias a ellos tenemos en nuestras manos este sencillo trabajo.

Los autores

TABLE OF CONTENTS

1 Prólogo VI
2 Blanca en la literatura 1
3 Rafael López de Haro 4
3.1 Biografía 4
3.1.1 Obras 5
3.1.2 Novelas 8
3.1.3 Teatro 12
3.1.4 Otras obras 13
4 Algo más sobre su vida 14
4.1 La Reforma del Notariado 14
4.2 Azar y azahar de Blanca. 16
4.3 En la intimidad. 23
4.4 Motorfobia 28
4.5 Conversación 33
4.6 Escuela de cobardes 37
4.6.1 Observaciones de Heraldo de Madrid 40
4.6.2 Cartas enviadas 43
4.7 La fiesta 45
5 La Virgen del Rosario 49
6 Doña Rosario 90
6.1 Cápitulo 1 90
6.2 Capítulo II 95
6.3 Capítulo III 103
6.4 Capítulo IV 109
6.5 Capítulo V 114
6.6 Capítulo VI 118
6.7 Capítulo VII 124
6.8 Capítulo VIII 127
6.9 Capítulo IX 131

2 Blanca en la literatura

Azorín. El gran escritor de la generación del 98. José Martínez Ruiz, en la segunda parte de su libro “La Voluntad”, tiene dos capítulos que los titula, los dos, Blanca. Llega desde Madrid y se queda en Blanca. Cuenta que entra en una barbería y oye al barbero que hablaba, con todo entusiasmo de un tal Roque Barcia.

Barcia, sigue diciendo Azorín que él no conocía a más Roque Barcia que al autor de un Diccionario etimológico y que no se fiaba de un barbero que hablaba con entusiasmo del autor de un Diccionario etimológico. Leyendo yo después la obra de Ramón J. Sender “Mister Wight en el Cantón” aparece este personaje que Azorín desconocía. Roque Barcia había sido uno de los prometores más importantes del cantonalismo de Cartagena.

Don Rafael López de Haro ha sido uno de los grandes novelistas de la Literatura española, en la primera mitad de este siglo. Tiene infinidad de obras donde refleja el ambiente de estos pueblos. Fue Notario de Blanca [entre 1902 a 1905]; dice él mismo “era yo entonces el notario más joven de España”. Debió ocupar la Notaría en los primeros años del siglo. Escribe Joaquin de Entrambasaguas, su biógrafo, “el ambiente paradisíaco de Blanca no lo olvidó nunca”.

Yo recuerdo haber visto en el Cementerio, en la parte de arriba, mucho antes de la reforma actual, una tumba pequeña con una barandilla de hierro y una lápida de mármol blanco que decía, en sentido diagonal de la lápida, “Blanca López de Haro y Puga”. Fue una hija que se le murió al novelista aquí. Supongo que ha desaparecido la tumba porque ya no he vuelto a verla, aunque la he buscado. En una de sus novelas “Doña Rosario”, el nombre de este pueblo es Almoraña y el protagonista es el ingeniero que dirigió las obras de la central eléctrica. **No sé si Azorín y**

López de Haro tienen alguna calle dedicada. Sugiero, si no la tienen, ese homenaje a estos grandes escritores[1].





[1] **MARTINEZ BRU, Santiago** (1994). Pregón de fiestas. En: libro de fiestas de Blanca. p. 15


CALLE
DE
RAFAEL LOPEZ DE HARO

3 Rafael López de Haro

3.1 Biografía

Rafael López de Haro (San Clemente, 5 de julio de 1876-Madrid, 21 de marzo de 1967) fue un escritor, narrador, dramaturgo, periodista y guionista cinematográfico español

Rafael López de Haro y Moya nació el 5 de julio de 1876 en la localidad conquense de San Clemente. Pasó en su niñez grandes penurias económicas como noveno y último vástago de una familia numerosa y asediada por problemas económicos a causa de que el padre, un juez de muchos años, padecía un gran quebranto de salud. Finalmente, el ilustre jurisconsulto D. Urbano López de Haro murió con 78 años de edad en Tomelloso, en mayo del año 1903. Tuvo el título de Comendador de Isabel la Católica[2].

Vivieron en Asturias y Galicia y Rafael tuvo que estudiar el bachillerato en Cuenca a expensas de un hermano mayor abogado, a causa de cuyo fallecimiento tuvo que ponerse a trabajar como segundo escribiente en Obras Públicas con un sueldo de 5000 reales al año. Picado de vocación literaria y aislado de su familia, publicó pequeños trabajos en un semanario local y versos en la siempre abierta revista *Madrid Cómico*, cantera habitual de escritores noveles, pagándose la carrera de Derecho y examinándose por libre en la Universidad Central; concluida la carrera, logró unas oposiciones a notarías y fue destinado a una de tercera clase en Blancas (Murcia). En el notariado irá ganando diversas oposiciones que lo llevaron a otras de primera clase.
Tras un lapsus en Ciudad Real, donde dirigió el semanario literario *La Fiesta* (1895-1897), colaboró en el periódico *La Tribuna* y publicó su único libro poético, *Oretanas: Leyendas en verso* (Ciudad-Real: [s. n.] 1898).[1] Obtuvo una notaria de

---

[2] Diario de Murcia, 8 de mayo de 1903, p. 3

primera clase en Pontevedra, que ocupó cuando en Europa se dirimía la I Guerra Mundial, y entró en política de la mano de Antonio Maura.
Fue gobernador civil de varias provincias, la última Sevilla; después reingresó en notarías y desempeñó esa labor en Zaragoza, Barcelona y, por fin, desde 1940 Madrid, donde se jubiló en 1951.
Durante la Guerra Civil publicó numerosos artículos de prensa apoyando a los sublevados, por ejemplo, en *La Vanguardia*, poco después de caer Barcelona, y estrenó una comedia contra los republicanos. Después escribió una maniquea trilogía de novelas sobre la contienda entre las cuales *Adán, Eva y yo* se señala por un fuerte antisemitismo.
Murió el 21 de marzo de 1967 en Madrid.[2]

3.1.1 Obras

Publicó 127 novelas, entre ellas 27 largas y unas cien cortas, veinte comedias, y algunos versos, ensayos y recopilaciones de artículos periodísticos. Muchas de sus novelas fueron traducidas al inglés, alemán, italiano etcétera y algunas alcanzaron tiradas de más de cien mil ejemplares (según sus editores; él creía que había que quitar un cero) o fueron adaptadas al cine. Quizá su novela más apreciada fuera *Adán, Eva y yo* (1939), subtitulada *novela en clave de la Guerra Civil de España*), que fue la más vendida, aunque él prefería considerar su obra maestra el *Alonso Quijano* de 1959, aunque tanto el crítico Melchor Fernández Almagro como el propio autor declararon no fue entendida en absoluto. En la actualidad se cree que su obra maestra y más representativa es *¡Muera el señorito! (Ni patria ni amor)* (Madrid: Renacimiento, 1916) por sus cuidados estilo y lenguaje, su durísimo retrato del caciquismo manchego y sus bien delimitados personajes y ambientes.
La trayectoria literaria propiamente dicha del autor empezó con *En un lugar de la Mancha*, 1906, obra que lo situó entre los escritores del naturalismo por su temática violenta, en particular entre los discípulos de Felipe Trigo, cultivadores de la novela erótica, que también cultivó él. Igualmente fueron muy leídas *La Venus miente* (cinco ediciones), *Dominadoras*, 1907; *Floración*,

1909, y *Poseída*, 1911. Entre estas fechas fueron apareciendo decenas de novelas cortas en las colecciones *El cuento semanal*, *La novela corta*, *Contemporáneos*, *La novela semanal* y *La novela de hoy*. Muchas de estas novelas están veteadas de inquietudes sociales y éticas.

Adán, Eva y yo, quizá la obra de más abierto antisemitismo en toda la literatura española del preguerra (todos los males del mundo se deben según esta novela a una conjura sionista), forma parte de una trilogía sobre la Guerra Civil formada también por *La herida en el corazón* y *Fuego en el bosque* y está narrada en primera persona por el ya fallecido personaje principal (especie de don Juan) a través de un médium, hasta es que es ejecutado por un Tribunal Popular.[3] Sus *Novelas escogidas* aparecieron en 1949.

En cuanto a sus colaboraciones periodísticas, de tema muy variado y aún sin recoger, fueron especialmente numerosas las del diario gráfico *Ahora* y las de la revista *Renovación Española*, órgano del partido derechista y monárquico del mismo nombre. El autor militó en las filas del partido de Antonio Maura, quien lo quiso llevar a la Academia pero falleció antes de conseguir su propósito, que tampoco el autor estaba demasiado animado para asumir. Entró en política en Pontevedra, indignado porque el asesino de un cacique no encontrara defensor; eso le hizo pedir el alta de la notaría; consiguió salvar al asesino, y se presentó en Pontevedra, siendo derrotado. Maura lo hizo gobernador civil de Segovia, Albacete y Sevilla, y después volvió a la carrera de notarías, consiguiendo la plaza de Barcelona.

Del Tajo en la ribera, n.º 149 de El Cuento Semanal (5 de noviembre de 1909). Portada de Agustín.

En cuanto a su concepto de novela, dijo al crítico Julio Cejador:

> *Yo no soy sistemático. Cada novela mía no parece hermana de las otras. Hasta de estilo cambio. El asunto me domina y me hace esclavo, y escribir de un modo que suele ser, no ya diferente, sino contrario a mi modo anterior*

Definió la novela, con su particular agudeza, de esta manera: "Debe ser la historia de lo que no ha sucedido, así como la historia debe ser la novela de lo que ha ocurrido". Dividió su producción narrativa en tres grupos: "Novelas de la vida", "novelas de la carne" y "novelas de las almas", aunque no

siempre es fácil trazar fronteras, pues él mismo apreció que algunas de ellas fueron escritas *pane lucrando*, esto es, con "concesiones al bolsillo", porque "se escribe para ganar dinero". Por ello el erotismo que hay en parte de sus novelas obedeció a meras razones de cálculo comercial. Sus novelas extensas fueron:

- **Novelas de la vida**: *En un lugar de La Mancha*, *Dominadoras*, *Impiedad*, *Batalla de odios*, *La novela del honor*, *Poseída*, *El país de los medianos*, *¡Muera el señorito!*, *Los nietos de los celtas* (adaptada al cine), *El más grande amor*, *Un hombre solo*, *¿Y después?*, *Por el amor se va* y *Eva libertaria*.
- **Novelas de la carne**: *El salto de la novia*, *Floración*, *Entre todas las mujeres*, *La imposible*, *Las sensaciones de Julia*, *La venus miente*, *Fuego en las entrañas*, *Yo he sido casada*.
- **Novelas de las almas**: *Sirena* (muy traducida y de gran éxito en su versión alemana), *Ante el Cristo de Limpias*, *Un hombre visto por dentro*, *Adán, Eva y yo*, *Interior iluminado* y *Entredós*.

Su estilo se resiente de algunos vocablos cultistas y cierta pedrería metafórica modernista y decadente. De su teatro se recuerdan piezas como *Ser o no ser*, *Entre desconocidos* (estrenada por María Guerrero en América y por Rosario Pino en España), *Una puerta cerrada*, *Una conquista difícil* y *Una ventana al interior*; también compuso piezas en colaboración con Emilio Gómez de Miguel y Pedro Muñoz Seca y una pieza de teatro de guerra durante la contienda civil, bajo el punto de vista de los sublevados, *El compañero Pérez*, de sesgo cómico y que, según Julio Rodríguez Puértolas, "no ahorra procedimiento alguno para ridiculizar al enemigo intentando conectar con el costumbrismo de sainete de tiempos anteriores".[4] Se acercó al cine realizando un par de guiones cinematográficos, entre ellos el de la primera película de ficción gallega, *Miss Ledyia*, dirigida en 1916 por José Gil Gil. Un equipo internacional formado por el director alemán Adolf Trotz, un director de fotografía danés y un montador ruso adaptó su novela galaica *Los nietos de los celtas* con el título de *Alalá* (1933). No Entre sus ensayos destaca *Su majestad, el individuo*

3.1.2 Novelas

- *Corresponsal de guerra*, Madrid: La Novela Corta, 1917 y Santiago: [s.n.], 1919.
- *Batalla de odios: novela*. Madrid, [19--?]
- *Ante el Cristo de Limpias, novela*. Madrid, Biblioteca nueva [1921] y Madrid, [1923].
- *Los nietos de los celtas*. Madrid, Renacimiento, 1917.
- *La monja de cera: novela*. Madrid: Prensa Gráfica, 1921.
- *El país de los medianos: novela*, Madrid: Renacimiento, 1913.
- *El salto de la novia: novela*, Barcelona: Ramón Sopena, [192-?]
- *El triunfo de la sangre: novela inédita*. Madrid: [Imp. de La Novela Corta], 1917 y *El triunfo de la Sangre. Novelas*, Madrid, [1923]
- *Pedazos de belleza: novela*, Madrid Los Contemporáneos, 1917.
- *Las sensaciones de Julia: novela*. Barcelona: Sopena, [1915]
- *Pero el amor se va: novela*. Madrid : Biblioteca Nueva, [1922?]
- *Todos los amores; novela*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1923.
- *La Venus miente: novela*, Madrid: Biblioteca Nueva, [19--?]; 2.ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, [1923]; 3.ª Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, ¿1925?; 4.º, Madrid: Ed. Estampa, 1930. 5.ª MAdrid: Ed. Dólar, s. a.
- *Dominadoras: novela*. Madrid: Renacimiento, 1914.
- *Sirena: (novela)*. Madrid: Biblioteca Renacimiento, 1910 y Barcelona: Ramón Sopena, [1922].
- *La imposible, novela*. Madrid, Renacimiento [1912?]
- *¡Muera el señorito! (Ni patria ni amor), novela*. Madrid: Renacimiento, 1916 y Barcelona: Ramón Sopena, ¿1916?
- *Fuego en las entrañas, novela*. Madrid, Biblioteca Nueva, s. a.; 2.ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, [ca. 1930]
- *El más grande amor: novela* Madrid: V. H. Sanz Calleja, [1918?]
- *La vieja canción: novela*. Madrid: La Novela Corta, 1919 y Madrid: Prensa Moderna, 1928.

- *El pelele: novela*. Madrid: Prensa Moderna, 1928.
- *Un hombre visto por dentro: novela*. Madrid: Editorial Atlántida, [1924]
- *Interior iluminado*. Madrid: Ed. Febo, [1945] (con prólogo de Gregorio Marañón) y [Madrid], [Aguilar], [1951].
- *Entre todas las mujeres, novela*. Madrid, Biblioteca Nueva [192-?]
- *Flores del Dancing: novela*. Madrid: Prensa Gráfica, 1924.
- *Ahora*, Madrid: Rollan [1952]
- *Poseída, novela*. Madrid: Biblioteca Renacimiento (V. Prieto y compañía editores, 1911.
- *Alonso Quijano*, novela. Madrid, Aguilar, 1959.
- *Adán, Eva y yo; novela*. Barcelona, Casa editorial Araluce, 1939 (novela en clave sobre la Guerra Civil).
- *La novela del honor*. Barcelona, Ramón Sopena,
- *Yo he sido casada*: Madrid, Editorial Estampa, 1930; ed. Betis, 1941; Madrid: General de Ediciones, s. a.
- *Un hombre solo, novela*. Madrid, Editorial Pueyo, 1920.
- *Entredós; novela*. Madrid, Aguilar, 1955.
- *Floración: (del amor y del pudor)* Barcelona : R. Sopena, [1909] y Barcelona: Ramón Sopena, [1916], 2.ª ed.
- *Piropo*. Madrid, Cid, [19--?]
- *Uno de tantos: novela* [Madrid] : Los Contemporáneos, 1921.
- *¿Y después? Historia de un imaginativo erótico y sentimental*. Madrid : Biblioteca Nueva, [1921?]
- *El secreto de Hortensia: novela* Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *La novela de un viaje* [Madrid]: Los Contemporáneos, 1918.
- *La zarabanda de las pasiones; drama de almas*. Madrid, J. Pueyo, [1918].
- *Los ojos verdes de Otilia: novela* Madrid: La Novela de Hoy núm. 38 /Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *Se ignora cual de las dos: novela* Madrid: Novela Mundial, [1926]

- *En un cuerpo de mujer: novela inedita* Madrid, 1918 y *En un cuerpo de mujer, novelas*. Madrid, V. H. de Sanz Calleja [1922]
- *...En un lugar de la Mancha; novela*. Madrid, Pueyo [1906]
- *Demasiado hermosa* Madrid: Sucesores de Rivadeneira, 1924.
- *¿Dónde he visto yo esta cara?: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1928.
- *¿Eres tú?: novela*, Madrid: Novela Mundial, [1926]
- *Amar y... morir: novela*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1925.
- *Coqueta: novela inédita*, Madrid: [Prensa Popular], 1918.
- *Doble crimen: novela*, Madrid: La Novela de Hoy núm. 79 / Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- *Joaquinito: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1928.
- *Cara a cara: novela*, Madrid: Novela Mundial, 1927.
- *Interior obscuro: novela*, Madrid: Prensa Moderna, [1928]
- *El hombre que se vio en el espejo*, Madrid Editores Reunidos 1936.
- *La duquesa ofidia: novela*, Madrid: Prensa Gráfica, 1922.
- *La suprema ley: novela*, Madrid: Prensa Gráfica / La Novela Semanal, 1922.
- *Nadie lo vio: novela*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1924.
- *¿Quién manda?: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1919.
- *Olivia, la genial: novela*, Madrid: Atlántida / Imp. Artística de Sáez Hermanos, 1925.
- *Un carácter: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1920.
- *No es un cuento: novela*, [Madrid]: Los Contemporáneos, 1920.
- *Eva libertaria; novela*. Madrid, Estampa, 1933.
- *El hombre del sombrero gris: novela*, Madrid: La Novela Mundial, 1927.
- *Deigénita*. Madrid, [Prensa Popular], 1917.
- *Eva en el hotel: novela*, Madrid: La Novela Mundial, 1927.

- *El día siguiente*. Madrid, Rollán [1953]
- *Mi amigo el viajero: novela*, Madrid: La Novela Mundial, 1927.
- *El principio primero*. Madrid, 1919.
- *Doña Rosario*, Madrid: [Prensa Popular, La Novela Corta], 1919.
- *Nera*. Madrid, La Novela Corta núm. 232, 1920.
- *El prodigio de un amor; Doña Rosario*, Madrid: [s.n., 1941]
- *Espejo de paraísos: novela*, Madrid Los Contemporáneos 1916.
- *La hija del mar: Novela*, Madrid: V. H. Sanz Calleja [s.a.] y en *La Hija del Mar. Novelas*. Madrid, [1923]
- *Fuego en el bosque*, Madrid: Ediciones Españolas, [1939]
- *La mirada del ciego: novela*, Madrid: Los Contemporáneos, 1916.
- *La inmolada: novela*, Madrid: Los Contemporáneos, 1917.
- *Espejo de paraísos*, Madrid, 1916
- *El amor de Doria*, Madrid El Libro Popular 1913.
- *La cueva de las ideas* Madrid, Los Contemporáneos, 1916.
- *En el misterio de la noche: novela* Madrid: Imp. Artística de Sáez Hermanos, 1926.
- *El amor, la codicia y la muerte* Madrid: El Libro Popular, 1914.
- *El traidor*, Madrid: Atlántida, 1931.
- *Vulgaridad*, Madrid: El Cuento Semanal, 1909.
- *Coincidencia extraña: novela*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1922.
- *Del Tajo en la ribera. Novela.*, Madrid, El Cuento Semanal, 1909.
- *Eleonora*, El Cuento Galante núm. 9, 1913.
- *La mujer de los dos*. Madrid, El Libro Popular, 1914.
- *Nora la intrépida*. Madrid: Los Contemporáneos, núm. 355, 1915
- *Las sensaciones de Julia*, Madrid:, Ed. Renacimiento, Madrid 1915.
- *Coqueta*, Madrid: La Novela Corta, 1918.

- *El más grande amor. (Novela)*, Madrid: Renacimiento, 1918.
- *El prodigio de un amor*. Nadrid: La Novela de Hoy núm. 89, 1924.
- *Fútbol... Jazz-Band*. Madrid: La Novela de Hoy núm. 127, 1924.
- *En el misterio de la noche*. Madrid: La Novela de Hoy núm. 203, 1926.
- *La novela de noche. Demasiado hermosa*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1924.
- *El fugitivo*. Madrid: La Novela de Hoy, 1930.
- *¿Cómo era Susana?*, Madrid: La Novela de Hoy núm. 453, 16 de enero de 1931.
- *El Día siguiente*, Madrid: Edit. Rollán, 1953.
- *Batalla de odios. Novela*. Madrid: Sanz Calleja, (192...)
- *La imposible. Del Tajo en la ribera*. Madrid: V. H. Sanz Calleja, s. a.
- *Ojos claros*, Sevilla: Betis, s. a.
- *Yo maté a Juan León: novela*
- *Los zurdos*
- *El enigma de la Gioconda*

3.1.3 Teatro

- *Ser o no ser. Una puerta cerrada. La novia de ayer. Comedias*. Madrid, Biblioteca Nueva [1926]
- *Ser o no ser: comedia en tres actos* Madrid : La Farsa, 1930.
- *Una puerta cerrada*
- *La novia de ayer*
- *Una conquista difícil: comedia en tres actos, en prosa original* Madrid: La Farsa, 1931 y MAdrid: La Escena, núm. 26, 1942.
- *Ella o el diablo: novela representable en un prólogo y tres actos* Madrid: La Farsa, 1930.
- *Entre desconocidos: comedia en tres actos*, Madrid: La Farsa, 1928 y Madrid: Rivadeneyra, 1928.
- *Sencillamente*
- *Un timbre que no suena*, publicada como novela (Madrid: La Novela Mundial, 1928) y más tarde: *Un*

timbre que no suena: comedia en tres actos, original [Madrid?], [1942?]

- *Una ventana al interior*
- *Voz del silencio*, Madrid: La Escena, 1943.
- Con Emilio Gómez de Miguel, *K-29: comedia en tres actos* Madrid: La Farsa, 1930.
- Con Pedro Muñoz Seca, *Poca cosa es un hombre, comedia en tres actos* Madrid: Tall. gráf. Piñera, [1926?]
- *El compañero Pérez.*

3.1.4 Otras obras

- *Oretanas: Leyendas en verso* Ciudad-Real: [s. n.], 1898.
- *Vencejos*. manuscrito
- *Endogamia y exogamia*, manuscrito.
- *Vendrán ellos*, manuscrito.
- *La casita rodante*, manuscrito.
- *Balance moral*, manuscrito.
- *Lobos y perros*, manuscrito.
- *¿Qué es el trabajo?*, manuscrito.
- *Sí, pero no*, manuscrito.
- *[María Fernanda Ladrón de Guevara. Su vida. Sus anécdotas. Su arte. Sus creaciones]]. [Barcelona, s. n., 1940]*
- *¡A la fuerza!: argumento de película, inédito* [Valencia]: La Novela con Regalo, 1916.
- Guion de *Miss Ledyia*, el primer filme de ficción gallego que se conoce dirigido en 1916 por José Gil y Gil.
- *El sentido de la ortografía*, manuscrito.
- *Nuevo régimen de la propiedad immueble: Ley de bases*, Madrid: Reus, 1919.

4 Algo más sobre su vida

4.1 La Reforma del Notariado

En esta, como en todas las cuestiones que interesan á una colectividad, hay que oir siempre la voz de los más, y sobre todo la voz de los que sufren más, y los más y los que sufren más no son ciertamente los notarios de las grandes poblaciones, ni mucho menos los notarios de Madrid, que van abusando de la costumbre de llevar la voz cantante del cuerpo. Los más somos los notarios de pueblo, los que habiendo empleado juventud y patrimonio en seguir la carrera, los que habiendo esforzado sus energías en reñida oposición, nos vernos al pié de un campanario, mal traídos por un cacique, mal llevados por otro, lesionados en nuestros intereses por cuatro tagarotes de juzgado municipal, y atreotados, en fin, de modos diversos. Nosotros somos quienes tenemos preferente derecho a ser oídos.

El notariado es un cuerpo en descomposición, que no es lamentable, sino provechosa, á mi juicio, porque de ella saldrá la institución con más vigor.

Hay en el notariado dos tendencias: la que se encuentra muy bien con el negocio, y la que protesta que sea negocio, lo que la ley ordena que sea un ministerio.

El notariado huele podrido y hay que desinfectarlo: el negarlo fuera aberración suicida.

La forma, para mí, es indiscutibie, la demarcación cerrada, llámese notaría única ó como se llame, y el reparto de ciertos instrumentos que por su naturaleza son perfectamente susceptibles de ello.

Y aquí de las objeciones «Un notario de esta corte»: «A todos— dice—es permitido escoger abogado, médico, arquitecto... ¿y habrá de negarse á alguien la potestad de escoger notario?. . . «Ni el abogado, ni el médico, ni el arquitecto son funcionarios publicos, señor mio: el notario lo es.

Ni al abogado, ni al médico, ni al arquitecto se les obliga á ejercer sus profesiones en un punto determinado, mientras que la ley sujeta al notario á su protocolo, como un árbol á su raiz. En justa compensación de la libérrima facultad que tiene cada

ciudadano de escoger al notario que más le agrade, concédase al notario la de ejercer donde mas le guste, y entonces estaremos iguales, y el notario preopinante tendrá otro compañero más en Madrid.
Que la notaría es cargo de confianza y nadie debe ser obligado á depositar sus secretos en persona determinada; pues díré al ilustrado compañero que igual razón habria para que se nos dejase elegir al juez que debe resolver sobre nuestra fortuna, nuestra honra, nuestra libertad y nuestra vida, porque si confianza ha menester el ciudadano en su notario, más necesita tenerla en su juez, en una sociedad bien organizada.
Por último, el argumento que emplea el aludido compañero al refutar el proyecto de reparto de ciertos otorgamientos, carece de base y contiene conceptos que su autor no pensará sostener. Los Bancos y sociedades deben su existencia á la ley, y la ley, que los reconoce y les dá personalidad, puede exigirles todo lo que no sea contrario á la justicia y á la razón, en cuanto á lo primero; y en cuanto á lo segundo, no creo yo que el notario que así discurre guarde con más fidelidad las letras, documentos y cantidades que le entregue un amigo que los que le confíe un ciudadano cualquiera, atenido al cargo que desempeña.
Como tódos los notarios, él sabrá lo grave de sus deberes y conocerá las disposicionés del Código penal. Suponer lo contrario, es una ofensa al cuerpo notarial.
Para terminar: si los notarios insistimos en la manía de que toda reforma sea antes criticada que nacida, los ministros de talento y voluntad tan grandes como el Sr. Dato, nos dejarán perpétuamente abandonados, ya que con tanta hostilidad les pagamos lo que les debemos de gratitud.—
Rafael Lopez de Haro, abogado y notario de Blanca[3].

[3] El Diario de Murcia, 26-02-1902, p. 4

4.2 Azar y azahar de Blanca.

Rafael López de Haro (1876-1967).
A pesar de que Miguel de Montaigne dejó una obra imperecedera y creó un género "presentándose a sí mismo como asunto y argumento de sus ensayos", hay quien dice ahora que eso es de mal gusto. Yo voy a cometer tal pecado de inelegancia dejando correr mi pluma al impulso de un recuerdo y de una emoción. Voy a evocar tres años de mi vida en Blanca, un pueblo de la provincia de Murcia, a orillas del Segura claro y benéfico, a que sus afluentes continuos o eventuales acrecen de vez en vez, conviertiéndolo en enemigo catastrófico y desolador. Acababa yo de ganar mis primeras oposiciones, por las que merecí ser nombrado notario de Blanca, primer azar, pues, pude serlo de otro pueblo cualquiera. Era yo entonces, ¡ay! el notario más joven de España. Mi carrera literaria había empezado antes en "Madrid Cómico" y otras revistas. Quedó planteada la pugna que había de reñirse durante toda mi vida y que sigue en tablas: ni el escritor ha vencido al notario, ni el notario al escritor; ambos conviven en mí siempre a la greña. Implicaba renunciar a muchas ilusiones el desterrarme de Madrid a un pueblo lejano cosa que Emilio Carrere hubo de juzgar el más vil de los suicidios: pero yo todo lo hice muy temprano, tenía ya una mujer y un hijo de cuyo bienestar era responsable. Me fui a Blanca. Camino de la estación, me despedí apenado de la Cibeles. Yo no sabía de Blanca sino que allí se crían naranjos y frutales: "agrio y frutales" se dice en los títulos de propiedad. En una frutería de la calle de peligros veía con frecuencia un marbete anunciando "peras de Blanca" sobe el montón fragante de una especie de pomas de forma alargada, amarillas con rubores de carmín. Imagínese mi estupor al dejar el tren y encontrarme en despoblado ante una planicie esteparia de barbechos y rastrojos, campo paupérrimo, secano y hostil, sin morada humana visible. Sólo el edificio rojo de la estación ínfima y sus muelles desproporcionados. Monté en el carro de Paco "el Mudo", a quien así llamaban porque no callaba nunca, y emprendí la caminata hacia el pueblo, juzgándome víctima de una maniobra por parte de quienes me habían aconsejado pedir aquella Notaría en primer lugar. La carretera de tercer orden

con baches profundos y un polvo ardiente continuaba sesgando la llanura ilimitada y desierta. “¡Te has lucido Rafael.!” Pero de pronto, el terreno se quiebra en amplio hondón, descubriendo un paraíso. Allá abajo la vega, casi toda poblada de naranjos de un verde oscuro y jugoso: motean el panorama las casas de los huertanos; en el río, ancho y azul, se baña otro sol; el agua discurre lenta panda transparente; sobresalen del arbolado las palmeras, saludándose unas a otras en quieto minué antes de amarse, el aire por galeoto.



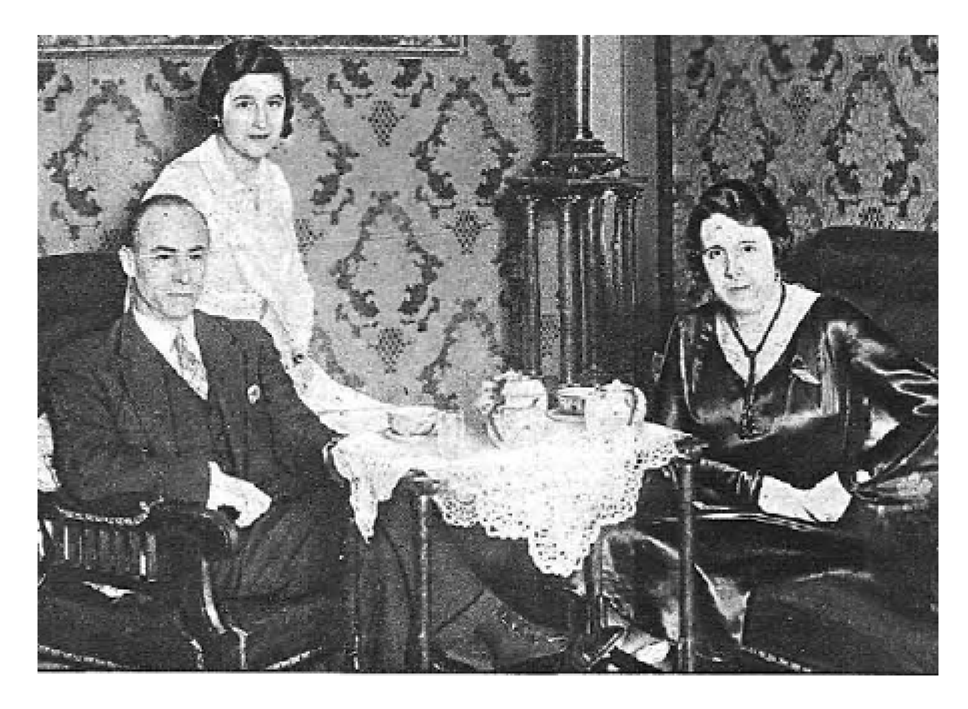
Pero de pronto, el terreno se quiebra en amplio hondón, descubriendo un paraíso. Allá abajo la vega, casi toda poblada de naranjos de un verde oscuro y jugoso: motean el panorama las casas de los huertanos; en el río, ancho y azul, se baña otro sol;

el agua discurre lenta panda transparente; sobresalen del arbolado las palmeras, saludándose unas a otras en quieto minué antes de amarse, el aire por galeoto.



El avenamiento de acequias y regatos de origen **moro**, galones de plata las galas de la huerta. las gigantescas ruedas de las ñoras que elevan el agua a los bancales más altos, giran preladas de gotas iris-dicentes, fuegos artifi-ciales en pleno día. No, no me habían engañado: aquello tan escondido era delicioso. La carre-tera desciende en zig zag. El ambiente reseco y acre del secano se purifica por momen-tos; ya huele a tierra mojada y a azahar. El pueblo es pequeño, limpio y acogedor. Al día siguiente soy amigo de sus moradores, quienes se cuidarán de que no falten en mi mesa ni las frutas ni las flores del tiempo. Yo me intereso ensequida en sus afanes y quehaceres. Me gusta ver todas las operaciones del embalaje para la exportación. Las naran-jas, después de clasi-ficadas y calibradas, envueltas en fino papel son colocadas en hileras y tamos en las cajas, que carpinteros

muy duchos cierran afiazándolas con tiras de cuero. El embalaje de las mandarinas en pequeños estuches, sólo capaces para veinticinco frutos era un primor: antes que en el de seda se las forraba de papel plateado que guardaría su fino y trascendente aroma para gozo de los ingleses, sus principales consumidores.



Rafale López de haro y esposa, 1930

Pero todavía resultaba más delicada labor preparar para su viaje al extranjero las ciruelas claudias, exquisitas, caramelo de la huerta, cuya tenue capa de polvillo que traían del árbol, llegaría inmaculada a la mesa de los magnates más exigentes. Nunca me pude explicar cómo se las componían las embaladoras para envolver aquellas golosinas sin tocarlas. Durante la floración de los naranjos se vestían de blanco las huertas, tendidos en el suelo lienzos en qué recoger los pétalos de azahar. Algunos huertanos habían conseguido tener naranjos en flor en todo tiempo; cómo convencían a los árboles de que siempre estábamos en abril era un secreto suyo. El azahar de millares de novias, de Blanca procedía. Las flores eran preparadas de tal modo, que llegaban a cualquier parte- y no existían aeroplanos-

como si las acabaran de cortar. ¡Que bien se vivía en Blanca.! Para ejercer mi profesión en "los pueblos del río" -Abarán progresivo; Ricote, donde los limones son más grandes y ricos en zumo; Ojos, junto a un gollizo par el que el Segura se precipita silbando; Ulea y Villanueva, cuyas bellas mujeres parecían **vestidas a la usanza mora** -me compré un caballo fuerte, nervioso y dócil, que sabía saltar un ramblizo, pasar despacio sobre un trémulo puente colgante y clavarse inmóvil en una barca guiada de ribera a ribera por el antiquísimo andarivel.



¡Que hermosas, qué alegres eran las mañanas de mil colores y aromas.! Los naranjos son árboles lujosos: o se adornan con las perlas de sus flor o lucen el tesoro de sus frutos dorados; algunas veces, ambas cosas a la vez. Los fustes de las palmeras suben como cohetes para abrirse en lo alto. Los melocotones de terciopelo hacen gemir la rama que los sustenta como a una madre. Todo es fecundo y generoso. ¡Qué bien si vivía en Blanca.! Uno de los pilares del puente, en tajamar estaba coronado por una especie de tribunas con bancos semicirculares. le llamaban a aquello "la pica del puente". Allí, en las tardes serenas, que eran casi todas hacíamos tertulia las personas principales del lugar: el alcalde, el médico, el secretario, el notarios y los más importantes exportadores. Los exportadores solían preguntarnos si queríamos algo de Londres,

de París o de Hamburgo ciudades frecuentados por ellos. A la vuelta nos contaban cosas de sus viajes. Y no se hablaba de política. Que gobernasen unos u otros, ¿qué más daba.? Dos señores, don Rafael y don Jesús, turnaban en la alcaldía, de común acuerdo.



No se barruntaba entonces ninguna guerra. Se hablaba mucho del tiempo y se miraban al río con inquietud. Porque el primer azar de Blanca es el tiempo: una granizada en la época de las flores, una helada en invierno, malogran una cosecha. El otro azar de Blanca es su río. El río sufre estiajes pelogrosos. Pero son mucho más terribles las riadas. Yo presencié alguna. Su

aviso es la turbiedad del agua. Cuando el Segura crece con agua limpia, no hay nada que temer. Lo malo es cuando se ensucia hasta tomar el color del barro. En cosa de treinta minutos y aún menos la velocidad de la corriente se acelera y el nivel sube ensanchando el río, que va inundando las riberas. Empiezan a verse flotando en la turbulencia brozas ramas de árbol millares de naranjas, animales muertos y, por fin tablas, una mesa unas sillas...., y el nivel sube más, y la riada, al chocar con los pilares del puente, se rompe en espumas bermejas con aterrador estruendo. Por fortuna, mientras yo estuve allí, las riadas no causaron daños de importancia. Porque tales siniestros son infrecuentes. No pensando en ello, ¡qué bien se vivía en Blanca.! Pero yo había escogido esta carrera de notario porque en ella se puede ascender por oposición. Durante tres años dejé a un lado mi vocación de hombre de letras y estudié con ahinco el Derecho civil y la tremebunda ley Hipotecaria. Ascendí. Me dicen que si volviese al pueblo no lo conocería. El puente y su “pica” ya no existen, se los llevó una riada. En su lugar hay uno de hierro mucho más alto. Los caminos de herradura se han convertidos en carreteras que permiten visitar en automóvil los “pueblos del río”. Mis sucesores no recorrerán a caballo la huerta perfumada; viajarán oliendo a gasolina. Han desaparecido el puente colgante y la barca. ¿Para qué volver? Prefiero la estampa que contempló ilusionada mi juventud. Por ella, cuando días pasados leí en los periódicos que en Blanca han sido catastróficas las inundaciones y que el huracán descuajó árboles corpulentos lanzándolos como arietes contra los muros de las casas, un agudo dolor ha punzado el recóndito seno de mi recuero y mi gratitud[4].

---

[4] **GARCIA TRIGUEROS, Luis** (1992). Escrito en un periódico madrileño de fecha 10.11.1948. Publicado en Libro de fiestas de Blanca, 1992. (Rafael López de Haro escribió preferentemente novelas; entre ellas: “El Salto de la novia”.

4.3 En la intimidad.

Rafael López de Haro, en la Intimidad
Nos proponemos sorprender a este hombre de letras en su ambiente de Notario, y sin anunciarnos, como un cliente más que va a asuntos de justicia, esperamos en el antedespacho. En él trabajan tres oficiales de notaría y dos mecanógrafas. Como si realmente aguardásemos turno para *evacuar consulta jurídica* esperamos y observamos el ambiente. En el despacho, ya en pie, López de Haro habla a una señora, un sacerdote y un caballero. Termina la consulta. El Notario ha ido despidiendo cortésmente a sus clientes. Llega mi vez... Confieso entonces a López de Haro el objeto de mi visita y comienzo por pedirle que me hable de su carrera, del prosaico menester a que le encuentro entregado.



Rafael López de Haro y su esposa, 1928

-—¿De mi carrera? Admirable. Yo estoy enamorado de muchas cosas de la vida, *pero de mi carrera* sobre todo—y mira a su esposa, como si con aquella mirada desmintiese con los ojos lo que su boca dice—*:* Mi carrera—continúa—ha sido, sigue siendo,

mi novia más apasionada. Cuantas veces le pedí algo, ella me lo concedió. Mi carrera se enamoró de mí, y le debo mucha gratitud.
—Es curiosa la apreciación.
—Sí. En algunas épocas de mi vida la tuve un poco olvidada... Hice la primera oposición y gané la Notaría de **Blanca**, en Murcia. Después, volví a pedirle la Notaría, de segunda clase, de Valdepeñas, y la obtuve. Y la tercera vez, aquí me tiene usted en esta de primera clase, de Zaragoza. Dan unos golpecitos discretos a la puerta.
—Pasen, pasen—dice López de Haro a uno de sus auxiliares y a un señor que le sigue con unos pliegos en la mano.
Este entrega los papeles y dice algo que no entendemos. López de Haro hojea rápidamente los pliegos, y contesta:
—Ño puede ser. El protutor no puede, a la vez, hacer de tutor. Tienen que nombrar á otro señor que sustituya el cargo del difunto. Cuando marchan, al fin, consultor y oficial, dice López de Haro:
—Ya ve usted. Así me paso seís o siete horas diarias. Desentrañando enredos, resolviendo consultas, *echando* rúbricas laberínticas de notario, dictando documentos delicados, estudiando asuntos...
—Usted es admirable. ¿Y aún le queda humor para hacer literatura?
—¡Hombre, qué gracioso! Mis novelas, mis obras, son mis mejores ratos de descanso de la labor abrumadora del bufete. Yo hago literatura por lujo por *sport* descansar de mi trabjao y, claro está, por afición, por amor a la literatura.

EL NOVELISTA

—¿Quiere usted que hablemos de sus novelas?
~Sí. Puede decir que el éxito mayor de mi vida fué cuando Gregorio Pueyo me editó *Dominadoras*. Fué una cosa fulminante. Se agotaron no sé cuántas ediciones que hizo. Fué el paso definitivo en mi carrera literaria. Después he escrito mucho, pero no he podido superar aquel éxito.
—¿ ... ?
—Sí. *El salto de la novia* lo escribí en Blanca (Murcia). En Valdepeñas publiqué *En un lugar de la Mancha* y *Sirena*.

Después, en Pontevedra, escribí y publiqué *Muera el señorito,* un éxito enorme de público y librería; *La Venus miente, y Los nietos de los Celtas,* novela que promovió un escándalo formidable, y mis contrarios políticos se encargaron de desmenuzarla para derrotarme en mi candidatura maurista... Pero hoy no me interesa la política y ya no tengo enemigos de aquella clase.
De otra índole, tengo a mi esposa.,.
-—¿Es que su esposa es contraria?...



Rafael López de Haro y el reportero

—No—interrumpe su esposa—. Mi mayor placer consiste en conocer las novelas de mi marido conforme él las va produciendo apoderándome una a una, de las cuartillas, en cuanto las escribe. Nadie puede imaginar el interés que tiene una novela leída así. Pero...—añade con cierta melancolía—preferiría que mi marido no escribiese. Toda la fama y todo el provecho que consiga no compensan ni el afán, ni el estudio, ni el trabajo que él se impone, ni mucho menos las horas de angustia que yo paso cuando se estrena una obra suya.

Además—confiesa por fin—la literatura me roba el marido demasiadas horas. A través del balcón entreabierto, el novelista sigue la dirección de mi mirada, y dice:
—¿Magnífica vista, eh?... Asómese, asómese...
—y ya los dos en el balcón—: Esta gran arteria es Alfonso I, la calle aristocrática por excelencia, que parece una calle de Madrid... *Al* fondo, el Pilar... Por aquí pasa toda Zaragoza para visitar a la Virgen: de doce a dos, las señoras y señoritas, gente «bien» toda; más tarde, antes de entrar en los talleres y oficinas, repiquetean por las aceras los tacones de las modistillas y mecanógrafas, que van a ver a su Virgen. Luego, público general, población flotante, viajeros, personas sin catalogar, y... también las «tanguistas», al atardecer, que van a visitar a la que a todos escucha y a todos ampara... Más tarde, la calle vuelve a animarse con las señoras y nenas, que salen de compras, con la salida de las modistillas...

EL COMEDIÓGRAFO

—¿ ... ?
—Supongo que se refiere usted a la crítica teatral, y creo que no debe preocuparnos a los autores, porque su influencia en el público es casi nula. He ahí su fracaso evidente. Fracaso que arrastra a muchos críticos respetables que no quieren desligarse de unos pocos advenedizos. Estos se encaraman en las columnas de un diario y gritan para que se repare en ellos. La gente los va conociendo y no les hace caso. Otro gran pecado, de una parte de la crítica, es el servilismo con que elogia todo lo extranjero en contraste con su desdén a la producción española.
—Dejando eso a un lado, porque, peor es meneallo, don Rafael, cuénteme usted algo de doña María Guerrero y de su comedia de usted. *Entre pesconocidos*...
—Me renueva usted Una emoción que no olvidaré nunca. Traía ella la obra representada más de cuarenta veces, y, sin embargo, se obstinó en que yo viese, antes de hacerla en Madrid, cómo había entendido el personaje. ¡Su último ensayo! ¡Estuvo maravillosa!... Y se fué. Puedo decir qué María Guerrero trabajó

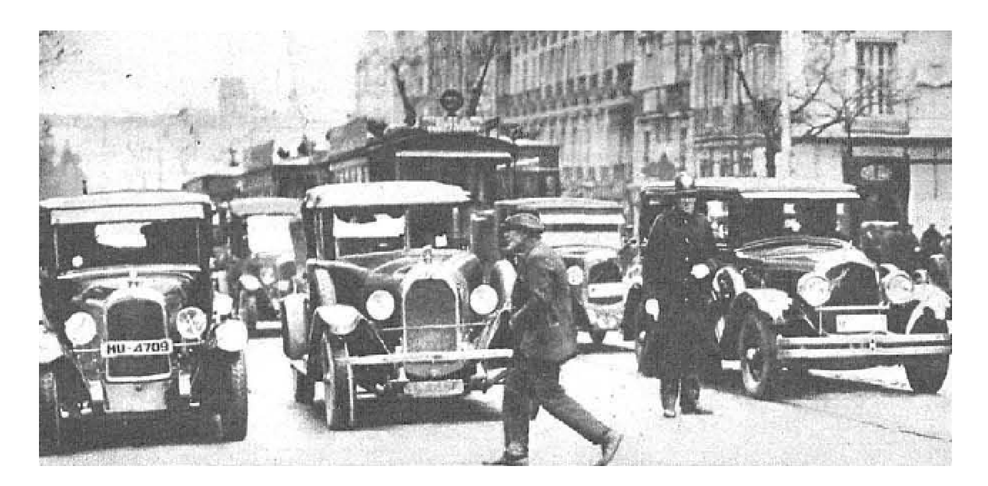
para mí solo la última vez. Esta será la página más intensa de mi vida de escritor[5].

[5] COMERA, Hernando de la (1928). Revista Estampa (20-3-1928), p. 26

4.4 Motorfobia

Rafael López de Haro

La historia de todas las máquinas es la misma. Al crear un nuevo modo de hacer una cosa o al simplificar el antiguo, provocaron siempre la enemiga furiosa de aquellos a quienes beneficiaba lo anterior. Es clásico el ejemplo de la Imprenta maldecida por los copistas, que con el advenimiento de la máquina de escribir han perdido sus últimos valuartes. El ferrocarril fué una hecatombe para las diligencias y «ordinarios»; la luz eléctrica arruinó las fábricas de quinqués y de velones; las máquinas agrícolas van licenciando a millares de braceros...

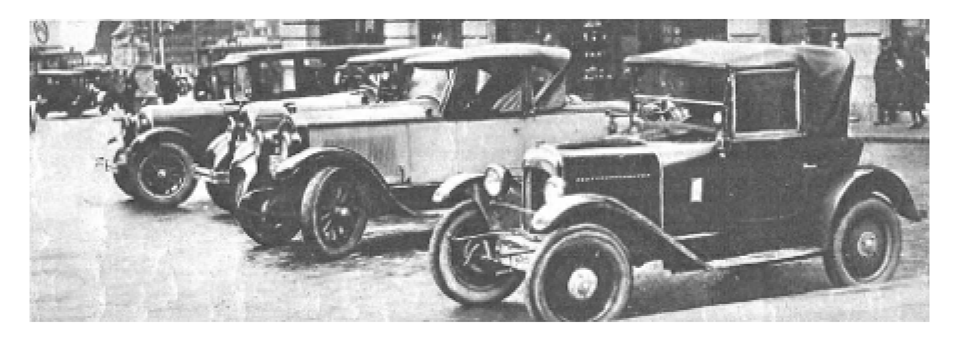


El guardia vigilante ha ordenado a los automóviles que se detengan, y el gran rebaño de coches aguarda, inmóvil, a que atraviesa la calle el pobre peatón. (Foto Zapata)

Se comprende que los perjudicados por un nuevo mecanismo lo odien. El bendecirlo cuando viene a quitarles el pan, porque significa un avance de la Ciencia, sería un altruísmo que no se les puede exigir. Lo mismo en maquinaria que en política, toda innovación ha de chocar con los intereses creados. No les podemos llamar salvajes ni obcecados al copista, al arriero, al pisador de uvas, ni al segador. No pueden transformarse instantáneamente en tipógrafos, maquinistas ni técnicos. Para

ellos la máquina es la definitiva exclusión, la inutilidad irremediable. Su fobia debe ser disculpada.
Los enemigos más feroces del automóvil no son los intereses creados. El carretero, el arriero y el labrador que van carretera adelante con sus mulas, no odian al automóvil por usurpador de sus oficios sino, sencillamente, por que les espanta los animales. La vieja y horrísona diligencia se substituye con el autobús, y el carromato con el camión; desde el pescante al *baquet* se pasa con facilidad y las ventajas económicas con inmediatas. El automóvil no deja sin oficio más que a los caballos y a las mulas.
Nada, pues, justifica la *motorfobia* y sin embargo la *motorfobia* parece general, unánime. Los periódicos dedican amplios espacios a la sección fina de «accidentes de la circulación», «choques, vuelcos y atropellos» o «las víctimas del automóvil»; los caricaturistas no agotan el venero de sus chistes y hasta, recientemente, se ha logrado un éxito teatral con el tipo de un chófer que es el campeón de los espachurradores. Existe una preocupación constante, una obsesión, una *motorfobia* popular. Se supone a todo el que coge el volante candidato a homicida; se cree que sale del garage, no a realizar una labor ni a procurarse un recreo; contrariamente, a perseguir peatones, puesto que el mayor placer del automovilista consiste en lamina al prójimo. Este es el criterio que parece inspirar las informaciones de los diarios. Y esas informaciones, naturalmente, influyen en la conciencia colectiva, envenenan al pueblo -- tan habituado a que la letra de molde lo abastezca de ideas y dirija los sentimientos --, y le sugieren los actos de barbarie que la policía ha de reprimir con frecuencia. Es claro: las turbas están saturadas de *motorfobia*. Pero basta haber recorrido en automóvil un centenar de kilómetros para persuadirse de esta verdad: en el noventa y nueve por ciento de los atropellos, la culpa es del atropellado. Quien conduce un automóvil por carretera y ve un carro, se echa a temblar. Indefectiblemente, el carro marcha por su izquierda o, cuando menos, por el centro de la vía. En esta conducta nuestros carreteros demuestran una perseverancia admirable. No van por la derecha su los aspan. En el caso más favorable, duermen. Entonces las mulas se apartan al oír el aviso, o bien, si el automóvil lleva la misma dirección, no tiene tiempo de reaccionar, pasa sin que lo vea y, aun viéndolo, no se

asustan. Saben los pobres animales que yendo el carretero dormido las cosas avienen de un modo muy diferente. El sonido del «klaxon» causa al hombre un sobresalto indescriptible: corre a la vara, se agarra a las riendas, blasfema airado, muchas veces les cubre a las mulas la cabeza con una manta y se comporta, en fin, como si el mundo le cayese encima. Aunque el cruce con automóviles se repita cien veces por jornada, siempre el carretero será sorprendido a la mitad de sus precauciones. El carretero no calculará jamás la velocidad de un automóvil; no la concibe. Sus mulas ahora tiemblan al oír el petardeo del motor, se espanta. Se espantan porque el instinto les recuerda lo que sufren después; la paliza brutal. Es lo que se dirán los indefensos cuadrúpedos: «Carretero despierto y automóvil que pasa, palos que nos dan».



He aquí aguardando el instante de correr por la ciudad los automóviles, los humildes automóviles, sobre los que pesa un prejuicio funesto. (Foto Zapata)

El rústico a caballo es otro ejemplo de incomprensión. Debe saber, porque siempre es así, que una caballería al oír un motor reculará. Después la pone de popa para que venga a romperse los corvejones contra el radiador. Lo mismo hará a la vez siguiente.

En la ciudad el fenómeno es mucho más absurdo. El peatón que tiene las aceras para su uso exclusivo, ha de ir por el arroyo, ha de cruzar, sin mirar antes, ha de plantarse en el centro de una avenida porque le da la real gana. Si no oye la bocina menos mal. Yo prohibiría las bocinas, que sólo sirven para no dejar dormir. Cuando el peatón no oye la bocina seguirá su ruta y el

automovilista lo evitará haciendo un esguince. El conflicto se plantea cuando el peatón oye la bocina. El peatón hará varias piruetas, iniciará una huída hacia la izquierda, volverá a la derecha de un brinco para saltar a la izquierda de nuevo; en sus vacilaciones bailará ante los faros la más estúpida tarantela; elegiría para ponerse a salvo la acera más distante y, finalmente, se meterá debajo de las ruedas. No hablemos del niño que atraviesa la calle corriendo, imprevisto, sin mirar ni oír; no del golfete que salta de la zaga de un tranvía repentinamente; ni de la vieja que va por una acera y al ver al automóvil pierde el juicio y se lanza a la acera de enfrente; ni del imbécil que oye el aviso y sigue sin apartarse más chulo que un ohco.



**Este viejo simón es ya casi una prenda de museo.
En su tiemo, la circulación era pacífica,
pero tan lenta... (Foto Zapata)**

La gente no sabe andar todavía, y sobre todo, a la vista de un automóvil se aturde de un modo trágico. La gente lee todos los días que el automóvil es un monstruo antropófago, una bestia apocalíptica, un azote de la Humanidad, la Muerte a galope... y, naturalmente, al verlo la pobre gente pierde la serenidad.

La *motorfobia* parece unánime y, sin embargo, el deseo de poseer un automóvil es unánime también. Están baratos. Basta

trabajar con ahinco para procurarse ese lujo. En los Estados Unidos hay un automóvil por cada cinco habitantes, y en los demás países el número de coches de este género aumenta en geométrica progresión. La *motorfobia* no detiene la difusión del automóvil. Ninguna fobia se opuso al progreso eficazmente. Las fobias contra el progreso fueron siempre irracionales. ¿No les parece a ustedes que ya es mucha campaña? Dejemos de una vez la *motorfobia* para los únicos que se van quedando sin ocupación: los caballos y las mulas[6].

---

[6] LÓPEZ DE HARO, Rafael (1928). Revista Estampa (3-4-1928), pp. 26-27

4.5 Conversación

Conversación con Don Rafael López de Haro[7]
Una tarde llegó a la peña de periodistas, artistas, pintores, etc., que se reúnen bajo el toldo de uno de los cafés de la Plaza de Cataluña, un hombre enjuto, señorial, que vestía con británica corrección y llevaba en lo alto de las aletas nasales uno de estos lentes de finos cristales montados al aire. Era un Notario. Para nosotros, un literato: don Rafael López de Haro, descendiente de uno de los fundadores de Bilbao, conservador discreto y novelista dilecto.
-- Don Rafael López de Haro... don Fulano... don *Mengano... don Zutano...*
Terminado el ritmo de las presentaciones, con la inmediata unión de manos, el señor López de Haro se sentí en uno de los sillones de mimbre, pidió café y empezó a observar el sonsonete de nuestras conversaciones. Supo adueñarse del ambiente. Por la peña habían acudido los pedantuelos insoportables que no saben hablar de otra cosa más que de sus propias personas y de sus obras; los que creen que al sentarse en una reunión de gentes recién conocidas deben dar a conocer los perfiles de sus vidas enfadosas; los lamentables críticos de todas las figuras representativas y de todas las labores... El señor López de Haro, con su peculiar gravedad -- una gravedad que deseaba pasar inadvertida -- y el aire de hombre mundano, se captó las simpatías de la muchacha alegre y jovial que le rodeaba... El notario señor López de Haro pasó a ser D. Rafael. y don Rafael fué dejándonos sentir el peso de su influencia sin que nos diéramos cuenta... De pronto, en las carteleras de los quioscos, en las librerías, en los escaparates, surge la mancha de un nuevo libro: "Yo he sido casada". La obra va firmada por nuestro compañero de café.

- Pero, don Rafael, ¿cómo es que no nos ha dicho usted que publicaba una novela?
- Porque no es un hecho extraordinario de mi vida.
- ¿Un libro?

---

[7] MADRID, Francisco (1930) Revista Estampa (21-10-1930), p. 30

- Un libro tras otro libro, ¿qué de particular tiene? Encontrarían ustedes ridículo si cada día, al despedirme de ustedes, les dijera: "¡Me voy al despacho!..." Podrían ustedes decir que ya lo suponían. Los novelistas publicamos novelas. El hecho de lanzarlas a la calle no tiene importancia. Lo que sí la tiene es el eco que encuentra en la masa el libro. Y esto ya no pertenece a mi sección, sino al público, al crítico, al juzgador.
- ¿Y escribe usted con facilidad?



Francisco Madrid y Rafael López de Haro

- Depende... Desde luego, yo no escribo nada que no tenga un reflejo de la vida; no me gusta escribir por escribir, ni tampoco hacer fotografías. Una novela puede ser la reflexión de un escritor ante un hecho. Lanzar una anécdota vivida por otros por la razón de poder llenar quinientas cuartillas es un absurdo. Lo importante es que el lector o la lectora se halle comprendida por el escritor, que en todo el libro o en una página las lectoras

encuentres que el personaje obra como ellas lo harían ante el caso expuesto por el novelista...

- Así, por ejemplo, ¿este último libro de usted, "Yo he sido casada", responde a un hecho real y a una fantasía moralista?
- Se acerca a eso, sin serlo. El momento inicial de la novela puede, por ejemplo, habérmelo proporcionado el hecho de ver cómo una francesa sin hijos besaba a un niño en una estación de Francia, despertando en el beso el calor maternal que llevan en sí todas las mujeres normales. Luego, la trama de la novela va tejiéndose por lo que sugiera la vida con sus lecciones.
- Entonces, la facilidad de su escritura...
- ...Estriba en que lleve dentro la novela mucho tiempo. Los argumentos no se despiertan así como así en mí. Ahí tiene usted esta novela última. La escribí con relativa facilidad cuando vi su desarrollo. Entonces es cuestión de ir garabateando unas cuartillas diariamente. No de un tirón, sino pautando la labor. Diez, veinte, treinta cuartillas diarias. Que no se fatigue la pluma y que se pueda corregir el estilo; corrección que no quiere decir que se estropee la naturalidad inicial del escritor, sino el respeto de las letras que más tarde deben pasar al buen juicio del lector.
- Vamos a ver: usted, que ha vivido en la paz provinciana de nuestras viejas ciudades ibéricas y en dos ciudades españolas, ¿dónde escribe usted más a gusto, en una ciudad dinámica o en un rincón provinciano?
- En una vieja ciudad, el aislamiento puede ayudar a sentirme mejor acompañado con la obra que le sirve a uno de compañera, y, en cambio, en una urbe la vida que le rodea colabora a que las obras tengan un nexo más vital. El escritor, de todas maneras, puede aislarse, lo mismo en una capital de provincia que en una metrópoli.

▪▪▪

La conversación con D. Rafael López de Haro tiene siempre el interés de lo humano. Este hombre tan discreto, tan afable, tan distinguido, tiene una virtud de atracción interesantísima...

Parece un hombre de aventuras y de azarosa vida a través de sus libros, y, sin embargo, tiene un sentido meticuloso del deber y de la vida. Indefectiblemente, a las cuatro de la tarde, aun cuando la discusión del café -- estas discusiones que no acaban nunca jamás -- sea interesante, se levanta del sillón, se despide cordialmente, rozando la vida que va proyectando en sus libros múltiples y amables.

Francisco MADRID

4.6 Escuela de cobardes

Rafael López de Haro

Los ingleses no quieren ser soldados -- uno de los mayores obstáculos para el reclutamiento-- ha manifestado el comandante general Pitt-Taylor -- es el ex soldado del tiempo de la guerra, con todo el honor que le es debido. Refiere al que intenta alistarse historias de cieno y sangre en las trincheras...

(De AHORA)

La guerra de Troya dejó a través de las edades una estela inextinguible: produjo a Homero; las gestas de Alejandro y de Aníbal nos maravillan por su grandiosidad; toda la Edad Media fué heroica y aun, casi en nuestro tiempo ya, Napoleón inspira a sus cronistas épicos relatos que al más pusilánime enardecen. A cada gran campaña bélica ha sucedido siempre una rica y exaltada floración de poesía. Tal si la sangre vertida en los campos de batalla fuese semilla de ingentes pensamientos. Las armas, antes que las letras, crearon lo más hermoso y noble de la literatura universal. Después de la última guerra ha sucedido todo lo contrario: la bibliografía subsecuente es casi toda desolada, exasperada y acusadora; más que la historia se escribió el proceso de la hecatombe. Al cabo de tres lustros, que debían ser bastantes para acallar los lamentos y borrar el estupor de la carne herida, rebrotan el pesimismo y el espanto y un nuevo alud de volúmenes cae deprimiendo los espíritus con su aniquiladora pesadumbre. A Remarque le corresponde el primer puesto, el de paladín de la caterva de apologistas del egoísmo y la negación. Si les creemos a ellos, la guerra fué una guerra de ratas, tan asustadizas como voraces, y la muerte del enemigo un asesinato en toda ocasión; el soldado un ilota cuyo vientre se descomponía al oir el primer cañonazo y cuyos alaridos aturdían en los hospitales. La sublimidad del heroísmo ya no es asunto. En su lugar se escriben páginas truculentas y malolientes en las que, por si fuera poco, las imágenes se substituyen con interjecciones de la mayor indecencia. Y toda

esta miseria y depravación es codiciosamente aprovechada por las empresas de "cine", que así difunden con mayor eficacia en las multitudes la horrenda visión de una lucha encenagada y repugnante. Por primera vez, en los fastos de la Humanidad, vemos una generación obstinada en legar a sus sucesores todo aquello que, si fuese verdad, debía avergonzarla.
Ya es tiempo de salirle al paso a la falange plañidera. En la guerra última hubo mucho más que ese estudiante- soldado neurasténico y mándria, para quien la disciplina es un concepto pecuario, que combate inconsciente y que, al encontrarse una vez cerca al enemigo, mata por miedo insuperable y con alevosía. En la guerra última culminó el heroísmo de millares y millares de hombres completos, inmolados por no ceder una pulgada de terreno; de millares de asaltantes de trincheras, que en la acción olvidaban absolutamente el peligro; y se repitió el ejemplo del aviador, que, las entrañas atravesadas por un balazo, sesgó el aire, que silbaba en sus sienes, para llevar a la vez un aparato a su base, un despacho a su destino y una existencia a su término glorioso. Pero estos valientes figuran muy raramente en las novelas de moda y menos la brillantez de sus hazañas. Los escritores pareces aspirar al campeonato de la desilusión y el desfallecimiento; toda su obra es pavura y fetidez. Y, como es sabido, la literatura popular sugestiona hasta a los mismos protagonistas del suceso, con lo que no nos debe sorprender el fenómeno observado por el comandante general Pitt-Taylor. La escuela de cobardes empieza a lanzar sus discípulos.
Desde que leí el primer novelón de trincheras y alambradas vengo pensando que su éxito obedece a la insana curiosidad del vulgo, cuya es la causa de su difusión extraordinaria y pasajera. Remarque no es novelista, cosa que nos va a demostrar él mismo muy pronto. En cuanto a sus imitadores, hacen bueno al precursor. Vengo pensando así, sin atreverme a escribirlo, por si alguien maliciase que me amargaba la envidia. Ahora las consecuencias se tocan y no hay por qué callar. Esa literatura es nociva, es deletérea; es la más temible de todas las propagandas; debe provocar la reacción saludable de los verdaderos escritores para combatirla implacablemente. Y no les envidio a sus cultivadores ni las pingües ediciones ni la nombradía. Si mañana Alemania se ve en la necesidad de defenderse y un lector de

Remarque, influído por él, le vuelve la espalda al enemigo y huye como una liebre, no le envidiaré al narrador famoso semejante gloria. Antes inmóvil para siempre la pluma mía, que emplearla es extinguir del corazón de mis hermanos el santo sentimiento de la Patria[8].

[8] Ahora (Madrid) 15 de enero de 1931, p. 10

4.6.1 Observaciones de Heraldo de Madrid

EL NOTARIO QUE TENIA EL ALMA NEGRA

La extravagencia hay que administrarla bien. Nos permitimos dar este consejo a D. Rafael López de Haro. Porque su artículo en defensa de las guerras ha tenido mala fortuna. Hasta para ir contra la corriente general hace falta perspicacia. Pompeyo Gener paseaba una merluza, atada con una cadena, por las ramblas. «Azorin», cuando Madrid era como una provincia, callejeaba muy serio con un enorme paraguas rojo bajo el brazo. Noel, al emprender su campaña antitaurófila, eshibia sin sombrero -- cuando nadie se había atrevido a quitárselo -- una melena aleonada. ¡Extravagancias! Pero extravagancias tan inofensivas en el fondo como la chalina y la pipa de los artistas murgerianos. Para epatar al buen burgués, nada más. Si quería llamar la atención el Sr. López de Haro pudo haberse desnudado en plena Puerta del Sol, o pudo haber escalado la torre de la Telefónica con un calendario de pared colgado del cuello. Cualquier cosa, en fin.
-- ¿Quién es ese? -- hubiese preguntado la gente.
Y le hubiesen contestado:
López de Haro. Uno que escribe novelas algo verdes. Y el señor López de Haro hubiera tenido más admiradores. Los que pudiese tener como novelista y los aficionados al modismo o a los ejercicios de circo.
La defensa de la guerra no se ha podido tomar ni como extravagancia ideológica en un momento en que las generaciones que fueron a la Gran Guerra recuerdan con espanto la época de lucha bélica, en la que muchos se dejaron en el campo de combate para siempre o a sus hermanos o a su padre, o se dejaron un brazo o una pierna en la sala de un hospital en sangre. Eso no puede ser extravagancia, sino tontería completa. Si no tuviese demostrada la salud el notario de Barcelona había que pensar en recluirle en un manicomio, por su acalorada defensa de la guerra.
Hace falta una mentalidad troglodita para decir ciertas cosas. O ser un tontaina. O tener un ansia vesánica de popularidad. Este

último caso es del Sr. López de Haro. Y para llamar la atención aplaude la muerte de veinte millones, elogia la ruina de varias naciones; hace la apologia de aquellos hombres evitando los pulmones corroidos por los gases asfixiantes y de los niños depauperados pidiendo a sus madres inútilmente pan.

El Sr. López de Haro dice que la guerra es valor. ¿Valor? ¿Es ser valiente aguantar en una trinchera, con el fango hasta la rodilla, en espera de la granada explosiva, cuando hay una ley que mata al que pretenda huir? Pues si eso es valor despreciamos ese valor. Preferimos el del radiólogo que se quema las manos; el del aviador que se estrella al intentar perfeccionar la técnica del vuelo; el del médico, que se inocula de una enfermedad al practicar una operación, etc., etc. Entre el heroismo guerrero y el civil optamos por éste. Porque es fecundo para la civilización. Porque cada individuo que muere asegura la vida de muchos.

La verdad: no merece la pena morir agujereado por una ametralladora para que cante la muerte de uno el Sr. López de Haro. Aunque la cantase con bello estilo. La verdad es que no acierta uno a salir de su asombro.

¿Cómo es posible publicar eso que ha firmado el belicoso notario? A ver, unos médicos en seguida y unas camisitas de fuerza. Aunque no de mucha fuerza, no. Porque no es necesario hacer frente a ningún coloso. Se trata de un temperamento; pero nada más.

HASTA "EL DEBATE" PIDE LA SUPRESIÓN :-: DE LA CENSURA :-:

Hasta «El Debate» ha pedido ya la supresión de la previa censura. Izquierdas y derechas claman en favor de la libre emisión del pensamiento. Hablar de elecciones es incompatible con mantener esa aduana de las ideas que dirige el censor y que, en definitiva -- pasado un momento excepcional, para el cual únicamente podria estar justificado este resorte extremo de gobierno --, no conduce sino a aislar al Poder de la corriente de opinión pública. Este fenómeno le fué fatal a la primera dictadura. El censor tachaba entonces todo lo que le pudiese ser desagradable; los periodistas, hartos de escribir para el censor, llegaron a ahorrarse muchos comentarios, y el Gobierno llegó a creer en la adhesión de España a su labor, salvo «un grupito de

revoltosos». Y bastó, al separarse el dictador de la esfera de mando, el transcurso de veinticuatro horas para ver su total aislamiento y el odio general hacia su obra.
Los periódicos sin censura son como sismógrafos. Avisa. Una catástrofe geológica no puede sino advertirse. Un movimiento político o social puede además corregirse. Por eso la Prensa, aun la adversa, es elemento de colaboración del Gobierno.
A nuestros lectores no les extrañará que insistamos en la petición de la desaparición de la censura. Ni un solo momento hemos dejado de combatir este sistema en el tono y con extensión que nos ha sido posible[9].

---

[9] El Herado de Madrid, 19 de enero de 1931, p. 1

4.6.2 Cartas enviadas

Correspondencia particular motivada por el Sr. López de Haro

Nuestro compañero Valdivielso dió la réplica adecuada a un belicoso exabrupto del Sr. López de Haro. Y ello ha dado lugar a que en estos días hayamos recibido innumerables cartas y telegramas de enhorabuena y adhesión a nuestro compañero y de protesta contra el atrabiliario artículo del Homero "in potentia" que, por lo visto, se alberga en el Sr. López.

Vamos a responder a algunas de estas cartas:
Señor D. Pedro Saavedra. Madrid -- Hemos recibido la copia del escrito de protesta que, avalado con otras veinte firmas además de la suya, intentaron ustedes publicar, sin conseguirlo. Nosotros dejamos aquí constancia del hecho, y no la publicamos porque ya protestamos por nuestra cuenta oportunamente. Ante actitudes como la adoptada por el Sr. López de Haro nosotros reaccionamos automática y enérgicamente.

Ni escuelas de cobardes ni escuelas de valientes. Escuelas, auténticas escuelas son las que hacen falta. La única guerra Santa y respetable, la única guerra que hoy puede defenderse dignamente es la guerra al analfabetismo y la incultura.

Señor D. Francisco Romualdo. Palencia. -- Gracias por sus frases de elogio y aliento y vamos a resolverle su duda. Dice usted que los que hacemos HERALDO DE MADRID defendemos los ideales de paz y de justicia "por convencimiento o por traición". Pues bien, amigo mío, es por las dos cosas: "por traición y por convencimiento". La guerra, azote de la humanidad, uno de los cuatro apocalípticos jinetes (ahora no aludimos a la concentración liberal), no merece mas que execración. Toda la gloria de los poetas épicos no compensa del dolor de las madres que perdieron sus hijos bárbara o inútilmente sacrificados en un absurdo sacrificio ni bello ni útil,

para servir al impulso irrazonado de un par de paranoicos ambiciosos.

Un padre. Sevilla -- Estamos completamente de acuerdo, Y con usted y con nosotros muchos padres, muchas madres, muchos hermanos y muchos hijos.

Señor D. Teodoro Núñez. Madrid -- Nosotros indicábamos al Sr. López de Haro la conveniencia de que se fuera al Tercio. Usted le señala en su carta una dirección nueva. Bueno. Por nuestra parte no hay inconveniente.

Señor D. Jesús Mandul. Madrid -- Sí, señor. Son los jayanes quienes dirimen sus diferencias a estacazos. Tratan mutuamente de convencerse y la razón acaba por terminar la discusión con su triunfo. Esto no significa, ni falta de virilidad ni de energía; es simplemente superioridad mental y elegancia de espíritu. Igual sucede o debe suceder con los pueblos. Los trogloditas encomendaban la satisfacción de sus salvajes apetitos a la eficacia de sus hachas de silez manejadas con violencia. Pero de los hombres de hoy a los hombres de las cavernas hay una diferencia considerable. Queda, esto es inevitable, algún notario con espiritualidad de "phitecantropux".

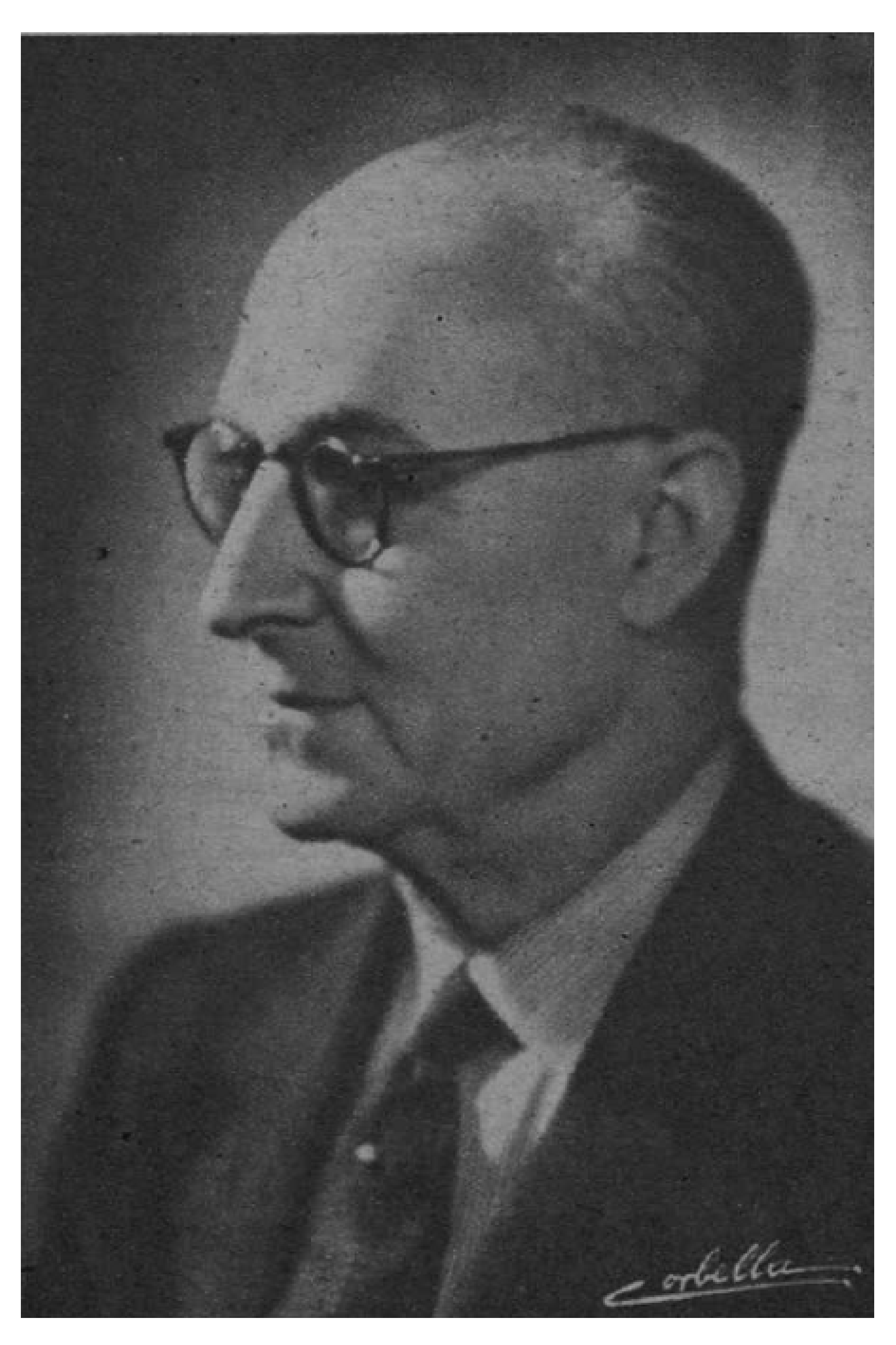
Señor D. Antonio Buárez Incián. Oviede. -- Sentimos que su carta, tan interesante, no pueda ser reproducida[10]

[10] Heraldo de Madrid, 20 de enero de 1931, p. 15

4.7 La fiesta

La Fiesta era antes más bella. Ahora es más bonita», dice RAFAEL LÓPEZ DE HARO

Visitamos al escritor López de Haro -- escritor del difícil género de la novela; escritor moderno hace veinte años y moderno ahora, y leído con igual gusto siempre --, y no para preguntarle por qué no vemos nuevas ediciones de sus novelas en los escaparates de las librerías, ni ediciones primeras de novelas recién hechas -- nos intriga que el gran novelista haya abandonado su actividad más brillante --, sino para que nos hable de su afición a los toros. Rafael López de Haro ha ido mucho, y va aún, a los toros, porque en el gran espectáculo ha encontrado lo que siempre buscó en todas las cosas: belleza y emoción.
-- Me aficioné a los toros siendo muy joven -- nos dice -- y elegí siempre para asistir a las corridas las tardes en que figuraban en los carteles nombres famosos. He conocido los tiempos de Mazzantini, de «Boimbita» y de «Machaco»; he visto a «Reverte»; hasta muy vagamente recuerdo haber visto una vez al «Guerra», ya en sus últimos tiempos.
-- ¿Ha presenciado usted la cogida más importante de algunos de estos toreros?
-- Afortunadamente no he tenido esa desgracia. Pero una cogida mortal fué la causa de que mi afición se enfriase por una larga temporada: la que causó la muerte de «Joselito». Cuando toreaban «Joselito» y Belmonte, era yo un apasionado espectador de la Fiesta. Me afectó mucho la desaparición de aquél, a quien consideré único hasta la llegada de «Manclete». Ahora parece que es Luis Miguel Dominguín la primera figura en los ruefos, y es una realidad que la afición a los toros aumenta de día en día. Pero, de todos modos, creo que antes existía más pasión entre los aficionados.
-- ¿Le gusta a usted más el toreo de antes?
-- En los tiempos en que yo empecé a ir a los toros, la Fiesta era más bárbara si se quiere, pero tenía mayor belleza.



Rafael López de Haro, 1947

Hoy es más bonita, más afiligranada, y, sin embargo, creo que no puede superar en emoción a la de entonces. Recuerdo haber visto derrotar a un toro contra la montura de un caballo derribado en la arena, y mandarla a muchos metros de distancia de la Plaza; eso supone una potencia en el toro que no la tienen los de hoy. Sin embargo, ahora creo que hay más cogidas que antes.
-- Y ¿a qué atribuye usted el hecho?
-- A que el torero se confía más, se acerca más al toro, y a que lo estudia menos. Cuando «Joselito» estaba en el ruedo, aprovechaba el corto espacio de tiempo que transcurre desde que sueltan al bicho hasta que el torero tiene que ir a él, para estudiar con cuidado su actitud y sus movimientos y empezar con seguridad desde los primeros pases. Esos toros también tienen, como las personas, infinidad de matices que los hace distintos unos de otros; lo que podríamos llamar su psicología.
-- ¿Qué es lo que más le gusta de la lidia de un toro?
-- La suerte de banderillas. Es el momento más plástico de una corrida, cuando el torero avanza sobre las puntas de los pies para poner un par de banderillas al quiebro. Las actitudes de los toreros son siempre bellas; no hay mayor exaltación de la figura humana que la que adquiere en los ruedos ante la dominada fiereza del toro. Como no hay posturas más feas ni actitudes más grotescas que las que adopta el jugador de fútbol.
-- ¿Suprimiría usted algo en las corridas?
-- Los petos, y cambiaría las puyas y elegiría mejor los picadores. Tal como hoy se efectúa, la suerte de varas es inconcebible. Más valía que les diera a los toros alguna inyección para debilitarlos, que no que los hagan llegar medio muertos a la suerte suprema a fuerza de pinchazos demasiado contundentes. Antes, las puyas tenían una especie de tope, llamado limoncillo, destinado a evitar que los pinchazos fueran demasiado profundos, y eso resultaba más legal que lo que hoy se hace.
-- ¿Le gusta el rejoneo?
-- Siempre es bonita la figura de un caballo bien montado. Pero el rejoneo a caballo me parece algo así como jugar con demasiada ventaja sobre el toro. Tal vez en el espacio libre de la

dehesa, donde puedan correr más libremente el rejoneador y el toro...

-- ¿Quién es el torero que a su entender realiza mejor su suerte favorita?

-- De los de ahora puedo hablar muy poco; es mejor que cite al que más me ha gustado entre todos poniendo banderillas: a Emilio Torres, «Bombita».

-- ¿Recuerda usted algún lance que haya llamado su atención fuera de los ruedos, pero relacionado con los toros?

-- No he tenido nunca trato con toreros y poco puedo contar de ellos. Por casualidad, sin embargo, puedo referir una anécdota graciosa. Iba yo a tomar el expreso de Andalucía y me encontré en la estación a «Machaco», que también emprendía el viaje aquel día. Estábamos tomando una cerveza en el bar de la estación, cuando oímos un alboroto grande: era que el rey Alfonso XIII se iba de caza a Santa Cruz de Mudela y la gente le seguía curiosa por ver de cerca al monarca. Había llegado el momento de que subiéramos al tren, y dije al torero: «¿Vamos ya al departamento?», a lo que él me contestó: «Sí, vámonos muy despacito, sin que nos sienta nadie, que no quiero quitarle la parroquia a Don Alfonso.»

Nada más nos cuenta don Rafael López de Haro. Le damos las gracias por habernos distraído con sus amenas respuestas y nos despedimos de él[11].

PILAR YVARS

[11] Semanario El Ruedo, 11 de diciembre de 1947, Número 181, p. 18

5 La Virgen del Rosario

COFRADÍA DE NUESTRA SEÑORA LA VIRGEN DEL ROSARIO

Una de las señas de identidad de un pueblo son sus tradiciones y el nuestro, Blanca, es rico en ellas perdurando a través del tiempo la mayoría de las mismas. Una de estas son los Rosarios de la Aurora, de la Cofradía de la Virgen del Rosario, que se celebran en el mes de octubre desde tiempo inmemorial, pero hemos de lamentar la desaparición de “los Auroros”, grupo de cantores y despertadores que pertenecía a esta Cofradía.



Los antecedentes de esta Cofradía hemos de buscarlos en el origen del Rosario, que fue en la aparición de la Santísima Virgen con el Niño a Santo Domingo de Guzmán en Fangeaux (Francia) en el año 1208; le enseñó a rezarlo y le dijo que

propagara esta devoción y la usara como arma en contra de los enemigos de la Fe.

Esto no quiere decir que con anterioridad no se rezase el rosario ya que desde el inicio de la Iglesia los primeros cristianos lo rezaban al igual que los judíos (Pablo el ermitaño oraba con 300 piedrecicas); con posterioridad se rezaba en muchos monasterios los 150 salmos de cada día; a los laicos, que en su mayoría no sabían leer, se les enseñó a rezar 150 Padres nuestros y con el paso del tiempo se añadieron 3 salterios con 150 Ave Marías, 150 alabanzas a Jesús y 150 a María. Fue en 1365 cuando se combinaron los 4 salterios, dividiendo las 150 Ave Marías en 15 decenas, con un Padre nuestro al inicio de cada una. En 1500 se inicio el meditar un acontecimiento de la vida de Jesús o de María al inicio, dando lugar a los actuales 15 misterios del Rosario, palabra que significa "Corona de Rosas"; hay constancia de que en Irlanda, en el siglo IX, existía la costumbre de hacer nudos en una cuerda y en lugar de los salmos rezar Ave Marías, siendo estos monjes los que lo propagaron a Europa.

En la batalla naval de Lepanto (1571), en el golfo de Corinto, las fuerzas cristianas, compuestas por soldados de España, Venecia, Génova y Estados Pontificios, bajo las órdenes de Don Juan de Austria, que rezaron antes de la lucha el rosario con enorme devoción, vencieron milagrosamente a las turcas, que eran muy superiores, y evitaron la hegemonía del mar y la invasión de Europa; mientras se libraba la lucha el Papa dominico (de la Orden de Predicadores que fundó Santo Domingo) Pío V rezaba el rosario y saliendo de su capilla se asomó a la ventana anunciando que la Virgen había intercedido y habían sido victoriosos, y dijo a sus Cardenales:

"Dediquémonos a darle gracias a Dios y a la Virgen Santísima, porque hemos conseguido la victoria".

Semanas después llegó la noticia de la victoria y el Papa felicitó a los ejércitos diciéndoles:

“No fueron las tropas. No fueron las armas. No fueron los jefes. Fue la intercesión de la Santísima Virgen María, la Madre de Dios la que nos consiguió la victoria al rezarle nosotros el Rosario”.

Agradecido, el Papa Pío V instituyó el 7 de octubre del año 1572, dentro de la liturgia, la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, al tiempo que añadió a la letanía el título de “Auxilio de los cristianos” y encargó a la Orden de Predicadores el propagar el rezo del Santo Rosario.

Su sucesor, el Papa Gregorio XIII, cambió la fiesta por la de Nuestra Señora del Rosario; el 1 de abril de 1593, extiende esta fiesta a todas las iglesias y capillas que tuviesen erigida cofradía con esa advocación.

En relación con el Ave María, la primera parte era conocida en el año 600 y empezó a ser difundida en los siglos X y XI; la segunda parte apareció en el siglo XIII. En el siglo XV se introdujo la meditación de los misterios a la recitación a las Ave Marías, pero se redujeron a 40 las mismas y, en el siglo XVI fue el Papa Pío VI quien establece la forma de Rosario que ha llegado hasta nosotros.

l Papa León XIII escribió 12 encíclicas referentes al rosario; consagró el mes de octubre al rosario y añadió a la letanía el título de “Reina del Santísimo Rosario” Por sus trabajos en relación con él le valió el título de “El Papa del Rosario”.

En nuestro país, el jesuita Arias, en el siglo XVII, hace mención a la jaculatoria final y el gloria, por la relación lógica con la recitación de los salmos y posteriormente se añade al Rosario las letanías lauretanas hasta formarse el que conocemos actualmente, que tiene 20 misterios y la letanía de la Virgen. Para Juan Pablo II era su oración favorita y el 16 de octubre de 2002 le agregó 5 nuevos misterios, llamados luminosos, que son la manifestación de la vida pública de Jesús.

A la Virgen le gusta el rosario: oración de grandes y sencillos; al alcance de todos; se puede rezar a cualquier hora y en cualquier lugar, sólo o acompañado. La Virgen llevaba el rosario cuando se apareció a Bernardetta en Lourdes (Francia) y a los tres pastorcitos de Fátima (Portugal), identificándose aquí como "La Señora del Rosario".

Tras este breve repaso a la historia y de acuerdo con lo citado se puede fijar la devoción al rezo del rosario y la existencia de una cofradía de la Virgen del Rosario en nuestra localidad entre los años 1573 y 1585.

Tenemos testamentos de 1612 en que se cita, además de esta Cofradía de la Virgen del Rosario, la existencia de otras dos cofradías: la del Santísimo Sacramento y la de la Santísima Santa Ana, siendo su misión el proporcionar beneficios religiosos, sociales o benéficos y garantía de vivir y morir dignamente.

Como consecuencia de esta devoción al rezo del Santísimo Rosario surgieron los *Rosarios de la Aurora*, que se rezan los domingos del mes de octubre desde *"toa la vida"*. De ahí que esta cofradía lleve el título de La Aurora o Nuestra Señora del Rosario.

Para los mismos, se convoca a los fieles mediante el volteo de campanas, tres veces cada una, durante un minuto y a intervalos de quince minutos, también se tira algún cohete.

Al iniciar la procesión, al salir de la parroquia, antes del alba, se canta:

Ya sacamos la Aurora del templo
católicos, fieles, vámosle a adorar,
la sacamos por calles y plazas
para ver los devotos que al rosario van.
Vámosle a alabar,
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia
y nuestra eterna paz.



Cada domingo lleva un itinerario distinto.

El que lleva "la guía" del rosario reza la segunda parte del Ave María:

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Y los fieles que acompañan a la Virgen, rezan, cantando al son y compás del sonido de una campanilla, la primera parte:

Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres, entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

Al volver a la parroquia se canta:

Ya entramos la Aurora en el templo
rendidos y cansados de la madrugá,
recemos un Ave María
y oiremos la que misa que han de celebrar,
Vámosle a alabar,
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia
y nuestra eterna paz.

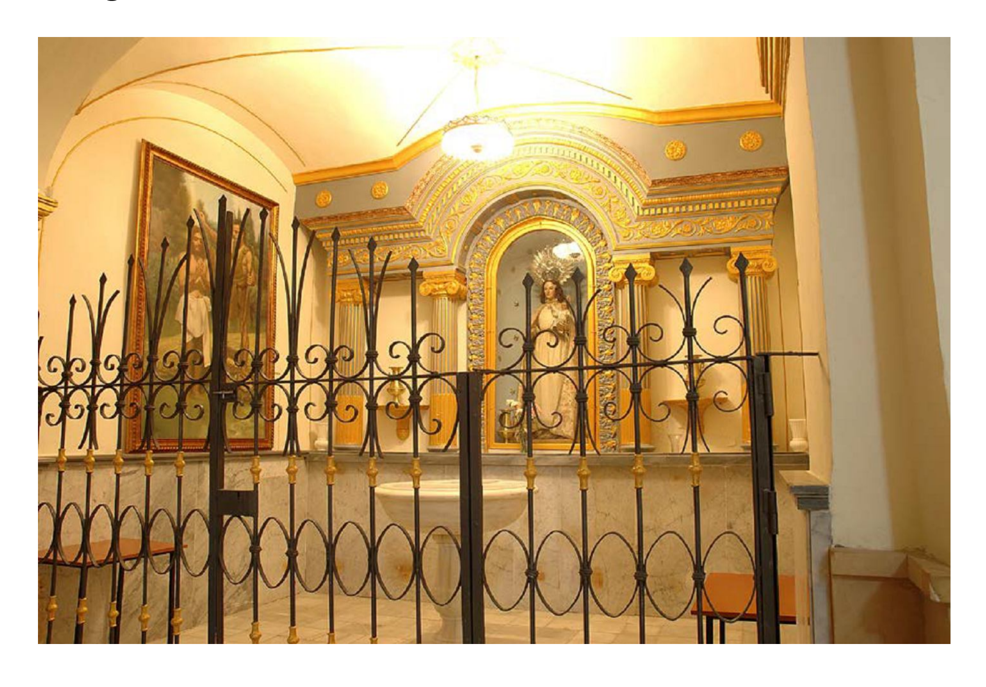
A continuación el sacerdote celebra la Misa; se canta una salve a la salida del sacerdote:

Sacerdote

Sacerdote,
ministro de Cristo,
ministro de Cristo,
que a Dios representa,
que a Dios representa
puesto en el altar,
que a Dios representa
puesto en el altar,
y tan sólo
con cinco palabras,
con cinco palabras,
del cielo a tus manos,
del cielo a tus manos
le hacen bajar,
del cielo a tus manos
le hacen bajar.
Vámosle a llevar
la patena
y los corporales
y los corporales,
el cuerpo de Cristo,
el cuerpo de Cristo
vas a consagrar,
el cuerpo de Cristo
vas a consagrar.

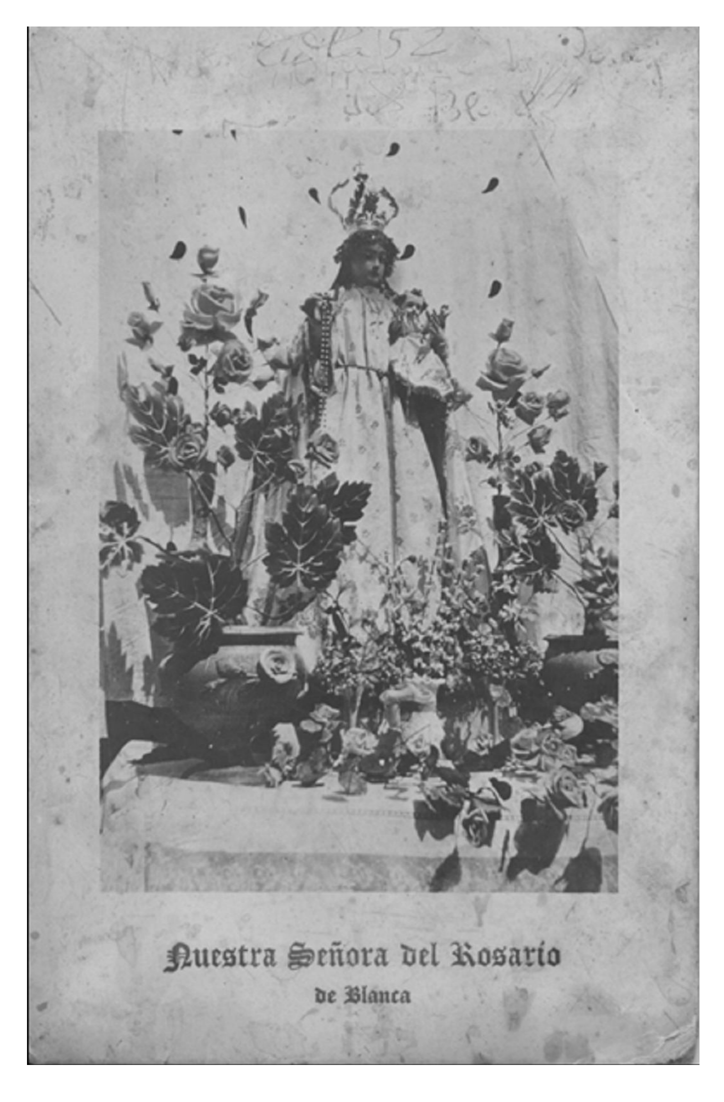
Es frecuente cantar otra salve al finalizar la misa.

En otras épocas, décadas de los años 60 y 70 del pasado siglo, se llevaba a la Virgen del Rosario, cada uno de los domingos del mes, por la tarde, a las distintas pedanías o barrios (Huerta Arriba, Buila, Los Tollos/Runes, Bayna) y allí, en distintas casas que previamente habían realizado petición y preparado un lugar preferente para ubicarla en un pequeño altar, permanecía uno o más día, dependiendo del número de vecinos que lo habían pedido, permanecía hasta el domingo de madrugada en que volvía al pueblo y, dependiendo de que zona venía se la esperaba en "la punta del pueblo", "las Excanales" o el Puente, yendo desde allí hasta la parroquia rezando el rosario; al llegar se celebraba la misa.



La imagen actual es de vestir, comprada en la década de los años 40 del pasado siglo con el dinero que se obtuvo con la rifa de una máquina de coser, según me cuenta Enrique Molina García, miembro de la Cofradía. La primitiva, que "desapareció" en la

triste guerra civil, atribuida a Sánchez Lozano, podemos verla en alguna estampa como la que sigue.



Camarera que fue durante muchos años: Juana "*del Horno*"; el encargado de arreglar el trono era Luis Molina "*Churrasco*" y quien llevaba la "guía" del rosario, con su voz cascada, era Jeromo.

A continuación se relaciona una serie de salves, que si bien no podemos en su mayoría recuperar el canto de las

mismas por haber fallecido gran parte de los hermanos cantores, al menos conservemos las letras.

Salve a la Virgen del Rosario

Digamos Ave María
con humilde devoción
que es la palabra más fuerte
contra el infernal dragón.

Fue María escogida
para Madre del Señor
sin pecado concebida
por obra del mismo Dios.

El veinticinco de marzo
esta pura concibió
en sus sagradas entrañas
al mismo Dios y Creador.

De diciembre, el veinticinco
esta Pura al mundo dio
la Luz de Divina Gracia
que a todo el mundo alumbró.

El día dos de febrero
al templo lo presentó
para ser purificada
aunque nunca se manchó.

Fue Virgen antes del parto,
Virgen de la Encarnación,
Virgen después del parto,
Virgen y Madre de Dios.

Porque sois Madre del Verbo,
os pedimos con unión,
que nos concedáis la gracia
y después la salvación.

De los cielos baja una paloma,
en Santo Domingo se vino a posar
y en el pico traía un rosario
para que lo recen en esta Hermandad.

Vámosle a alabar
a esta reina de cielos y tierra
fuente de gracia
y nuestra eterna paz.

Salve de difuntos

¡Quien San Jerónimo fuera
para poder explicar
lo que padecen las almas
que en el purgatorio están!

Allí claman y suspiran
metidas en aquel fuego
pidiéndoles a los mortales
las saquen de aquel infierno.

Herederos y albaceas
escuchad nuestros lamentos
atended lo que os pedimos
no larguéis más los tormentos.

En calabozos oscuros
hay muchas almas metidas
enclavadas contra el suelo
diciendo que no olvidan.

Dicen que padece un alma
más tormentos y trabajos
que han padecido y padecen
todos mártires y santos

Y más que cuantas mujeres

han padecido en sus partos
esto no es comparación...
¡fervor! ¡clemencia! ¡cristianos!

Es tan pesada esta cruz
llevándola con paciencia
ganará el Reino del cielo
y con él la gloria eterna.

Son saetas las Ave Marías
que a Luzbel le causan envidia mortal
y son las llaves que el infierno cierra
y el cielo nos abre para descansar.

Vámosle a tirar
con las balas del Santo Rosario
que entre Padre nuestros
metidos están.

Dios te salve Madre virgen
protectora de las almas
que están en el purgatorio
padeciendo entre las llamas.

Humildes te suplicamos
con una firme esperanza
pues tu poder y clemencia
a todas partes alcanza.

Ya falleció nuestro hermano
a Dios entregó su alma,
Madre de Misericordia
tu patrocinio le valga.

Sacratísima María,
de la Aurora titulada
suplicadle a vuestro hijo
que lo lleve en su compaña.

Y si están en el purgatorio
dadle consuelo a su alma,
y aliviarla de sus penas
Emperatriz Soberana.

Recibid Madre piadosa,
para alivio de su alma,
salves, misas y rosarios
que sus hermanos le mandan.

Y abreviarle su salida
para ir purificada,
a los contentos eternos
de la celestial morada.

Donde todos nos hallemos
unidos a aquellas almas,
que sufrieron purgatorio
María, llena de gracia.

Poderosa Reina de los cielos
por aquella firme y gran satisfacción
que tuviste a Jesús en tus brazos,
todos te pedimos de este alma perdón.

Pedirle al Señor
que lo lleve a su eterna morada
para que disfrute de aquella mansión.

Salve de las Ánimas o de hora.

A todo mortal convidan
las almas en general,
para sacarlas de penas
en el reloj de su afán.

A la una considera
que el corazón le devora,

de ver que no tiene a nadie,
aquella ánima tan sola.
A las dos entre las llamas
dicen con tristes lamentos
testamentarios ¡cumplidlos!
este es nuestro testamento.

A las tres en general
las ánimas nos avisan
que apaguemos aquel fuego
con oraciones y misas.

Herederos a las cuatro
nuestras penas se hacen dobles
porque no habéis repartido
las limosnas a los pobres.

Abre la puerta a las cinco
San Jerónimo, y les dice
no traigo ningún consuelo
¡pobrecitas infelices!

A las seis recemos todos
un Padre nuestro siquiera,
para sacar a las almas
de tan abundantes penas.

No las echéis en olvido
que el reloj marca las siete,
y dadles algún consuelo
¡padres, hermanos y parientes!

Si la vierais a las ocho
padecer tantos tormentos
la sangre del corazón
vertierais por sentimientos.

La Virgen con nueve coros
cuando dan las nueve llega

a sacar del purgatorio
las que han cumplido sus penas.

En este triste sitio
a las diez las que quedaron
nosotros los pecadores
al Señor le suplicamos.

Pecador las once son
y en ellas contemplarás
que el mundo y todo se acaba
y por nosotros vendrán

Ave María a las doce
a las almas gran favor
para los que ruegan por ellas
y mandan esta oración.

A la Virgen Sacrosanta
le tenemos que rogar
por aquellas pobres almas
que en el purgatorio están

Luego las saquéis de penas
y las llevéis a gozar
de la santísima gloria
del Padre Rey Celestial.

A ti Sacra Virgen del Carmelo
todos te pedimos concedas perdón
a las almas que están padeciendo
en el purgatorio gran aflicción
y con sumisión
te acompañan cantando alabanzas
y que siempre gocen allá donde Dios.

Salve del enfermo

Salve Reina de los cielos
piadosa y benigna Madre
haced ver a vuestro Hijo,
que es abismo de piedades,
que de caridad fraternal
movidos en este instante
un hermano presentamos
lleno de necesidades.

Por gustar de tus dolores
quiere sufrir sus achaques,
mas siente estar impedido
por no venir a alabarte.

Atenderle Madre mía
sus deseos entrañables
y hazle tener salud
por visitar tus altares.

Moveros a compasión
y salud perfecta darle
que publique y engrandezca
vuestro rosario inefable.

Pues dádsela si conviene
vida y dulzura inefable,
y si no disponed de él,
como mejor os agrade.

El se quedará obligado
a seguiros incansable
a alabaros sin segundo
y a amaros sin semejante.

Y con nosotros a todos
dadnos gracias a millares

aguardando que Dios quiera
vernos por eternidades.

Aclamemos todos a María
que en su mano tiene salud para dar,
suplicamos que saque a este enfermo
si es que le conviene, de su enfermedad.

Vámosle a rogar
que piadosa y benigna se muestre
Con aquel enfermo
y lo libre de su enfermedad.

Salve Dolorosa

Salve Virgen Dolorosa
por la calle de la amargura
suspiraste por tu hijo
con lágrimas de ternura.
Volasteis amada Virgen
eclipsada en vuestra luz
del pretorio de Pilatos
donde visteis a Jesús
entre azotes, cruz y espinas
y lágrimas de sangre
borrando prisión y espada
la ofensas al Eterno Padre.

¡Oh Dolorosa Paloma!
¡oh! triste y pesada cruz
¡oh! calle de amargura
¡oh! angustias de mi Jesús.

Ya llegasteis al Calvario
después de las tres caídas
y visteis morir al Hijo
¡oh! triste Madre afligida.

Hombres, astros, sol y luna
y estrellas del firmamento,
¡ángeles! lloremos todos
que nuestro Padre ya es muerto.

Tórtola amante, a tu esposo
ya dejaste sepultado
con siete espadas punzantes
tu corazón trapasado.

Los hermanos de la Aurora
en tu amarga soledad,
piden perdón por sus culpas
unidos en tu Hermandad.

En el huerto de las amarguras
verdugos sangrientos prenden a Jesús
y tan solo diciendo YO SOY
en tierra cayeron sin respiración
y dijo el Señor:
levantaos cobardes verdugos,
tomad las cadenas y haced mi prisión.

Salve de Resurrección

Dios te salve Madre Virgen
cesen tus penas y llantos
que tu hijo ya ha salido
del sepulcro sacrosanto.

Cuando el sol sus resplandores
se ocultaba en este día
metidas entre tinieblas
llegaron las tres Marías.

Buscando al Lucero hermoso

que dejaron sepultado
a voces les dijo el ángel
Jesús ya ha resucitado.

La lápida con misterio
les dejó la puerta franca
y sólo en el sitio queda
aquella sábana santa.

Con la que a Cristo envolvieron
los varones con ternura,
al bajarlo de la cruz
para darle sepultura.

A María Magdalena
el Redentor se presenta
presentándole su pecho
vida y esperanza nuestra.

Los hermanos de la Aurora
por tu gran resurrección
te suplicamos la gracia
y después la salvación.

Jesucristo ha resucitado
Domingo de Pascua al amanecer
los soldados que estaban de guardia
sin querer dormidos se hallaron sin El.

¡Jesús que placer!
que recibe la aurora este día
al ver a su Hijo ya resplandecer.

Salve a San Antonio

Amado y divino Antonio
al pie de tu nicho estamos
los hermanos de la Aurora
por tu clemencia rogamos.

Pues resucitasteis los muertos
y libráis a nuestras almas
de pecado, y al morir
contra el diablo lleva palma.

Libró la muerte a su padre
que fue milagro patente
haciendo que un cuerpo muerto
delante del juez se presente.

Admirable fue aquel caso
de los milagros que obró,
que estando muerto su padre
la vida afable le dio.

Vuelve Antonio a su destino,
sigue su predicación,
llenando al mundo de asombro
y al hombre de devoción.

Ya sabemos que con Dios
Antonio en el cielo reina,
pidamos que nos alcance
a todos la gloria eterna.

San Antonio predicando estaba
y tuvo del cielo gran revelación,
que a su padre por un testimonio
la muerte afrentosa le causó un traidor.

Causa admiración
que aunque estuvo librando a su padre
del sitio en que estuvo
no faltó el sermón.

Salve a la Purísima

Salve celestial princesa
ue le dais la luz al sol,
la claridad a la luna,
Purísima Concepción

Cuanto quiso y cuanto pudo
te da Dios su dignación
y antes de que nacierais fuisteis
Purísima Concepción.

Las tres personas divinas
hicieron vuestra elección
para ser Madre del Verbo
Purísima Concepción

Para que en vos con la culpa
nunca ha tenido ocasión
pues antes de que nacierais fuisteis
Purísima Concepción

San Juan en su Apocalipsis
nos llenó de admiración
porque sois puerta cerrada
Purísima Concepción.

Vuelve a nosotros tus ojos
míranos con compasión
ya ves que somos tus hijos
Purísima Concepción.

Para que todos estemos
en la celestial mansión
y en tu amable compañía
Purísima Concepción.

Eres paloma alta y venerada
de la real torre que tuvo David,
eres hija de Joaquín y Ana
y el Verbo humanado ha encarnado en Ti.

Vámosle a aplaudir
Dios te salve Custodia Divina
Patrona del cielo,
Reina, Emperatriz.

Salve a Jesús Nazareno

Dios te salve rostro hermoso
de Cristo todo afeado,
que por redimir al mundo
vos fuisteis crucificado.

Sangre en el huerto sudasteis
afligido y angustiado
contemplando tu pasión
por nuestros graves pecados.

Estando en el huerto orando
Jesús nuestro redentor,
vino un ángel con el cáliz
y Jesús lo recibió.

Judas por treinta dineros
a su maestro vendió
y lo entregó a los sayones
con aquel beso traidor.

El pontífice Caifás
a Pilatos lo mandó;
Pilatos no hallando culpa
a Herodes lo remitió.

De loco lo trató Herodes
y a Pilatos lo volvió
para que sentencia diere
al divino Redentor.

Mientras la sentencia escribe
este juez fiero y malvado
con setenta y dos espinas
sus sienes han taladrado.

Cargando con el madero
por la calle de amargura
va el soberano cordero
sin aliento y sin figura.

Ya está en el monte Calvario
su madre al pie de la cruz
todo en lágrimas deshecha
mirando al buen Jesús.

Por tu sagrada pasión,
Padre de misericordia,
te pedimos el perdón
y después tu santa gloria.

Olvidemos vicios y deleites
que estamos en tiempo de contemplación
que en un viernes en el mes de marzo
por nuestros pecados murió el Redentor.

Sube pecador
a la cima del monte Calvario
y verás a Cristo crucificado
muerto por tu amor.

Salve del Carmen



Dios te salve te alabamos
flor fragante del Carmelo
título el más singular
que te pudo dar el cielo.

¡Oh! Hermosa Virgen del Carmen
sois consuelo de afligidos,
refugio de pecadores
y amparo de desvalidos.

Sois arca del testamento
sois la vara de José
del Carmen Virgen Sagrada
y el archivo de la fe.

Sois rosa de Jericó
esplendente luna bella,
la casta y pura doncella

que parió y Virgen quedó.

Los ángeles te veneran,
los arcángeles te alaban,
y este tu pueblo devoto
te llama Carmelitana.

Es de tiempo inmemorial
título de grande honor
que en el monte Orab de aclama
Elías el fundador.

Madre y Señora del Carmen
haced que vuestro poder
que esté la España tranquila
y conserve vuestra fe.

Dios te salve Virgen del Carmelo,
préstanos tu amparo y protección,
que de este modo saldremos triunfales
de las tentaciones del bravo dragón.

Venid sin temor
a alistaros a tan noble bandera
pues la Carmelita
concede el perdón.

Salve al Santo Cristo

Santo Cristo del Consuelo
en una cruz enclavado,
los devotos de tu madre
por tu clemencia rogamos.

Con setenta y dos espinas
que tus sienes taladraron
te llevan al rey Herodes,
por loco fuisteis tratado.

Pilatos no hallando culpa
dijo yo mis lavo lavé,
te presentan al balcón
escupido y azotado.

Viendo Poncio Pilatos que todos
dicen, muere Cristo y viva Barrabás,
temeroso se lavó las manos
y a Cristo de muerte sentencia le dan.

Ya te sacan del pretorio
después de ser sentenciado
y en medio de dos ladrones
caminas para el Calvario.

En la calle de amargura
con su madre se ha encontrado,
ven acá cordero mío
que te vas de mi rebaño.

Unas piadosas mujeres
que llegan todas llorando
el Señor les dice: hijas
llorad por vuestros pecados.

Apenas llega y le dejan

de sus ropas despojado
y le mandan que se tienda
para ser crucificado.

Ya estás pendiente en la cruz
ya está todo consumado
y a su madre la encomienda
a San Juan el más amado.

Ya clama a su Padre Eterno
de haberlo desamparado
y en el reino de los cielos
subamos a acompañarlo.

Vino José y Nicodemo
a bajarlo de la cruz
para darle sepultura
a nuestro padre Jesús.

Hay que contemplar
la pasión dolorosa de Cristo
es el mejor medio
para no pecar.

Salve de Ángel

Dios te salve Emperatriz
Reina de los serafines
Inmaculada princesa
de ángeles y querubines.

Te alabean las potestades
tronos y dominaciones
porque sois la redentora
de los pueblos y naciones.

El coro de las virtudes

te aclama divina Madre
de la segunda persona
de la Trinidad inefable.

Te dicen todos los coros
Madre piadosa y clemente
sois del cielo y de la tierra
la Señora Omnipotente.

Con el ángel te rogamos
divina Virgen María
que lo goce su familia
en la vida perdurable.

Ángel que gozando estás
con los coros celestiales
pídele a Dios que logremos
verlo por eternidades.

Feliz ángel que en el cielo adoras
a Dios trino y uno de suma bondad
con los coros y las jerarquías
que están ante el trono de su Majestad.

Ángeles rogad
a la reina de cielos y tierra
que sea nuestro amparo
en la eternidad.

Salve a San Roque

Dios te salve Roque santo
modelo de caridad
noble hijo de Montpellier
y de virtud ejemplar.

Siendo de familia ilustre
poderoso y con nobleza
de tu propia voluntad
quedaste en la pobreza.

Las riquezas temporales
que tanto engañan al hombre
mirándolas con desprecio
se las disteis a los pobres.

Imitando a Jesucristo
buscabas tribulaciones
curando a los apestados
en distintas poblaciones.

Dígalo Roma y Cesene,
Florencia y Aquapendente,
cuyas ciudades por ti
se vieron libres de peste.

Padecer por Jesucristo
era su mayor anhelo
y por eso los trabajos
le servían de consuelo.

Aun hallándose ya enfermo
y olvidado de los pobres
con la voluntad divina
siempre estuviste conforme

Pero Dios compadecido
de tan grande sufrimiento

a un perro hizo conductor
para darle alimento.

Y por sus grandes virtudes
Roque bendito y glorioso
te pedimos con fervor
ruegues a Dios por nosotros.

Dios te salve San Roque bendito
honra de tu pueblo y de Francia honor
abogado de las epidemias
título otorgado por el mismo Dios.

A ti con fervor
te pedimos salud para el cuerpo
y para nuestra alma
gracia y bendición.

Salve a San José

Dios te salve José justo
que por tu gran castidad
se te floreció la vara
que es una gran dignidad.

Dios te salve José esposo
elegido por María
para custodio del hijo
y de la emperatriz guía.

Caminabas a Belén
y a Egipto con gran fatiga
cuidando al Hijo de Dios
y de su madre afligida.

En Belén te viste triste
afligido y angustiado
pero luego los tres Reyes
te dejaron consolado.

En Egipto te alegraste
yendo la Aurora contigo
y el Rey del cielo en tus brazos
ya de Herodes defendido.

Eses espejo entre santos
el rey de la caridad
de los mártires corona
y de los hombres piedad.



Estandarte de la Cofradía

Tus devotos humillados
te piden de corazón
les des paz en esta vida

y en la otra la salvación.

Dios te salve San José bendito
la vara en tu mano se te floreció
y tu esposa María la Aurora
parió y quedó Virgen más pura que el sol.

Pero causa horror
que la gente más cruel e ingrata
ignore el misterio de la Encarnación.

Además de las salves, la Cofradía dispone de otros cantos, algunos de ellos ya citados como son el canto de salida del templo y el de entrada al mismo. Relaciono aquí los que he recopilado:

A tu puerta llegamos Aurora
los despertadores con grande humildad
te pedimos Reina soberana
que nos licencies para ir a cantar.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

Eres hija del Eterno Padre
Madre de aquel niño que nació en Belén
tan dichosa fuisteis en tu parto
que los nueve coros te fueron a ver.
Vamos con placer
a pedirle que nos ilumine
con la blanca antorcha de amor y de fe.

Eres hija del Eterno Padre
de San José esposa, madre de Jesús,
el refugio de los pecadores
que en las aflicciones los amparas tú.
¡Oh! Dulce Jesús
que quisisteis escoger por madre

al lucero luminoso que nos de la luz.
Al balcón de los cielos se asoma
la blanca paloma bella emperatriz
y los ángeles cantan alegres
de ver que el Rosario ya quiere salir.
Venid tras de mí
rezaremos un Ave María
a esta grande princesa, bella emperatriz.

Por los montes, caminos y sendas
la Aurora María caminando va
va buscando la oveja perdida
que no la devore el monstruo infernal.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

Al rosario de la Aurora tocan
levántate hermano, vamos a rezar
no perdamos lo que tanto vale
por la conveniencia de no madrugar.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

San Francisco se perdió una tarde
sus hijos llorosos le van a buscar
lo encontraron entre los rosales
que pierden su espino por no le punzar.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

El fuego ardiente de su caridad
como un pebetero exhala su olor
su sangre se junta con la de las rosas
y el aire perfuman con santo fervor.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

Unas rosas celestes divinas
lleva en sus manos y en sus pies también
la del pecho señala sangrantes heridas
son las cinco llagas de Jesús, su bien.
Vámosle a alabar
a esta Reina de cielos y tierra
la fuente de gracia y nuestra eterna paz.

Un hermano de la sacra Aurora
falleció y la Virgen apenas le vio
que su hermano ya estaba difunto
lo cogió en sus manos y se lo llevó.
Y lo resucitó
nuestro Padre Jesús en sus brazos
y todas sus culpas se las perdonó.

Padre nuestro que estás en los cielos
estas dos palabras aprendí nada más
pues estando mi padre en los cielos
siendo yo un buen hijo también iré allá.
pues escrito está
que en guardando los diez mandamientos
el Reino del cielo conseguiré.

Labradores queréis que pedriscos
no talen los campos que abundan en mies
cada día venida al Rosario
porque con María tendréis todo bien.
¿Qué podéis temer?
que es María la Reina del cielo
y tiene del suelo su cetro y poder.

Como se puede deducir, el fin de esta cofradía es procurar el mayor esplendor en el culto, propagar la devoción del Santo Rosario, cumplir los sufragios que se determinen por las almas de los hermanos difuntos y asistir a los hermanos enfermos.



Un acontecimiento único, digo único debido a que no se ha repetido, es el que aconteció en 1923 en que la Banda de Música acompañó a la Virgen en los Rosarios, percibiendo por ello la cantidad de 20 pesetas. El director era D. José Yuste Costa.

Otro acontecimiento único es el que se celebra este año de 2007: *El Besamanos a la Virgen*; nunca se había realizado en nuestro pueblo, ni con la Virgen del Rosario ni con otra imagen.

Dentro de la Cofradía había dos tipos de cofrades: cantores o postulantes y de número que pagaban una cuota mensual de 25 céntimos, y que para ser admitidos como tales debían, a juicio de la Junta Directiva, ser de fe o conducta moral intachables además de no tener cumplidos los sesenta años; entre otras obligaciones tenían la de confesar y comulgar el primer domingo de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario así como asistir a las procesiones que se realicen en dicho mes. Los cantores, excepto caso de enfermedad, tenían la

obligación de levantarse los sábados tan pronto le avise el encargado de llamar y, caso de no hacerlo, pagaría una multa (15 céntimos), pero si el encargado de llamar a los cantores dejase de hacerlo con tiempo suficiente y a la hora acordada, también tendría multa (30 céntimos), excepto si está enfermo; a todo cofrade, caso de fallecer, se le abonarán los derechos de entierro de quinta clase (cura con capa pluvial negra y cruz parroquial) y dos libras de cera para los hermanos de cuota y para los cantores y postulantes, tres misas rezadas al Santo Cristo además de loa concedido a los hermanos de cuota, y tendrá el estandarte en la casa y le acompañará durante el entierro; todo esto según los estatutos aprobados en 11 de diciembre de 1929 por Enrique Sánchez, Presidente; Ricardo Cano; José María Abellán; Francisco Sánchez; Roque Cano Rojo; Jesús Palazón; Miguel Palazón; José María Mira; A. Martínez; Prudencio Soriano, Hermano Mayor. Estos estatutos fueron aprobados por el Obispado el 13 de febrero de 1930.

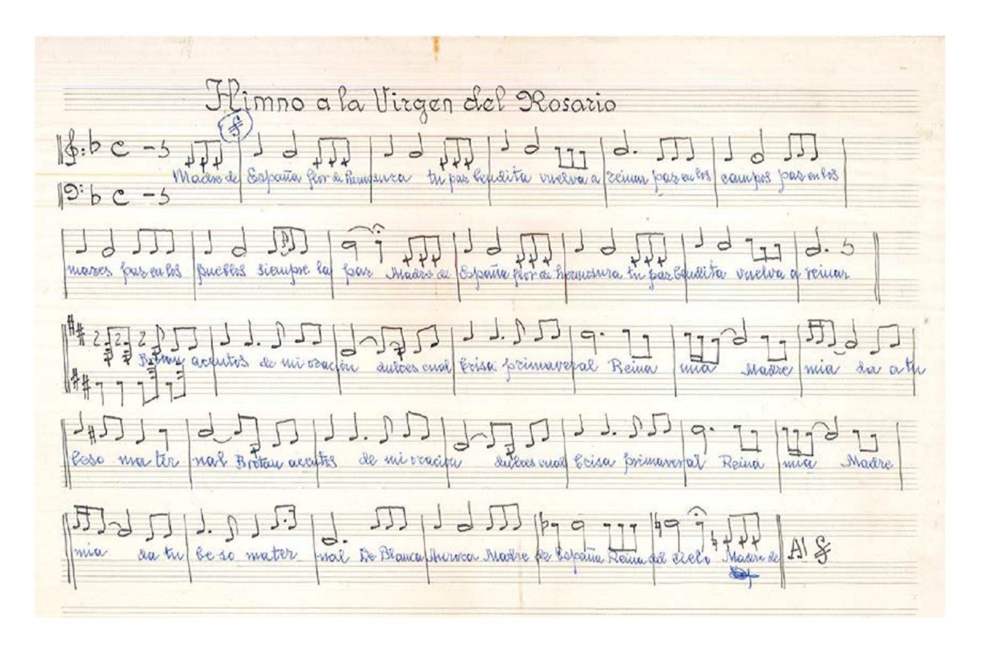
Otro canto-oración era el Himno a la Virgen del Rosario, de cuya partitura disponemos gracias a la gentileza de las hijas del músico-compositor D. Rodolfo Molina Yelo.

Por la letra es posible que se compusiese después de la guerra incivil española.
Es bueno que sepamos que en la misma fue destruida la imagen de la Virgen del Rosario y Retablo del Comulgatorio y que, tras ella, fue tasado el daño en setenta mil pesetas, por los nombrados para ello, los peritos D. Jesús Cano Carrillo y D. José Fernández Murcia, de esta naturaleza y vecindad, casados, mayores de edad, maestro albañil y carpintero.

Madre de España, flor de hermosura,
tu paz bendita vuelva a reinar.
Paz en los campos, paz en los mares,
paz en los pueblos, siempre la paz.
Madre de España, flor de hermosura,
tu paz bendita vuelva a reinar.

Brotan acentos de mi oración,
dulces cual brisa primaveral,

Reina una, Madre mía
da tu beso maternal.
Brotan acentos de mi oración,
dulces cual brisa primaveral,
Reina una, Madre mía
da tu beso maternal.
De Blanca Aurora,
Madre de España,
Reina del cielo.



Madre de España, flor de hermosura,
tu paz bendita vuelva a reinar.
Paz en los campos, paz en los mares,
paz en los pueblos, siempre la paz.
Madre de España, flor de hermosura,
tu paz bendita vuelva a reinar.

Los hermanos cantores, además de cantar de madrugada en las casas en se les requería, por la muerte o enfermedad de algún familiar, también cantaban en el cementerio, ante la tumba del fallecido, salves propias de estos casos, antes hemos visto una salve de difuntos, otro canto es:

Fue San Pedro
la primera piedra
donde Jesucristo
la Iglesia formó,
donde vamos
todos los cristianos
que contemplamos
su muerte y pasión.
Vamos con fervor
a pedirle que nos ilumine
porque la Iglesia
es el primer escalón.

Al finalizar se rezaba un Ave María.



Los cantores eran dos coros, al son de la campanilla, el primero cantaba una estrofa y el otro coro le respondía.

No sería justo cerrar esta recopilación sin citar algunos de los "auroros" cantores: Emilio Molina "Corneta", Luis y Ángel Molina "Posá", Jerónimo Laveda, Enrique Molina García "del

Ama", Jesús Cano, José Molina Cano "Americano", Ángel Cano "Candelas", Rafael Molina "el Feo", José María Molina "Pinte", Rafael Parra "Amalio", José Molina Yepes "Especias", Jesús Parra "Saura", los "Ritos": Antonio (padre), Ricardo y Pepe López (este último, al igual que su padre, era despertador).

Bueno, ya sabemos algo más de la Cofradía la más antigua de las que existen hoy en Blanca que, entre otras actividades, mantiene el rezo del Rosario de la Aurora. Acudamos, si es posible, los domingos del mes de octubre a su convocatoria y mantengamos viva esta hermosa tradición.

Antes de finalizar cito la Novena a la Virgen del Rosario que, aunque no tenemos la costumbre de rezarla en el templo, si la podemos hacer en nuestra casa, solos o en grupo.

Novena a la Virgen del Rosario

Oración inicial (para todos los días).

¡Oh Madre y clementísima Virgen del Rosario! Vos que plantasteis en la Iglesia, por medio de vuestro privilegiado hijo Domingo, el místico árbol del Santo Rosario, haced que abracemos todos tu santa devoción y gocemos su verdadero espíritu; de suerte que aquellas místicas rosas sean en nuestros labios y corazón, por los pecadores medicina y por los justos aumento de gracia. Amén.

Pedir la gracia que se desea obtener.

Día primero.

"Dios te salve".

¡Cuánto mi alma se alegra, amantísima Virgen, con los dulces recuerdos que en mi despierta esta situación! Se llena de gozo mi corazón al decir el "Ave María", para acompañar el gozo que llenó Vuestro espíritu al escuchar de boca del ángel, alegrándome de la elección de que Vos hizo el Omnipotente para darnos el Señor. Amén.

Día segundo.

¡"María" nombre santo!

Dignaos, amabilísima Madre, sellar con vuestro nombre el memorial de las súplicas nuestras, dándonos el consuelo de que lo atienda benignamente vuestro hijo Jesús, para que alcancemos aburrimiento grande a todas nuestras vanidades del mundo, y firme afición a la virtud, y ansias continuas de nuestra eterna salvación. Amén.

Día tercero.

"Llena eres de gracia".

¡Dulce Madre! Dios os salve, María, sagrario riquísimo en que descansó corporalmente la plenitud de la Divinidad; a vuestro pies se presenta desnuda mi pobre alma, pidiendo la gracia y el amor de Dios, con el que fuisteis enriquecida, haciéndote llena de virtud, llena de santidad y llena de gracia. Amén

Día cuarto.

"El Señor es contigo".

¡Oh Santísima Virgen! Aquel inmenso Señor, que por su esencia se halla en todas las cosas, está en Vos y con Vos por todo muy superior, Madre mía venga por Vos a nosotros. Pero ¿cómo ha de venir a un corazón de tan poca limpieza, aquel Señor, que para hacernos habitación suya, quiso con tal prodigio, que no se perdiese, siendo Madre vuestra virginidad?

¡Oh! Muera en nosotros toda impureza para que habite en nuestra alma el Señor. Amén.

Día quinto.

"Bendita Tu eres entre todas las mujeres".

Vos sois la gloria de Jerusalén; Vos la alegría de Israel; Vos el honor del pueblo santo de Dios. Obtenga por vuestra intercesión nuestro espíritu la más viva fe, para considerar y adorar con vuestro Rosario las misericordias que en Vos y por Vos hizo el Hijo de Dios. Amén.

Día sexto.

"Bendito es el fruto de tu vientre Jesús".

Lloro, oh Madre mía, que haya yo hecho tantos pecados, sabiendo que ellos hicieron morir en cruza a vuestro Hijo. Sea el fruto de mi oración, que no termine nunca de llorarlos, hasta poder bendecir eternamente aquel purísimo fruto de vuestro vientre. Amén.

Día séptimo.
"Santa María Madre de Dios".
No permitáis se pierda mi alma comprada con el inestimable precio de la sangre de Jesús. Dadme un corazón digno de Vos, para que amando el recogimiento, sean mis delicias obsequiaros con el santo Rosario, adorando con él a vuestro Hijo, por lo mucho que hizo para nuestra redención, y por lo que os ensalzó, haciéndote Madre suya. Amén.

Día octavo.
"Ruega por nosotros pecadores".
¡Madre de piedad! A vos solo dijo aquel Rey soberano de la gloria: Vos sois mi madre. Alcanzadme humildad y plena confianza, dispuesto de este modo, con el auxilio de Dios, a recibir los favores de la Divina misericordia, por los méritos de vuestro Hijo y Redentor nuestro. Amén.

Día noveno.
"Ahora y en la hora de nuestra muerte".
Estamos siempre expuestos a perder la gracia de Dios. Haced que no se aparte de mi memoria al último momento de la vida, que habrá de ser decisivo de mi eterna suerte. ¡Oh Madre de piedad! Concededme el consuelo de morir bajo la vuestra protección y en el amor de mi Jesús. Amén.

Oraciones finales (para todos los días).
Rezar tres Ave Marías y tres Glorias y terminar con la siguiente oración: ¡Oh Santísima Virgen, Madre de Dios, dulce refugio y consuelo de todos los afligidos! Por aquella confianza y autoridad de Madre con que podéis presentar nuestros ruegos al que es árbitro soberano de nuestro bien empeñad una y otra a favor nuestro. Conseguidnos el reformar con el Santo Rosario nuestras vidas, estudiando en tan dulce libro la fiel imitación de

vuestro Hijo Jesús, hasta que podamos adorarlo y amarlo por todos los siglos de los siglos. Amén.

6 Doña Rosario

6.1 Cápitulo 1

Charito bailaba la rumba con un arte perverso, exquisito y refinado. Abiertos los brazos, asidas las puntas del mantón de Manita, escarlata y oro, ceñíaselo modelándose con justedad anatómica, contorcíase y se arqueaba elástica y flexible y al mismo tiempo tremaba su carne y flameaban, a cual más semejante al fuego, los rizos de su frente y los flecos del mantón. Bailaba con las rodillas juntas, apretadas, y al quebrarse la cintura, caída hacia atrás la cabeza, los labios anhelantes y los ojos entornados, espasmódicos, creyérase que la música era algo que penetrase en su organismo, algo cruento y delicioso a la vez.

Eladio Icard venía fijándose en ella desde el principio de la velada. No disgustaba a Charito que la prefiriese aquel hombre alto, elegante, cuyos ojos castaños tenían el atractivo de una indudable serenidad y nobleza, de una comprensión indulgente. Eladio Icard desde primera hora mostrábase «tramsigiendo» con la orgía, gustando de ella, puesto que en ella estaba, pero reservándose su dignidad. El vino no lo hacía descender en la escala zoológica; no se emborrachaba, no dejaba de comportarse como un hombre. Charito aceptaba de buen grado su dilección. Otro cualquiera de sus amigos, borracho, habría de molestarle mucho más.

-- Charito -- dijo Luciano Brun -- ¿por qué no buscas un escenario? Bailes muy bien.

-- Y canta, y canta... ¡Que cante Charito! -- voceó Andrés Navacerrada revolcándose en un diván.

-- Calle el paquidermo -- exclamó Luis Fanjul.

Charito respondió a Brum:

-- Todo lo que sé hacer es copia, chico. Para ganarse cartel es necesario ser original y yo no he inventado nada ni de inventarlo me creo capaz. Hay que nacer.

-- Facultades tienes. Con un buen profesor...

-- Ni por esas. Aprendería lo que me enseñasen; pero eso mismo, después de bien sabido, no me saldría bien más que una vez de ciento. Hoy he bailado así porque tengo en el cuerpo el hormiguillo canalla.

-- ¡Excelente ocasión, Charito!
Charito volteó las pupilas verdes con los párpados casi cerrados. Brun fué a abrazarla, pero ella le evitó quebrándose escapadiza.
-- ¡No seas bruto!
La Gioconda, émula de Charito, salió al centro del rolde y empezó el redoble de tacones y de una danza gitana, los brazos serpeantes, haciendo eses con la columna vertebrla.
Eladio Icard seguía sin «divertirse». Observaba a la bailarina como un crítico que se sustrae a la emoción y analiza las proporciones y relleves, la disposición de los elementos de una obra de arte. Charito vino por eso a sentarse junto a él. La agitación de la rumba aceleraba su alentar; tenía los ojos brillantes y encendido el color. Exhalaba un intenso aroma.
-- Usted se aburre, ¿no?
-- Nada de eso. Principalmente tú me resultas muy amena.
-- Pues ¿qué hace usted cuando le fastidia una mujer? ¿Morderla?
-- Todo lo contrario, Charito, Morder para mí significa todo lo contrario.
-- ¡Huy! -- se contrajo temerosa.
No se supo quién pidió más vino y más fiambres que les fueron servidos, y todos empezaron de nuevo a comer como si no lo hubiesen hecho ya dos o tres veces desordenadamente. Charito se acercó a la mesa por obligación y mordió despacio un emparedado; lo hacía de manera que se veía toda la caja de sus dientes blancos y las encías rojas como los corales de las langostas del Cantábrico. Charito tenía la boca pequeña, los labios delgados y siempre húmedos; su nariz era fina y nerviosa, de alillas que latían al barruntar las sensaciones, y su gesto denunciaba siempre una hiperestesia y una ansiedad muy del gusto de los hombres. Sin embargo, a Icard le pareció mejor Charito cuando ella no hacía nada por agradar.
Icard, Fanjul, Romero, Fernández y los otros, habían estudiado juntos la carrera de Ingenieros industriales. Dos años antes, en posesión de sus títulos, se dispersaron. Icard obtuvo colocación en Barcelona y los demás cada uno donde fué pudiendo. La casualidad habiales juntado en Madrid ahora y quisieron recordar los días estudiantiles «corriéndose una juerga con mujeres». Dueños ya de algún dinero, en vez de Valdepeñas y

sidras como entonces, bebían Burdeos y champagne. La misma diferencia había en todo, aunque todo, como cuando eran estudiantes, fuese lo primero que se encontraba, sin elegir.
Fernández dijo:
-- Debías quedarte un día más, Eladio. Mañana iríamos a los toros.
-- No puedo, queridos. El lunes tengo precisamente que empezar. ¡Me espera una temporadita de bacanales!...
-- ¿Cuánto tiempo calculas?
-- Figúrate: tengo que instalar dos turbinas, una dinamo, toda una red de alumbrado y no sé si dos o tres aserrerías mecánicas. Llevo buenos montadores, pero hay para tres meses y no me he de dormir.
-- ¿Y a dónde va usted? -- Preguntó Charito.
-- A un pueblecillo de la ribera del Seguro. Cerca de Murcia, menos mal. A Murcia me escaparé de vez en cuando.
-- ¡Hombre! -- Dijo Romero --. Lo que podías hacer era llevarte una chica de estas.
-- No me parece mal. El salto de agua es de una viuda beata y la fábrica que voy a montar se llamará «San... no sé cuántos...» Conque llévate allí una niña y... ¡el desmiguen!
-- ¡Bah! En **Almoraña** no te conoce nadie; nadie sabe si eres casado o soltero. La presentas como tu mujer y tan ricamente.
-- Es una idea. ¿Pero y si la señorita, tres meses en un villorrio, se aburre y se insubordina?
-- Yo me comprometería -- dijo Charito, que en aquel monto ... -- a pasar con una casadita encortada, mimosa y hasta inocentona. Por lo del beaterio no pase el señor pena, que de dentro me sale, y si no soy beata es porque ahora no puedo, que si llego a vieja he de rezar lo de hoy y lo de mañana.
Icard la miró fijamente con su mirada amplia y tranquila.
-- Usted no sería capaz de eso.
Ella se recató dejando caer la falda y compuso los modales para contestar:
-- Pruebe usted. Y si hago alguna tontería... ¡me pela!
Pelar a Charito hubiera sido un castigo demasiado cruel. Charito tenía una mata de pelo de color de ámbar, ondulosa, brillante, sérica, que no hubiese tonsurado ningún hombre de buen gusto por vengativo que fuese. Cuando Charito se soltaba el cabello y

jugaba con él anudarlo formando el moño, temía uno que sus manos ledas pereciesen entre las llamas.
A Eladio la perspectiva de tener a Charito en **Almoraña** le pareció muy agradable. Acostumbrado a vivir siempre en grandes ciudades, la orden que le dió la Empresa a que servía de ir a un pueblecillo, fué para él una pena de destierro. ¿Cómo resistir tres meses sin tranvías, sin teatros, hasta sin ver el ferrocarril? Los periódicos llegarían a **Almoraña** con dos fechas de retraso. ¿Cómo resistir tres meses leyendo periódicos con las noticias trasnochadas? Y sobre todo, ¿cómo resistir tres meses la vida honesta, eutrapélica, vegerativa a que obligariale el legarejo? Si Charito fuese capaz de representar bien la comedia, además de resolverle gran parte del conflicto, como el lance sería chusco, serviríale de diversión.
-- Vaya, Charito: pues si me das tu palabra de no provocar un escándalo, de obedecerme en todo y de no pedir gollerías... te llevo.
Charito le tendió su mano.
-- ¡Palabra!
Hubo necesidad de tratar el caso con doña Matilde. Afortunadamente Charito en aquella ocasión no le debía nada a doña Matilde y podía tomar el portante con su consentimiento o sin él. Sin embargo, la autoridad de la explotadora era, como es sabido, tirúnica, y Charito quiso, por lo menos, consultarla.
Doña Matilde al oir el proyecto palideció bajo el estucado de su rostro. Charito era voluntariosa y se iría si se le había antojado. La ausencia de Charito causaría una sensible baja en los ingresos de doña Matilde...
-- Le advierto a usted -- dijo -- que es una primada, una solemnísima primada una acción de canelo lo que piensa. ¡Fiarse en las palabras de ésta!... Esta meterá la pata en seguida. Es una golfa que la rezuma la golfería. Tres meses ha estado con su pisito puesto y aquí la tiene usted, que no anda chistando por las esquinas gracias a mí que la recibo siempre. Una de las veces, la última no podia estar mejor. La ropa que tiene lo dice... Pero... vamos no sea sencillo el joven. Se le emborrachará a usted y se la pegará. ¡Si conoceré yo a la palomita esta!
Charito se levantó y se puso en jarras.

-- ¡Usted no sabe lo que dice, doña Matilde! Cuando yo prometo que haré una cosa, la hago.
-- Tú le pondrás en ridículo al señor y le harás perder el empleo.
A Eladio le molestaros los apelativos con que le había obsequiado doña Matilde.
-- Mire señora: todo eso que ha dicho usted es solo cuenta ma. Charito quiere venir y yo que venga. Nada más.
Charito depuso el descoco, se honestizó en mutación instantánea su gesto, se adecentaron sus modales como los de una actriz al salir de escena dejando de representar el papel de chula.
-- Confíe en mí y lléveme, que he de agradecérselo mucho.
-- Ya veremos Charito; lo pensaré, lo pensaremos esta noche.
Al despertar de aquella noche Eladio había madurado su resolución. Charito habíale persuadido de que sabria comportarse como una recién casadita, toda dulzura, mansedumbre y deseo de hacer feliz a su compañero. En lo tocante a como se produciría en sociedad no era cosa de preocuparse mucho. En **Almoraña** debia ser fácil pasar por una señora. Todo estribaría en atarla corto, en no exhibirla mucho y en evitar las ocasiones de peligro. La chica parecía tener muy buena voluntad.
¡Qué coile! Tres meses en un villorio... ¡Ea, se la llevaba!

6.2 Capítulo II

La primera sorpresa de Eladio en la estación fué ver a Charito «al natural». Quiere decirse que ella había suprimido cremas, colorete, kool, lápiz de labios, polvos y demás aceites con que policromaba su rostro cada día. Además prescindió de apatuscos: traía un peinado sencillo, discretas las patillas sobre sus orejas como dos escamas de oro, y su traje era sóbrio cual corresponde a una burguesita económica que ha escatimado los gastos. Se tocaba con un gorrito de fieltro adornado con uno hilillos de pluma.

-- No sé si le gustaré así.

-- Me gustas, vales doble.

No era mucho que tal le sucediese. Charito, moralizada «externamente» valía, en efecto, mucho más que «de uniforme». Su tez trigueña armonizaba con los ojos verdes de verdor claro de hoja de encina, que no brillaban ahora en la blancura artificial como postizos. Estaba un poco demacrada, es cierto, mas eran gracias sus ojeras y la palidez de su nariz que parecía acabar de ser pellizcada en la punta. No obstante la expresión de cansera, sus labios y sus cejas estaban muy rojos lo que favorecía y era atrayente.

-- Viajamos en primera simplemente, ¿sabes?

-- Encantada de ello. De los sleeping conservo memorias poco agradables.

Durante el viaje se comportó Charito con el natural comedimiento y recato de una joven señora. No parecía la misma que bailaba la rumba la noche anterior. Eladio empezó a pensar que Charito sería una chica de buena familia, caída en la torrentera por haberse deslizado desde las márgenes resbaladizas, probablemente de un noviazgo. Al volver ahora, siquiera fuese todo una ficción, a su anterior medio, no se tendría que esforzar en nada. Pero ella deshizo el error:

-- Tendrá usted que guiarme, que irme diciendo todo lo que debo hacer, reprenderme cuando me propase. Yo no he sido «decente» nunca. Mi madre fué algo parecido a lo que yo soy, mucho más hermosa y con alguna más suerte al principio. Yo no tengo apellidos. Mi madre empezó a educarme bien: estuve seis años en un colegio; pero después vino la negra, la pobreza, las

enfermedades, y el hambre. Fuí lanzada por la fuerza de la necesidad; y como ella ganaba para pagar mi colegio, gané yo para pagar sus médicos y sus medicinas. La vida Eladio, la vida que es muy dura, que es muy cruel. En fin -- suspiró Charito -- le digo que no sé como es la gente honrada y que me comprometí a venir fiándome en que todo lo puede una buena voluntad y que me comprometí a venir fiándome en que todo lo puede una buena voluntad y por el afán de sabar como viven las personas decentes. Usted me tiene que perdonar algunas incorrecciones. Yo le prometo poner mucho cuidado y someterme a todo.
-- Sigue como vas. Habla poco. Mas vale que te tomen por tonta ¿comprendes? Por de pronto ese es mi consejo; después ya iremos viendo como se presentan las cosas.
Durmieron malamente cada uno envuelto en su plaid y sin poder acostarse porque en Chinchilla entraron dos viajeros más en el departamento. Uno de ellos, viajante a treinta leguas, en cuanto Charito se retrepó, empezó a mirarla en exploración. Eladio, que cazó el intento, se echó la visera de su gorra de viaje solapando su vigilancia y haciéndose el dormido. Veriamos que hacia Charito en esta primera ocasión. Charito, sin un respingo, sin esquivar el encuentro de sus ojos con los del hombre, le desarmó inmediatamente como desarmar y detienen las mujeres honestas que no entienden de malos pensamientos. Tranquila y sencillamente se durmió. El viajante dejó de observarla como a cosa que ha perdido todo su mérito e interés. Eladio aplaudió mentalmente a Charito. Tenía el instinto de la honestidad aquella pobre perdida.
Se apearon entrada la mañana ante una estación señera en un despoblado. La carretera rayaba inflexiblemente recta, trigales raquíticos y egidos que poblaba un esparto ralo con frecuentes calvas rocosas. A la redonda no se columbraba ni un árbol ni una casa. Era aquello un paisaje africano, soledoso, paupérrimo, anidro. Charito creyó que Eladio, al anunciarla un pueblecito en la vega del Segura, la había gastado una mala broma.
-- ¡Qué guasón eres, querido! ¿Adónde me llevas?
-- Es que estamos arriba, en los secanos, aquí más secanos que en región alguna de España porque ya sabrás que este país de Murcia, según el refrán, es buen país... si lloviera. Pero no te asustes. Como tú comprenderás, aquí, en estos eriales, no hay manera de montar máquinas hidráulicas.

Para trasladarse desde la estación a **Almoraña** solo había un carrillo de dos ruedas de los que allí llaman atartanados, únicamente accesible por la delantera mediante un estribo adosado a la vara.
Paco el peatón, cuyo era el vehículo, se acercó a Eladio respetuosamente.
-- ¿Es usté el inginiero que trae la luz?
-- Servidor.
-- La contra es que nadie daba que trajere consigo a la señora esposa. De saberlo don Adrián le habría mandado su galera. La mejor galera que se engancha en la provincia, con unos ballestas que talmente es una cuna. Baja usted al pueblo sin sentirlo...
-- Es inútil que usted me haga el elogio de la galera de don Adrián puesto que no me la puede ofrecer. Veamos como nos valemos del carrillo y Dios sea con todos.
El carrillo cerrado con esteras y cubierto por un toldo que en su interior tenía al aire las cañas, carecía de todo ballestaje y sus asientos eran unos bastidores de tablas, estrechos, con un enrejado de tomizas que servía para sostener unas colchonetas exiguas, manidas y rotas, que mostraban por muchos rotos el pelote. Paco cargó en las bolsas del carro, su suelo, -- una tabla suspendida por cordeles de cáñamo -- una caja de pescado que olía muy mal y encima varias más de petróleo que olían peor. Aun metió alli la caja del viajante y por último, en el exterior del carrillo, a la zaguera, suspendió y amarró los baules de Eladio y de Charito. Era Paco un habilísimo estivador. Su carrillo tenía como los grandes bueyes, bodegas de capacidad inmensa y cubiertas espaciadas para recibir cargamentos ilimitadamente. En fin, después de acomodar un furdo de tejidos y balija de la correspondencia, fué Paco a buscar al dueño de la caja de muestras, que no era otro si no el viajante que vino con el ingeniero en el tren.
Charito llevaba según moda, la falda estrecha y no larga. Al trepar al carrillo era inevitable descubrir sus piernas hasta donde ninguna mujer honesta las enseña en público voluntariamente. Dijo:
-- Suban, suban, usted primero.
Comprendiendo la causa de tal deferencia el viajante subió, con lo que Charito pudo ver y calcular. No estaba lo peor en

encaramarse hasta la vara del carro; una vez allí era necesario dar una buena zancada para ingresar en el interior y meterse entre los asientos, ejercicio que irremediablemente haría subir sus ropas más arriba del límite vitando.
Eladio apremió.
-- Vamos, anda, mujer.
Ella, obediente, puso su zapato en el estribo de hierro, asió el varal, se elevó a virtud de una flexión vigorosa y arriba ya, por saltar la valla, trompicó no cayó gracias a los brazos del viajante que la socorrieron; y como en casos tales nadie se para a pensar donde toca...
Cuando pudo sentarse, Eladio vió que la sofocaba el rubor, un rubor doloroso, socarrante de honestísima, con la fiera honestidad de una campesina. Resueltamente Charito era de instintos puros. Eladio iba estimándola más por momentos y compadeciéndose.
Emprendieron la caminata al trunco de la mula cuya trasera almendrada podían tocar con la mano, las correas de la retranca se levantaban a cada paso y marcaron pronto unos surcos de sudor en el pelo del animal. Cada bache del camino y cada chinarro que pisaban las llantas de hierro, sacudíanle a los viajeros las entrañas. La mula llevaba unos campanillos monótonos. Caía sobre la llanada el sol que enceguecía...
Paco el peatón preguntaba, preguntaba, preguntaba sin comedimiento, importuno, machacón, obstinado en saber toda la vida del Ingeniero y lo que pensaba hacer en **Almoraña** para poder luego él irlo contando y comentando, casa por casa, cuando repartiese el correo. La llegada del ingeniero que instalaría la fábrica de luz, era un acontecimiento extraordinario, epónimo, y Paco acostumbraba a ser el primero que se enteraba de todas las novedades.
Eladio se vió precisado a hilvanar unas cuantas mentiras. Hacía dos años que estaba casado con Charito, no tenían hijos, vivían en... un barrio de Barcelona; pensaba estar en **Almoraña** tres meses¸las turbinas habían sido construidas en Bilbao y las dinamos en Cataluña, Además de poder servir el alumbrado de cinco o seis pueblos, sobraría energía para la industria que se habría de desarrollar. Hasta era posible tender un tranvía eléctrico desde el pueblo a la estación.

Paco oyó estas cosas y algunas más cuidando de retenerlas. Que Eladio atribuyese al salto de agua una gran potencia halagaba su patriotismo. En cuanto al tranvía eléctrico le parecía un sueño irrealizable. Por su parte Charito puso mucha atención en dos detalles: debía decir que se casaron hacía cerca de dos años y que no habían tenido sucesión...

De pronto el paisaje se quebraba y se deprimía bruscamente en una rajadura de cataclismo que era el valle cruzado por el Segura; entre los terrazgos de una y otra altura y en la corte de sus estratificaciones, se apreciaba que fueron una pieza y que el valle era una grieta enorme abierta por un terremoto. La formación volcánica del terreno tenía testigos irrecusables. El panorama era así, de contrastes extremos: entre la aspereza de los cabezos desnudos, de los peñascales, a huerta murciana se extendía ubérrima: una bocanada de aroma de azahar llegó a los viajeros agradecidos: junto a las flores blancas los naranjos solían tener sus esferas de oro y de carmín; de trecho en trecho grupos de palmeras erigían sus troncos gentiles y mecían el abanico de sus copas como quitasoles fastuosos: el río corría pando, espejeante, entre cañaverales y olmedas y el caserío blanco, resplandeciente se advertía en el entrevero de las frondas enguirnaldado y risueño. En sus jardinillos, en las azoteas, se entrelazaban los jazmines, los rosales, las campanillas y las yedras.

Charito, que sólo conocía la vida urbana, respiraba y veía en un arrobo de perfume y de luz. Ella no imaginaba que existir pudiera un cuadro tan hermoso. La Naturaleza la asumía y la extasiaba, la poseía desquitándose en un minuto de todos los desdenes y traiciones que Charito le tenía hechas a la Naturaleza.

-- ¡Dios mío! -- exclamó -- esto es soñar!

Entraron en **Almoraña** por filo de las doce. El pueblo era pequeño, limpio y luminoso. Vivían en él sólo los menestrales, los comerciantes, los profesionales y algunos ricachos. Lo más de la población habitaba en la huerta que salpicada de casitas blancas se veía. Casitas blancas, casitas alegres, casitas égloga.

En la plaza consistorial se detuvo el carrillo y lo rodearon las principales personas de **Almoraña**, quienes por recibir al ingeniero, quienes por conocerlo, quienes por encautarse pronto

de periódicos y leerlos andando hacia la mesa como todos los días. Charito, ante la estupefacción de los terricolas, saltó del carro al sueño arriesgándose a caer antes que a lucir sus medias de gasa.
Don Adrían, el alcalde de **Almoraña**, habíala ofrecido su mano. Era don Adrián un señor alto con cara de Sumo Hacedor, como se suele ver al Sumo Hacedor asomarse a un triángulo entre nubes; su barba era luenga y bellida, de color de aluminio, finas sus facciones y su mirada bondadosa.
-- ¡Hija mía! ¿Se lastimó?
-- No, mil gracias.
Estaba Charito roja como una guinda.
-- ¿Es su señora?
-- Sí -- dijo Eladio presentándose -- yo soy Icard a quien ustedes esperan, y ella es mi mujer.
La comedia empezaba. Charito sintió el temblor de piernas y la opresión de epigastrio de una actriz novel la noche de su debut.
Don Adrián se disculpaba por no haber mandado su galera. Los hombres de cualquier modo se apañan, pero las mujeres no es lo mismo. La señora vendría magullada. Si Eladio lo hubiese prevenido... Por que ahora resultaba algo peor. A Eladio le tenían preparada una de las habitaciones que en el piso bajo del Casino alquilaba al conserje y era paradero obligado de todos los viajantes y demás escasos forasteros. Pero en aquellas habitaciones no podía alojarse una señora... Don Adrián se rascaba con su mano pálida la barba venerable. Por fin dijo:
-- Es necesario que se resignen ustedes a aceptar mi modesta casa.
Icard y Charito cambiaron una mirada de perplejidad y de angustia.
-- Sería demasiado -- opuso ella-- Si se tratase de un día o dos, pase; pero venimos para dos o tres meses. ¡No lo admitimos, no señor! Yo me avengo a todo. Nos arreglaremos en las habitaciones del conserje.
Pero el alcalde se mostró irreductible. Las habitaciones del conserje no eran decorosas. Se oía todo lo que pasaba en la sala de billar, solo separada de ellas por un pasillo. Y no tenían más sálida que aquél, común a los socios y a los huéspedes. Imposible la vida de una señora allí.

A Eladio maldita la gracia que la cosa le hacía. Tendría muy poca traerse una ninfa desde Madrid, hacerla pasar por su mujer y dejársela nada menos que un casino mientras el trabajaba. Recordó las predicciones de doña Matilde.
Afortunadamente don Adrián no lo consentía: a su casa y no había más que hablar.
Charito y Eladio se miraron de nuevo. El la preguntó con los ojos. «¿Te atreves?» y ella con los ojos le respondió: «Sí.»
Aceptaron, pues el generoso hospedaje. La casa de don Adrián era una de las mejores de **Almoraña**, edificada sobre la acequia, derivación del río hecha por los moros, que corría irrigando los más ricos pagos de huerta y pasaba por debajo de algunas casas del lugar. En la del alcalde la acequia iba por el patio que era de columnas, tenía un alto zócalo de azulejos y estaba preservado del sol por un toldo corredizo. La luz era tibia y presada; los azulejos blancos bronceados y azules, brillaban gratamente dándoles al recinto un tono oriental, sensual de vivienda musulmana. La acequia, descubierta en un trecho, pasaba rumorosa en cajeros de marmol. En un ángulo del patio había empotradas unas tinajas y sobre ellas en el cantarero vernáculo, cantarillas y alcarrazas de barro blanco y poroso goteaban lentamente. Amueblaban el patio una sillería de mimbre y unas mecedoras de lona. Charito recibió al entrar en aquella casa una impresión grata como una caricia. El frescor del patio era un frescor de hospitalidad, de nobleza, de ranciedad de familia.
Don Adrián invitó a sus huéspedes a descansar por de pronto en el sofá de mimbres al que se había añadido para adorno y mullido unos cojines de colores chillones con flecos de madroños rojos, verdes y amarillos, mientras él iba en busca de la dueña de la casa que estaría, dijo, vigilando a las empaquetadoras de fruta.
En los minutos que pasaron solos, Charito quiso tranquilizar a Eladio.
-- No tengas cuidado alguno. Me portaré como una buena esposa. Es tan agradable esto... Empiezo a encontrarme tan bien...
-- No era posible contar con esta contingencia; pero confío en ti, Charito.

-- Confía. Y no me llames Charito. Se nota que es nombre de guerra. Llámame Rosario, que aprendan aquí todos a llamarme «doña Rosario». Me ha de gustar mucho oírme nombrar así.
-- En serio tomas tu papel... Lo que hace falta es que sigas así hasta el fin.
La alcaldesa se llamaba doña Emilia y era una morenaza que debió tener una hremosa juventud. Ahora le quedaban insenescentes los ojos negros, enormes, poderosos y el garbo, que a sus cincuenta caminaba como una canéfora. Al encanecer su cabello, que fué otrora endrino, se agrisaba de tal modo que parecía habérselo empolvado.
Acogió a Charito con esa llaneza aseñorada de las mujeres del cacique.
-- tendrá usted que conformarse, señora, con lo que haya. Por de pronto, y mientras yo preparo su alcoba, que será la de mi hija cuando era soltera, vengan a cepillarse un poco en la mía.
Charito, al entrar en el dormitorio de aquellos viejos simpáticos, estancia intima pulcra, a media luz, dorada la cama, la colcha blanca, el embozo de la sábana almidonado con grandes letras en rojo, sobre el lecho en el muro un crucifijo enorme y sanguinoso y unos relicarios antiguos, sintió el apocamiento que embuyen los camarines de los templos y se santiguó instintivamente. Doña Emilia lo vió.
-- Esperan. Ese jabón es malo. No sé dónde puse una caja de otro más fino que trajo mi hija de Murcia...

6.3 Capítulo III

Salvando el río Segura, en **Almoraña**, hay tendido un puente muy pintoresco. Se aprovecharon los estribos y los pilares de otro más antiguo y sobre ellos se construía uno de madera cada dos o tres años, si tanto tiempo lo respetaban las avenidas, las cuales era frecuente que menudeasen enturbiando el caudal y enfureciéndolo tanto que arrastraba las barracas, descuajaba los árboles y solía causar víctimas y daños que enlutaban y empobrecían a los rebereños. Los almorañeses, cansados de reconstruir el puente, lo armaron de vigas y tablas: el río lo destruía y se llevaba los materiales que dejaba desperdigados después y los almorañeses los recaudaban pieza por pieza, las volvía a armar y ensamblar; reincidía el Segura en deshacer, volvían ellos a refaccionar y así podía decir que en **Almoraña** había un puente de quita y pon.

El primitivo, de piedra, era mucho más ancho que este de tablas, sólo habilitado para el paso de peones y de las recuas de borricos que traían en angarillas la cosecha de naranjas, y en los pilares quedaban unas plazoletas donde se hicieron unas bancadas y eran el punto obligado de descanso y tertulia de los señoritos a la vuelta del paseo o en las noches del estío.

Allá fué llevada Charito por doña Emilia. Eladio estaba atareadísimo en la fábrica y «los esposos» sólo se veían a las horas de comer y de dormir. Charito desde «el púlpito» del puente contempló maravillada el escenario. Después del puente el río se escapaba por un escobio entre peñascales que lo truncaban, lo rompían, lo pulverizaban con gran estruendo y pompa de espumas. Cerrábase en aquel portillo un gran anfiteatro de huertas murcianas de gaya lozanía. Las huertas en diferentes planos parecían inmensos escalones. Las «ñoras» y las acequias, de abolengo áraba, subían el agua a los bancales más altos y la iban devolviendo al río en regatos cantarines, por todas partes. El aire venía impregnado de aromas paros que embriagaban a la pobre Charito, que no los conocía, que sólo había aspirado antes el olor químico de las esencias destiladas, o el olor siempre triste de las flores muertas. Charito gozaba del panorama, del ambiente, del cielo, como les sucede siempre a sus pobres mujeres de su laya cuya vida transcurre en las casas y

la mayor parte del tiempo en atmósferas enrarecidas por el tabaco, el vino y la carne viciosa.
¡Qué bien se estaba allí! Charito quisiera no pensar en que tenía que volver a los gabinetes de doña Matilde...
Al «púlpito», curiosas, acudieron otras señoras de **Almoraña**. La primera la hija de doña Emilia, mujer de los años de Charito poco más o menos, casada con un traficante en frutas a la sazón en viaje de negocios. La hija de doña Emilia, que se llamaba Encarna, era el hermoso pretérito de su madre: morena bronceada, con los ojos negros, el cabello como las fibras de la hulla y las facciones finas: el mento oval, la nariz recta, egipcia, la frente grande, tersa y los dientes de una blancura cerámica, excepcional. Hablaba Encarna con un dejo perezoso, que recordaba a las mujeres de Cuba, y su voz era suave, aterciopelada.
Instantáneamente cualquier mediano observador hubiese advertido que Charito y Encarna no podían ser buenas amigas. Se midieron al saludarse la rubia y la morena. Encarna se sintió molesta, sintió que la exótica detentaba el puesto de la mujer más hermosa de **Almoraña** y la ofendía además la elegancia indiscutible e inimitable de la forastera y aquel no se sabía qué, aquel gracejo, aquel «aire» de Charito, madrileño, chispero, saleroso. Charito parecía tener articulados de otro modo sus miembros, más muellemente, más noblemente... Encarna hubiérala expulsado sin formación de juicio; su xenofobia era así.
En cuanto a Charito, encontró que la hija del alcalde era muy hermosa, pero debía ser de inteligencia obtusa. No la concedió importancia.
También concurrieron y le fueron presentadas a la forastera Teodora Fuster la mujer de uno de los médicos, rubia descolorida, extenuada de amamantar chiquillos que los tenía cada dos años indefectiblemente; las hermanas Laura y Andrea Gómez, insignificantes; Concha, la hija del Secretario, morenucha y chata, con los dientes separados, fea, pero saladísima en sus dicacidades y franca, abierta de espíritu; y de hombres Hernández, coronel retirado; el Secretario, el médico, marido de Teodora y los hijos del otro médico, Carlos y Felipe, que estudiaban para abogados en Madrid y estaban en **Almoraña** de vacaciones.

Al oír esto último empalideció Charito. ¡Si la conociesen aquellos estudiantes!... Mas ellos mismos la tranquilizaron inmediatamente saludándola como a una señora. Estudiantes con poco dinero... no serían clientes de doña Matilde, cuyas taridas eran las más altas de Madrid.
Libre de temores, lo que interesó a Charito fué el nietecillo mayor de la alcaldesa. Erase un señorito de tres años lindo como el sueño de una recién casada; parecía haberse escapado de un cromo inglés y tener todavía los ojos redondos con la expresión de sorpresa de ser carne. Al chiquillo le tocó el color de Charito y sobre todo la cabellera dorada que quiso tocar inmediatamente. Charito lo sentó en sus rodillas no menes encantada de las melenas brunas del angelote.
-- Señora guapa, guapa, guapa -- decía Guillemín acariciándola con sus manecillas gordezuelas.
-- No le haga caso que es un pegajoso -- decía Encarna, a quien aquella predilección del muchacho le parecía digna de unos azotes.
-- Señora, déjemelo. ¡Si es una preciosidad, un ángel la criatura!...
Encarna se lo tuvo que dejar. No era cosa de corresponder con un desaire. Pero se lo dejó de mala gana, irritada contra el niño por el antojo que Encarna juzgaba punible. Era la madre que no se explica cómo sus hijos, desde antes de discernir, no participan de sus antipatías.
Se pasó Charito el resto de la tarde con el chiquillo, jugando, contándole cuentos, haciéndole barquitos de pared que arrojaban al agua y Guillermín veía desaparecer en la corriente. Charito estaba muy contenta al poder desentenderse así, sin que nadie pudiese juzgarlo un desvío, de todos aquellos desconocidos que la intimidaban. Guillermín la llamaba «Charo» y la quería mucho, mucho, abrazándola con esa espontaneidad de los niños que así entregan como retiran sus afecciones.
La perdida era momentáneamente feliz. Azul, intensamente azul la puesta del sol y el hermoso niño parecían haberle abierto y revelado nuevas y desconocidas anchuras de su alma.
Desde el «púlpito» fueron todos a pasar un rato hasta la hora de cenar a casa del médico, que tenía piano. Los hijos del otro

médico, Carlos y Felipe, «habían traído» de Madrid unos bailes nuevos y estaban aleccionando en ellos a las chicas del lugar.
Carlos era uno de esos estudiantes retrasados, que tiene buen gusto para vestir, buen trato, excelentes aptitudes para el bailes, pero que no abre un libro, bigardean, estafan a sus familiar y son, en suma, unos perfectos sinvergüenzas para quienes la sociedad todavía no tiene una sanción, habiendo como hay tantas carreteras faltas de piedra. Su hermano Felipe estaba menos pervertido, pero seguía el ejemplo mayor. Ambos eran los decanos de la clase en cada asignatura y habían descubierto que la vida universitaria, así falseada, es la mejor vida, y que estudiar es una de las más grandes majaderías.
Charito los calibró al primer golpe de vista: eran dos idiotas.
Teodora se sentó al piano y empezó la clase de fox trot en el patio del médico, que era como casi todos los de **Almoraña** con zócalo, azulejos y piso de mosaico aljofifado que espejeaba.
Al sonar el piano, toque de llamada, acudió a casa del médico todo lo mejor de **Almoraña**: Luisa Efigenia, Ignacia, Endosia, Lucila... algunas con sus madres y, a la querencia, los demás estudiantillos y los virotes de la localidad. Un nuevo personaje notorio: Juan Nolasco, el exportador de frutas. Juan Nolasco era un tipo vulgar, recio, de cara basca, atezado, de ojos pequeñines, labios carnosos, frente estrecha y pela híspido que él traía cortado al rape dando a su mollera la apariencia de una amohaza; craso, de pestorejo arrugado y rubicondo y, a sus veintiseis años con barriga ya. No obstante su cara que evocaba a la vez el recuerdo de los cerdos y de los perros de caza, Nolasco tenía partido entre las hembres por su dinero primeramente, y después por su vigor, su estatura aventajada y una particular prestanza de matón, de tenorio, de terne, de «partiario» como en **Almoraña** se decía. Apenas llegando, Nolasco se fijó en Charito que perdió otra vez el color.
Carlos empezó a dar sus lecciones. Su fox trot era detestable, cannalla. Charito reconoció en seguida el estilo «de organillero» torpe e indecente. El tal Carlos al enseñar a aquellas infelices a moverse al compás de los fados portugueses y de los pasodobles toreros, las estaba envileciendo, estaba depravando sus cuerpos vírgenes, las estaba extragando las líneas y el gusto: obligábalas a contorsiones y sobajaduras francamente lascivas. las alumnas

más aventajadas acababan comprendiendo de lo que se trataba con aquel fox trot, y quedaban virtualmente dehonradas.
Y esto lo lamentaba Charito, la perdida.
Eladio, después de una jornada fatigosa, acudió a la reunión. Traía el traje de faena, azul como el de los maquinistas del tren, unas botas recias y la camisa arrugada. El traje, que lo puso limpio a la mañana, estaba ya plagado de lamparones de grasa. Del peinado no quedaban recuerdos. Cualquiera hubiese confundido a Eladio con un obrero de los que trabajaban en el montaje de las máquinas. A Charito le pareció, sin embargo «su marido» más elegante que cuantos elegantes ella conocía. Hay, indudablemente una manera distinguida, una manera «chica», de llevar los trajes de dril azul y las botas recias.
Eladio venía de buen humor y era hombre duro. Aunque trabajó todo el día, al oír el piano, se encaró con Charito y la dijo:
-- Alza, vamos a marcarnos esto.
Charito le respondió muy cómica:
-- Pero Eladio... ¿No recuerdas que no sé bailar?
-- ¡No has de saber!
Ella le miró para que la entendiera.
-- Ya empiezas con tus bromas Eladio. No sé bailar y no me sacarás a dar tropezones.
Eladio la entendió.
-- Era por oirte, mujer.
A Carlos y a Nolasco, que ya acariciaban la esperanza de bailar con Charito, les cayó el ánimo al oir esto.
Don Adrián se felicitó en cambio porque así pudo recabar la atención del ingeniero a quien necesitaba consultar ciertos detalles acerca del alumbrado público.
Charito pudo seguir jugando con Guillermín que ya no consentía en separarse de ella.
Aquella noche, a la hora de acostarse, doña Emilia llevó a sus huéspedes a la habitación que les había destinado.
-- Es la alcoba de soltera de Encarna. Como no tengo cama grande, les he puesto a ustedes la de mi hija y esta otra. No son iguales pero hay que dispensar.
-- Está muy bien, señora -- dijo Charito -- Precisamente nosotros tenemos la costumbre de dormir separados...
Solos los dos, Eladio empezó a desnudarse sin hablar.

-- ¿Qué tienes, Eladio?
-- Nada mujer. Que hemos hecho muy mal en admitir este hospedaje de favor. Ya empiezan a pedirme enormidades...
-- Mira Eladio: en cuanto yo sea causa de la menor contrariedad tuya, con cualquier pretexto, me voy. Podemos inventar por ejemplo que una hermana mía está grave y me llama...
-- De ningún modo, chica. Haré lo que deba y tú estarás aquí el tiempo que esté yo. ¡No faltaba más!
-- Gracias Eladio.
Charito había revistado el menaje de la alcoba. Faltaban utensilios importantes. Eladio la dijo:
-- ¿Cómo te las vas a componer?
-- Descuida. Eso es cosa mía.
-- Bueno. Acuéstate tú en la cama de Encarna.
-- ¡No!
-- ¡Bah! Como quieras.
Se acostó ella en la cama eventual y él en la otra. Mas él dijo:
-- Oye, ven.
-- No, Eladio. Ven tú aquí. Te lo ruego.

6.4 Capítulo IV

En varios atrojes las naranjas apiladas esparcían su perfume penetrante y eran como municiones para una artillería de oro. Las habían grandes, esféricas con la piel fina; otras de piel granulada y otras, las más pequeñas, aplastadas en los polos, brillantes y de un perfume que vencía a todos los demás: eras eran las mandarinas nacidas en árboles injertos en las limas dulces y aromáticas.

Las empaquetadoras, en ringleras a lo largo del almacén, iban envolviendo los frutos uno a uno en papeles de seda y los colocaban con mucho arte, a tongadas, en las cajas de tapa oblonga. Luego venía el carpintero que cerraba cuidadosamente los envases. El empaquetado de las mandarinas era más complicado: a estas se las envolvía primero en papeles de plomo y después, como a las otras, en papeles de seda: la caja era más pequeña y estaba antes preparada con otros papeles blancos, rizados, que se doblaban como en los estuches de pasas malagueñas en cuya compañía habrían de verse en las mesas de lujo. Pero lo más escrupuloso de todo era el embalaje de las ciruelas claudias, de las ciruelas reinas, exquisitas y transparentes. Las ciruelas claudias habían de ser envueltas en el papel de plomo sin tocarlas: era preciso que el polvillo que las recubría llegase inmaculado a manos del consumidor y para conseguir esto se necesitaba una habilidad especial.

Pues bien: Charito aprendió prontamente a empaquetar ciruelas claudias y a adornar las cajitas con florecillas artificiales y cromos. ¡Oh, ella recordaba haber abierto muchas cajitas de aquellas!... Era uno de los postres más finos y más caros. Preparándolo ahora se pasaba las mañanas en el almacén de don Adrián.

Compartía así la vida con las obreras y se asomaba a un mundo tan imprevisto y extraño como si de las costumbres marcianas se tratase. Ella, al gustar en noches de orgía las ciruelas claudias, no había imaginado, no hubiese podido imaginar, que estaban adornadas por estas humildes y honradísimas trabajadores de la huerta- ¡Oh no estas chicas, de costumbres rígidamente puras, imaginarían jamás que «doña Rosario» había de acordarse de ellas desde los fondos del vicio... y la desesperación! Las

empaquetadoras, por regla general eran felices: tenían un novio que sería su marido. Hacían su jornada cantando, sin pensar en más. ¿Y qué necesitaban más?
Todas querían bien a «la mujer del forastero de la luz» que era muy campechana y gustosa de trabajar al lado de ellas y de oírlas sus chanzas. El forastero de la luz iba teniendo entre las obreras una leyenda de hombre malo. Porque ellas, en el fondo del carácter de Charito, habían descubierto una gran tristeza y solo se la explicaba imaginando que el marido la trataba mal. ¡Tratar mal a una señora tan buena!...
Ella quería sugestionarse contándoles de una vida imaginaria, de un hogar inexistente... ¡Y se llegaba a forjar la ilusión de que les contaba la verdad!
Así iba preparando sin quererlo la gran catástrofe de su alma.
Por las tardes el paseo se trasladó desde los «púlpitos» del puente a la fábrica de luz. Para los lugareños era una novedad muy atrayente ir viendo como progresaba el montaja de la maquinaria bruja que, sin llamas, había de iluminarles las noches. Eladio dábales gustoso explicaciones vulgarizando su ciencia y exponiéndola en la forma más asequible y grata a aquellas imaginaciones tan poco ejercitadas.
A la fábrica acudían los consabidos y consabidas. Nolasco cada vez más embaído y pretencioso con el dedo meñique tieso porque no se lo dejaban articular las sortijas, con un brillantazo en la corbata, afeitado a diario, fachendoso, tenorio, cuidaba de estar siempre cerca de Charito a quien visiblemente empezaba a cortejar. Se paseaban a la orilla del río y solían hacerse corrillos cerca del estribo de la presa donde había una especie de balconada sobre el remando.
Eladio salía de entre los hórridos armatostes con el traje de faena manchado, tiznados el rostro y las manos y la cabellera revuelta. Nolasco se propondría sacar partido de la comparación que Charito haría entre los dos. No Barruntaba Nolasco los términos de la comparación.
Charito le temía a la hora del paseo. Durante el día, cuando no había ropa de Eladio o suya que limpiar y planchar, cosa que quiso hacer por sí misma para darse una ocupación y mantener su sueño de ser señora de veras, iba al almacén y trabajaba con las empaquetadoras. A ratos conversaba con doña Emilia cuya estimación había llegado a ganarse sin reservas.

Pero a la hora del paseo sufría. Amargábanla los momentos de un lado Nolesco que la miraban cínico y de otro Encarna que la vedaba los besos de Guillermín y tenía hacia ella un inexplicable hostilidad. Charito estaba en ascuas. ¿La habrían descubierto Nolasco y Encarna? Una vez los sorprendió secreteando y tuvo por seguro que hablaban de ella. Nolasco era un hombre adinerado, soltero y rijoso que viajaba mucho y con frecuencia iba a Madrid. Nada más fácil que haberla visto antes. Ella no podía recordar entre tantos... El en cambio pudiera haber concretado en su memoria, la fisonomía de su amiga de tal noche... Charito temblaba. Como un fugado de presidio, veía la guardia civil por todas partes...
Mil detalles imprevistos la estaban denunciando además. En casa de don Adrián, como en todas las de **Almoraña** que tenían tal beneficio, se lavaba la ropa en la acequia que cruzaba el huerto. Charito tuvo que dar a lavar alguna suya y fué su lujo la admiración del lugar; sus prendes interiores finas, de seda, nansouck, de batista, de nipis, guarnecidas de encajes caros, causaron primero el asombre de la lavandera y en seguida fué ello asunto de todas las murmuraciones de **Almoraña**. Había que ver: a diario camisas como no se las ponía allí la más rica el día de la boda... La propia doña Emilia, tan prudente, no supo disimular su estupefacción.
-- ¡Qué ropa gasta usted, hija mía! Es un dolor.
Charito quiso justificarse de algún modo.
-- Como hace poco tiempo que me casé... es la del equipo todavía. No crea que la gasto a diario. Fué que mi marido, como veníamos a un pueblo en donde nadie nos conocía, quiso que trajese lo mejor.
-- Pero aqui no la iba a ver a usted nadie en camisa.
-- Es verdad.
-- Además, qué modas las de hov. Usted perdone, pero son inmorales.
Aquellas prendas interiores eran para doña Emilia un enigma. Algunas no sabía qué uso pudieran tener. Un sostén de malla y armazón de cintas fué a los ojos de la señora lugareña algo así como un aparato ortopédico; una camisa de raso negro la dejó turulata.

Por ahogar en algo las habillas Charito renunció a mudarse a diario, lo cual sobre la renuncia a bañarse, era ya un sacrificio, y no volvió a usar en **Almoraña** mas que camisas blancas. Por si al hacer el arreglo de las habitaciones veían el pijama, lo escondió. Si doña Emilia ve el pijama la catástrofe hubiera sido inevitable.
Pensaba en todo esto Charito aparentemente abstraída en la admiración del panorama.
-- Algo habíamos de tener aquí que en Madrid no hubiera -- la dijo Nolasco viniendo junto a ella y bajando la voz.
Estaban a unos pasos de los demás. Charito, consecuente con sus ideas del momento, quiso despejar la situación. Si Nolasco la conocía ella se lo haría demostrar. Se sentó en el pretil como lo haría en casa de doña Matilde sobre el brazo de una butaca. A Nolasco se le encandilaron los ojos.
-- Sí -- dijo ella -- con el gesto y el acento «profesionales» -- Aquí tienen ustedes naranjitas y limones.
-- Que usted ya se ha cansado de ver.
-- ¡Pchis!...
-- Una mujer como usted no es para vivir en un pueblecillo.
-- Claro que no. Estar aquí siempre. ¡Vaya un programita!
-- Una mujer como usted necesita vivir en una gran población donde poder lucir joyas, autos...
-- ¡Ay! No me disgusta... Pero cuando no se puede...
Miraba ella a Nolasco inclinando la cabeza, encogiéndose de hombros, con los ojos entornados, mientras sus pies jugueteaban traviesos, aviesos. Charito conocía los escorzos más eficaces, sabía pasear por el borde de sus labios la lenguecilla afilada y roja.
Nolasco picó el cebo.
-- Si usted me atendiera a mí tendría todo esto y más.
Calló ella fingiéndose dudosa o consternada. Nolasco siguió:
-- No tema a su marido. Ya lo he tañado a ese yo. Es hombre que está solamente a sus maquinarias; es un buen hombre que no sabe lo que tiene.
Esto era lo que Charito quería oir. Nolasco no la conocía, la juzgaba fácil, pero no la conocía, no sabía quién era ella, la tenía por mujer del ingeniero. Se levantó brusca y le dijo en voz bajo, seca, cortante:
-- ¡Es usted un imbécil y un canall!

Y dando media vuelta se fué junto a las chicas del Secretario.
En aquel momento Encarna y Teodora sostenían una disputa. Encarna argumentaba dando voces del peor gusto. Encarna no se parecía a su mujer. Era así de prudente y tratable como una verdulera.
Aquella noche Charito, cuando estuvo a solas con Eladio, le contó la escena habida entre ella y el irresistible exportador de frutas.
-- Me alegro que le hayas tomado el pelo y le hayas dado esa lección. Es un majadero que me carga.
Ella respondió resignadamente:
-- Si algún día me encuentra en la vida ese hombre me cruzará la cara.

6.5 Capítulo V

Domingo. El domingo anterior Charito madrugó y fué a misa temprana. Hoy iría a misa de once porque así Eladio lo quiso.
-- Mira, chiquilla; ya estamos seguros de que aquí nadie sabe la verdad; todo el mundo te supone mi mujer, y suponiéndote mi mujer, porque eras más guapa que las más guapas del pueblo y porque luces cuatro puntillas te traen en lenguas y andan mordiendo en tu supuesto honor. Con esto conocerás lo deliciosa que es la vida de una mujer de clase media; rezar, envidiar, vegetar, murmurar, parir y rascar. Te odian. Principalmente esa Encarna que apesta a grajo y que tiene mucho peores trazas que tú, te aborrece de todo corazón. Bueno, pues vamos a epatar a estas estúpidas. Saca de ahí un vestido, el mejor, el más aparatoso que tengas y un sombrero llamativo; arréglate, vierte sobre tí un tarro de esencia. ¡Que rabien! Colle ya me están fastidiando a mí con que si gastas o no gustas y si mi sueldo da o no da para tanto...
Charito obedeció. También, ¡qué colle! la estaban ya fastidiando a ella. Se puso un traje de punto rosa, el de más precio de los que tenía, unos zapatos doré con los que parecían sus pies menudos y afilados dos pepitas de oro, y unas medias de gasa de seda que transfloraban la piel de sus piernas y solamente se creyeran tejidas para darla tersura y brillo, y se tocó con un sombrero, modelo de París, en el que culminaba un ave el paraíso.
-- ¡Retebién! Hoy estallan.
Pisar las calles del lugarejo vestida con tales galas producíale a Charito una rara sensación de vanidad. Aunque no quisiera confesárselo había entrado en el pequeño mundo de **Almoraña** y apreciaba su triunfo de aquel día como si lo obtuviera en el Palace Hotel que era para Charito el estadio de las glorias más altas.
En la iglesia el efecto de su llegada fué inenarrable; todas las damas y damitas del pueblo perdieron la devoción. Un figurín primoroso, ideal, había tomado carne y vida ante sus ojos maravillados. Encarna no pudo soportar la humillación y se salió antes del Evangelio. Las demás envidiaron a la mujer del ingeniero que llevaba encima, en telas, el valor de un huerto de naranjos. Nolasco, que sabía cuánto vale un ave del paraíso, tasó

el que lucía Charito en quinientas pesetas. No le creían. ¿Era posible? En **Almoraña** las señoritas no usaban sombrero. Cuando iban a la capital se compraban uno de doce duros.
Doña Emilia, ya en casa, dijo a la victoriosa:
-- Hija mía, pasmadas nos deja usted. Gata un lujo de reina. No, no, no es posible que una reina se ponga encima cosas mejores.
Y luego por la tarde, más en poridad:
-- Mire hija mía: yo la he tomado a usted cariño y la voy a dar un consejo. Usted es la mujer de un hombre de trabajo que no puede ganar aunque se mate para esos lujos. Debe usted moderarse, atenerse a su clase si no quiere llevar a ese hombre a la perdición. O ir usted a la perdición, querida, que no se sabe adonde se llega por ese camino. Además hija mía que, francamente, esas medias que lleva usted y ese color... no están bien en una señora, ¡vaya, no están bien!
Y Charito ante Doña Emilia se avergonzó.
-- Son los trajes de boda. Ya le dije a Eladio que aquí iban a chocar. En Madrid así se llevan.
-- Se llevarán, se llevarán... ¡Ese Madrid! Pero aquí en **Almoraña**, si me hace caso y por su bien se lo digo, no se ponga usted más ese vestido y sobre todo no se ponga usted más esas medias ¡caramba! que son una tentación.
Charito lo prometió y agradeció el consejo.
-- ¡Ay doña Emilia, si yo la tuviese siempre a mi lado!
Doña Emilia en la Conferencia defendió a Charito de las criticas despiadadas que cebaban en ella.
-- Ni digan ustedes esas cosas. ¡Si es una criatura! ¡Si da gusto tratara! Es humilde, es trabajadora y dispuesta; no se la oye una palabra más alta que otra. ¿Y limpia? Como los chorros del oro. Todos los días, sin faltar uno, se friega los dientes con un jabón que hace mucha espuma y se lava toda, toda...
Las solteras eran el partido de Charito.
-- Su trato es agradable -- decían -- Y no habla nunca mal de nadie.
Pero las casadas, y Encarna a la cabeza, no se dejaban convencer.
-- No es que yo diga, Dios me libre, que sea mala; pero... pero... Si su marido tuviese mi modo de pensar...

Por la tarde se bailó en casa del médico y después Carlos cantó los últimos couplets que «traía de Madrid». Charito había descubierto su habilidad de tocar el piano y sus conocimientos de las novedades ligeras. No ignoraba ninguna. Cuando Carlos agotó sus números, ella todavía le dijo:
-- ¿Y este? -- tocó los primeros compases -- ¿No lo conoce usted?
-- No, ese no
-- Lo estrenó Raquel hace muy poco. Tiene usted que haberlo oído por fuerza. Mire, empieza así: -- Y cantó Charito a media voz la estrofa primera.
-- ¡Qué bien canta! -- dijeron.
-- Cántelo usted, doña Rosario.
-- Sí, sí, que lo cante.
-- Anda, cántalo, mujer -- le dijo Eladio.
Charito cantó el couplet y alcanzó un éxito clamoroso. Su voz era una linda voz de contralto. Todas las conversaciones cesaron y se hizo corro cercando el piano. Pedianla más canciones, se las suplicaban.
El veneno del aplauso la hizo perder el tino. Tras una tonadilla cantó otra hasta recorrer el catálogo de las honestas, y cuando ya no las había así, cantó couplets picarescos y se fué animando y los cantó más picarescos... Y hubiese al fin caído en la abominación de las gentes si Eladio no se da cuenta y la advierte en voz baja al oído, haciendo que iba a leer una partitura del atril:
-- ¡Charito, que te cuelas!
Ella entonces supo remediar el daño:
-- Ya no sé más. Se publican todos en una revista que suelo comprar. Como Eladio tiene tanto que hacer y yo salgo poco de casa, me distraigo interpretándolos. Luego se los canto a él y nos reimos mucho. Algunos creo que son picantes; pero yo no los distingo. La letra no me interesa. Lo bonito que tienen es la música.
Lo dijo con tal aplomo, con un acento tal de ingenuidad y de inocencia, que nadie, ni la misma Encarna, dudó. Al fin la mujer del Ingeniero era una simplona sin chispa de mundo.
Doña Emilia, o porque era ella realmente la simplona, o por redimir a Charito, propuso:
-- Puesto que sabe usted música y canta tan bien, doña Rosario, debía tomar parte en las novenas de la Virgen.

-- Sí señora, con mucho gusto. No sería la primera vez. En el colegio siempre me elegían las madres para cantar las flores a María...

6.6 Capítulo VI

Eladio tuvo necesidad de ir a Murcia por unos días y le dijo a Charito:

-- ¿Quieres venir?

-- De buena gana fuera, Eladio, porque no he visto esa ciudad que he oído decir que es muy interesante; pero me parece una imprudencia a estas alturas. En Murcia, que es grandes, nos podemos tropezar con alguno que me conozca y... figúrate.

-- Ya lo había pensado y te invitaba a pesar de ello por sacarte unos días de aquí. Mejor es que te quedes con doña Emilia. Al fin no lo pasarás del todo mal, puesto que te avienes a estar días enteros sin salir de la casa y del almacén.

-- Doña Emilia es una mujer muy agradable. Yo hasta la voy queriendo. Por ella más que por nadie sentiría que me descubriese alguien: por la vergüenza que me iba a dar verla. Por supuesto, que era capaz de escapar a pie carretera adelantes antes de ponerme delante de sus ojos.

-- No hay temor. Con ella, pues, pasarás estos días. Además para distraerte tienes los ensayos.

-- ¡Bah! Es una salve muy fácil de cantar. ¿Te parce bien que haya aceptado?

-- Muy bien, mujer. Puedes estar segura de que a la Virgen le eres grata sintiendo el arte para ella. Esto solo vale por lo demás. Lo demás no te importe. Yo estoy divirtiéndome mucho. En esta reunión de señoras, una de las más señoras vas resultando tú. En cuanto a distinción, a buenas formas, la más señora eres tú. Entre esta zafias, la más señora eres tú.

-- No, no, Eladio. Hay muchas que son unas santas mujeres aunque en inteligencia, en cultura y hasta en modales, estén sólo un milímetro más altas que su cocinera. No te niego que hay otras que son unas malas hembras y por añadidura unas borricas.

-- ¡Y cómo se odian! Me has dado ocasión de conocerlas. Te aseguro que no me casaría con una de estas burguesitas ¡ni atado!

-- Y te aplaudo el gusto. Algunas de ellas hasta son sucias. ¿No has reparado en la casa del médico cuando bailan? En cuanto se agitan un poco apestan.

-- Charito: entre una cortesana como tú y una señora como ellas, la diferencia más notable suele ser el olor. El olor a honrada no es, por regla general, el más grato.
Se marchó Eladio y Charito lo primero que hizo a la mañana siguiente fué ir a visitar a Encarna. Como hizo Nolasco, quería con ella despejar la situación. Si dunda la hija de doña Emilia era mucho menos reflexiva que su madre y la madrileña, avezada a todas las luchas del ingenio y de la maña intención, haríala declararse fácilmente.
Para ir a casa de Encarna sólo era necesario cruzar el huerto. El alcalde había edificado para su hija en el lado de la finca que limitaba con el río. Era una casita moderna, estucada con muchos azulejos y mármoles artificiales de mil colores; la rodeaban limoneros siempre verdes, la abrazaban jazmines y entoldaban sus aledaños parrales sombrosos. Por una de sus fachadas, los balcones estaban volados sobre el río, asentada la fábrica sobre una peña. Durante las avenidas aquel lugar ofrecía un espectáculo soberbio. Delante de las otras fachadas había jardinillos en cuyos arriates siempre se veía alguna planta en flor.
Al llegar allí Charito iba pensando: «¡Si yo tuviera una casita así, entre verjeles!...»
Encarna la recibió muy de cumplido, la pasó a la sala principal y empezó dándole al diálogo una parquedad significativa. Pero Charito estaba dispuesta a hacerla hablar.
-- Aquí -- dijo Encarna -- se aburrirá usted. Bien se que no está hecha a nuestras costumbres.
-- Claro es, señora. Sus costumbres de ustedes son para mí una novedad. Como lo serán para ustedes las mías. No me extraña por eso que me juzguen un poco rara.
-- Rara, no; diferente.
-- Diferente. Lo mismo dá.
-- Cada una según lo que la enseñan.
-- Sí señora; hay grandes diferencias de educación.
Encarna clavó en Charito sus ojos negros; Charito clavó en Encarna sus ojos verdes. Charito comprendió que todo lo echaría a rodar, que tendría que salir huyendo de Almoraña y que le haría a Eladio una mala partida; pero dudaba mucho de

poderse contener: se estaba pirrando por arrancarle el moño a la hija del alcalde.
Encarna debió barruntar el peligro porque se amansó.
-- ¿Usted es madrileña, no?
-- Sí, señora, madrileña.
-- Es una suerte nacer en las ciudades. Aquí se cría una con los ojos cerrados. Tiene usted que dispensarnos muchas cosas.
-- Y ustedes a mí.
-- Ninguna. Y dígame, doña Rosario. -- Encarna visiblemente cambiaba de procedimientos -- dígame, ¿cuánto tiempo lleva casada?
-- Pronto hará dos años -- respondió Charito con la mayor naturalidad, pero pensando: «ahora me suelta que sabe que es mentira y la despeino.»
Los designios de Encarna iban por otra parte. Dijo:
-- Dos años ya y... sin novedad. Yo al año tenía ya a Guillermín y antes de los dos años, otro. ¡Es un cartigo!
-- ¿Qué ha de ser un castigo, señora? Yo quisiera tenes una docena.
-- No podría usted vestir tan elegante ni viajar tanto.
-- ¿Y qué? En casa, con sus hijos, una madre debe encontrarse siempre bien.
-- Ya me lo diría si pelease con dos seguidos. ¡Esto no es vida! -- Y Encarna, después de muchos rodeos acabó al fin por soltar lo que la intrigaba: -- Yo no sé en qué consiste que las señoras de capital, no tienen ustedes tantos hijos. Y a mí no me dan ustedes: es que hacen algo.
Charito había despejado la situación: ya sabía por qué la odiaba la lugareña y qué era lo que principalmente la envidiaba. Sin poderse contener Charito soltó una carcajada digna de sonar en a las tres de la madrugada en uno de los saloncillos de doña Matilde.
-- Encarna -- la dijo -- me parece que eso es lo único que le falta a usted por saber. Lamento no poderla sacar de dudas.
Contenta como unas castañuelas salió de allí Charito y corrida quedó y repisa de hablar habla la hija del alcalde. Sin embargo, se separaron menos enemigas. El abismo que parecía separar el modo de ser de las dos no era tan hondo ni tan ancho como ellas creyeron antes de esta visita memorable.

Charito fué al ensayo muy contenta. A estar tan contenta le tenía miedo; le tenía miedo a un ademán, a una palabrota, a una inconveniencia que la denunciara. Era preciso refrenarse y caminar con mayor cautela cada día.
Los ensayos eran en la iglesia, en el coro para irse acostumbrando las cantoras a la voz del órgano. El organista era un viejecito ciego que tenía un bello espíritu musical. Por la calle era el pobre un andrajo. Ante el órgano su lamentable figura escuálida, su rostro sin luz, se transfiguraban. Cuando le presentaron a Charito la dijo tristemente.
-- Para mí es para el único vecino que no traerá nada su marido de usted.
Y cuando la oyó cantas:
-- ¡Qué voz más linda, Dios santo! Debe usted ser una mujer buena; no se puede ser mala teniendo una voz así.
A los ensayos no estaban autorizadas para asistir más que las chicas que iban a cantar; pero como el organista era ciego, los pollitos se colaban todas las tardes. No hablaban para no ser descubiertos, pero accionaban elocuentemente.
El coro estaba semi a obscuras y la escalerilla, que era la misma del campanario, a obscuras completamente. En la escalera tenían los pollitos su campo de operaciones.
Charito no se daba por enterada aunque le cabía la responsabilidad moral de ser ella la única «señora mayor» a quien se confiaban las señoritas. Charito no estaba para meterse en honduras.
Una tarde, cuando la llegó a ella la vez de ensayar, se agruparon todas, como siempre a su alrededor, deseosas de oirla. Cantando Charito advirtió en su cadera el contacto de otra y el de una mano. Ella, tan avisada, creyó al principio que sería la de una de las muchachas apoyándose, mas la mano indecente la trajo a la realidad. «¡Ay que bien!» -- pensó Charito sin que nadie pudiese advertir en su voz el menor trémulo --. Es Carlitos que se insinúa así. Ahora verá como le respondo.»
Al acabar el ensayo el conquistador se puso al lado de ella y marchó junto a ella hacia la salida. Por la escalera de caracol era necesario descender uno a uno. Carlos cedió el paso a Charito galantemente y ella aceptó sonriendo la... «deferencia». Sucedió instantes después lo previsto. Solo dos vueltas era necesario dar

en el interior de aquel tornillo vaciado en la piedra. A la primera vuelta una mano de Calor tocó el hombre de Charito; a la segunda otra mano buscaba más muelles amplitudes; simultáneamente un alfiler de cabeza negra penetró totalmente en una pierna del explorador que ahogó un gemido.
-- ¿Qué le pasa? -- preguntó Efigenia.
-- Nada que le he pisado al pollo. Como no se ve gota... es necesario andar con mucho tiento.
El incidente exasperó a Charito mas que todas las espinas que las envidiosas habían ido clavándola. ¿Qué tenía? ¿Por qué los hombres se atrevían a solicitarla tan pronto? Ella no era «decente». Cualquiera de aquellas gazmoñas estaría resguardada por un algo; serían de otro temple, de otra carne, de otra substancia. Un imán no se distingue a la vista de otro pedazo de hierro corriente.
«Y sin embargo -- se decía Charito -- yo siento y comprendo ya mejor que todas ellas la honradez.»
Este rescoldo la desvelaba. La noche era cálida y sensual; de la huerta llegaban a la alcoba oleadas de perfumes que entraban por el balcón abierto. Charito se asomó al balcón y apagó la luz que se vería desde el puente. Era plácido respirar el aire de los pensiles. La luna llena abrillantaba los gromos de los naranjos; los abanicos eminentes de las palmeras se movían lentamente proyectando sombres interminables. En la lámina del río otra luna era como si el río fuese de cristal: el cristal de una ventana por donde se viese otro firmamento.
¡Qué hermosa noche y qué hermosa clama! ¡Qué fácil debía ser la vida feliz en aquel pueblecillo perfumado! Si Charito tuviese una casita como aquella de Encarna y unos huertos de naranjos y limoneros, si ella pudiese... Su vida sería obscura y recatada cultivaría claveles y nardos; vigilaría a las empaquetadoras; si tenía marido, un marido cualquiera que no la maltratase, que la considerase como a una compañera, aunque solo la quisiera una chispa, Charito lo recibiría como a dueño y señor. Cosería su ropa y condimentaría sus yantares. No querría salir de su huerto; no querría vestidos caros, ni plumachos vistosos, ni joyas resplandecientes. No querría más que tener un hijo como aquel de Encarna con los ojos muy grandes...
Un siseo como si un mochuelo volase entre las frondas, y después el ludir de una verja. Charito aguzó el odio y escrutó con

la mirada en el cuadro de limoneros que rodeaban la casita de Encarna. ¡Ah, la honrada!... ¡La honrada recibía a un hombre, recibía al repugnante señorio del lugar, a Nolasco!

6.7 Capítulo VII

En la fábrica ocurrió una desgracia. Un montador de los que Eladio hizo venir de Cataluña, fue alcanzado por una transmisión que le trituró los dedos de la mano derecha; los sacó laminados como un trapo empapado de sangre.

Lo llevaron a la posada y los dos médicos del pueblo hicieron las amputaciones. El infeliz se quejaba con alaridos que se oía en todas las casas.

Charito se constituyó en enfermera del montador que de otro modo hubiese carecido de una asistencia eficaz en manos de las mozancas del mesón poco menos irracionales que las bestias de carga. Charito ayudaba a hacerle las curas y le velaba por las noches; ella preparaba las gasas, las vendas, las aguas asépticas; ella atendía la alimentación metódica del herido; ella, en fin, le procuraba el calmante de sus palabras cariñosas. El montador que en los primeros momentos clamaba por su mujer y por su hija, al segundo día decía ya:

-- No es necesario que las llamen. Doña Rosario es como si fuera mi hija, como si fuera mi madre.

La herida se infectó y vinieron días de alta fiebre y noches de delirio. Charito estuvo sin dormir, sin inclinar la cabeza, firme, asidua, providente, mientras duró el peligro. El montador después la bendecía y los médicos la miraban con el respeto que nos merecen siempre los seres de alma superior.

Si Charito hubiese querido humillar, aplastar, a las que envidiosas que no sabiendo de ella más que se ensañaban en sus defectos visibles -- despilfarradora, coqueta, extravagante -- no hubiera elegido mejor ocasión. Lo que más admiraban todos era como la señorita madrileña a quien juzgaban incapaz de una labor doméstica, hizo aquellos oficios de enfermera más difíciles y más abnegados. Ella por su mano ocurrió a todas las necesidades del leso; y lo hizo sencillamente, naturalmente, sin falsos pudores ni repugnancias; sus manos finas de uñas transparentes, así supieron lavar las heridas como librar aquellas inevitables miserias que el cuerpo humano depone. Obró como una hija, como una madre del paciente.

La consagración de «doña Rosario» señora de las más excelsas virtudes, fué ratificada en las novenas. Charito fué a la primera novena desde la alcoba de su protegido. El rostro trigueño tenía

las huellas del insomnio y sus ojos verdes la expresión del dolor que habían visto. Todos reconocieron que estaba más hermosa que nunca.
Ella ocupó su puesto en el coro. La noticia de ir a cantar la salve «doña Rosario» había llevado al templo hasta aquellos pocos que por devoción no irían; quedó desierta la tertulia de la rebotica, del casinillo y del estanco, hasta Roque el talabartero republicano fué a oirla «porque una mujer que sabe cuidar a un obrero lo merece todo.»
El templo era pequeño, de una sola nave, estaba enjalbegado y con las nervaduras góticas pintadas de amarillo. El retablo era churrigueresco con muchas columnas salomónicas a las que se enroscaban guirnaldas de flores y de cabezas de angelotes carrilludos.
A un lado del altar, bajo un dosel de terciopelo y raso, estaba María entre flores. la imágen era antigua, con rebocillo y cabellera de talla en tirabuzones simétricos. El escultor humilde acertó, sin embargo, a dar a su obra una expresión plácida de amor y melancolía. Desde la balconada del coro Charito veía a la Virgen y creía que la miraba con sus ojos quietos.
Fué rezado el rosario, un sacerdote desde el púlpito canturreó unas oraciones que los fieles iban decorando con el sonsonete conocido... Anocheció: las velas que constelaban el altar y la imágen, tenían sus llamitas muy afiladas e inmóviles.
Todo aquello era usual, vernáculo, vulgar si se quiere; pero Charito desde que en el colegio cantó las flores a María, no había vuelto a verla y creyó que Ella le preguntaba: «¿Dónde anduviste hija mía? ¿Qué ha sido de ti?»
Llegó el momento de la salve. El organista ciego preludió recorriendo el teclado con sus manos céreas y virtuales; en la iglesia el silencio era un silencio sólido, un silencio de bloque de piedra. Charito miró a María y empezó a cantar.
Dios te salve Reina y Madre...
Su voz salía impregnada de una pena infinita. «Señora: yo no tengo la culpa. Me lanzaron a esta vida y ahora arrastro la de una esclava. Me falta valor para redimirme. Ayúdame, Señora.»
Vida y dulzura...
«Señora: yo hubiera sido una esposa como estas que murmuran de mí; hubiera sido una esposa mejor que alguna de estas. Pero

no he podido serlo, señora, porque no tuve ni un momento de libertad. Pero yo creo en ti y te amo.»

A tí clamamos los desterrados en este valle de lágrimas...

«Señora: yo no sabía qué cosa es ser honrada; hasta había creído que una honrada era una mujer inferior. Ahora lo he visto y comprendo que yo hubiese sido feliz siendo honrada. Ya es imposible. Pero creo en ti y te amo.»

Vuelve a nos tus ojos...

«Señora: yo hubiera sido una madre como estas, mejor que estas; pero no puedo serlo porque mis entrañas están malditas...»

Las notas de la salve en la voz de Charito eran tan melodiosas y tan dulces como si en el salterio de un ángel, el dolor fuese dejando caer lágrimas. Iban lágrimas en la voz...

Aquella noche doña Emilia dijo a doña Rosario:

-- Hija mía: su marido de usted no sabe lo que tiene. Se puede hacer de usted una santa...

6.8 Capítulo VIII

La actividad y el talento organizador de Eladio vencieron rápidamente: dos semanas antes de lo que se había propuesto las turbinas estaban ya listas, la dinamo en disposición de producir luz y el tendido de cables, sistema nervioso de tan maravillosa maquinaria, formando una red tremante por las calles del lugar. En las aserrerías los motores y las cintas de acero esperaban la llegada del fluído invisible que las haría girar vertiginosas seccionando los troncos.

Eladio hizo las pruebas a altas horas de la noche para que fuesen vistas por muy pocos. Así todo el vecindario contemplaba los cables tensos, los reflectores y las lámparas con esa curiosa inquietud que produce siempre lo portentoso aunque no sea muy conocida.

El día de la inauguración, Eladio dijo a Charito:

-- Hemos llegado al final, chiquilla. Venga un abrazo.

Ella lo abrazó fraternal.

-- Al final hemos llegado bien. Te doy mi enhorabuena, ingeniero.

-- Mira, Charito; hoy te vas a vestir bien, de etiqueta, de etiqueta galante. Mucho escote, los brazos desnudos, mucha carne e intención. Te van a envidiar por última vez. Mañana me importará un comino que sepan quién eres. Casi era mejor que lo supieran hoy para reirnos de ellos.

-- ¡No! Por favor te pido que no dejes traslucir nada hasta que yo esté lejos de este pueblo. ¡Qué vergüenza!

-- Les dejaremos cada uno su luz. La tuya es luz de placer, de lujo y de alegría. En sueños te han de ver por mucho tiempo estas honestas y lerdas señoras... que hacen sus picardías.

-- Quedan aquí muy buenas gentes.

-- Casi todas lo son. En último término no es posible saber quienes somos peores. ¡Bah! Déjate de filosofías y vístete.

Eladio por su parte se afeitó y se vistió de frac.

-- Desde que salimos de Madrid no te había visto vestido «bien».

-- ¿Y qué me dices?

-- Que sabes llevar la ropa, pero que con los trajes de faena plagados de lamparones de grasa, me resultabas mucho más distinguido.

-- Has cambiado de modo de ver. El uniforme del trabajo te fusta. Yo también me encontraba mejor con él. Pero es cuestión del momento, del ambiente. En cuanto montes en el tren no pensarás lo mismo.
La ceremonia empezó con luz del día. Cuando se presentaron en la fábrica Eladio y Charito, estaba congregado en el salón de máquinas lo más escogido de Almoraña y una compacta multitud llenaba los patios que rodeaba el edificio.
La dinamo permanecía oculta bajo una funda de tela y las turbinas en sus cubos de cemento, sumergidas, eran invisibles. Cruzaban el salón las correas sin fin y en un testero estaba la gran plancha de mármol con las llaves de interrupción y las esferas de aparatos incomprensibles.
Frente al cuadro de distribución se había improvisado un altar. Ante él el sacerdote revestido estaba.
-- ¿Quién falta?
-- Falta el Ayuntamiento.
Se oyeron las cornetas de la banda municipal y en seguida apareció don Adrián rodeado de los conejales. Don Adrián traía una levita que no se podía abrochar y una chistera enorme de alas muy abiertas. Pero estos detalles no descomponían la emoción del conjunto.
-- Cuando ustedes quieran -- dijo Eladio.
El sacerdote bendijo las máquinas y las roció con agua bendita. Después todos callaron espectantes. Eladio fué a un volante y lo hizo girar suavemente. El agua del río se precipitó por las compuertas; toda la fábrica se estremeció al empezar su trabajo las turbinas; las correas de transmisión que cruzaban la sala iniciaron su caminata interminable y las poleas su volteo vigoroso. La fuerza reinaba trepidante y bella. Los almorañeses sintieron la depresión que causan las cosas grandes.
Eladio fué al cuadro y conectó unos interruptores; desde allí se acercó a la dinamo y la descubrió; luego, mediante una palanca, embragó las poleas y se hizo la luz. En cada ampolla de cristal había una centella prisionera.
Clamorasa la multitud saludó su llegada; la música atacó una marcha real estentórea y estallaron chetes en los ámbitos.
Eladio miraba a Charito y sonreía.

El banquete fué servido en otra nave de la fábrica. Eladio ofreció el brazo a la alcaldesa para conducirla y, como era natural, el alcalde ofreció el suyo a Charito. Era lo que Eladio se proponía.
Todo sucedió a su gusto. Charito en la mesa se sentó a la derecha del alcalde, presidiendo el banquete; Charito presidía; Charito era la figura principal. Ella esta estupenda con su traje de gasa. En su escote su carne de color de nata era un ara venusta; sus ojos verdes lucían con más fuerza y sobre todo con más misterio que las bombillas inmóviles. Las bombillas lucen porque arden sin arder; los ojos de Charito eran luminosos porque sin arder ardían...
Durante la comida el alcalde colmó de atenciones a «doña Rosario» y la habló de la suerte de tener un marido tan trabajador e inteligente. Charito gozaba. La pobre quería creerse, quería soñar que era en verdad «doña Rosario».
Inopinadamente don Adrián se puso en pie. El secretario le había escrito un discurso.
Aquel día empezaba para el pueblo una nueva era: la era del progreso. la energía eléctrica extraída fué reino de las ondinas por la ciencia mágica del señor Icard y del señor Edison. Ya en vez de ver a los obreros sudorosos mover las antiguas sierras estridentes, los almorañeses verían salir de las aserrerías celéricas cientos y cientos de cajas para el envase del rubio fruto del país, cortadas por velocísimas cintas de acero. Brindaba el alcalde por la Ciencia, por Almoraña progresiva y... permitiéranselo sus oyentes, por la dama dechado de virtudes que a su belleza incomparable unía un alma de artista y un generoso corazón, modelo de esposas y al par ejemplo de caridad cristiana. «He de notificaros, queridos convecinos, que esta perínclita mujer acaba de entregarme, para que sean repartidas entre los pobres del pueblo en este fausto día, mil pesetas. ¡Viva Almoraña! ¡Viva doña Rosaio!...»
El brindis del alcalde era muy cursi, sí, muy cursi; pero muy hermoso también, muy hermoso.
Eladio, obligado a contestar, brindó sencillamente: «Por la villa enclavada en un paraíso y por las Evas de aquel paraíso.»
Después del banquete hubo baile. Charito no quiso bailar.

Al retirarse todos, «doña Rosario», que pensaba partir al día siguiente, fué despidiéndose una a una de sus amigas. Al llegarle el turno a Encarna, la dijo en baja voz:
-- Dé usted de mi parte mil besos a su hijo. Y engrase usted la verja, señora, que chirría...

6.9 Capítulo IX

Al día siguiente Eladio y Charito se partieron de Almoraña. Acudió a despedirles todo el pueblo. Eladio repartía apretones de manos y retiraba ofrecimientos corteses. Charito hacía lo mismo, mas al llegarle su vez a doña Emilia, rompió a llorar.
-- Esté usted segura, amiga mía, de que es el más grande cariño de mi pobre vida.
Doña Emilia no lo podía entender bien, pero entendió sus lágrimas y lloró con ella.
En la galera del alcalde fueron llevados a la estación. El tronco de jacas subió al trote las cuestas hasta dar vista al campo raso. Desde allí Charito contempló por última vez el valle florido. Las palmeras movidas por el viento cabeceaban como si la saludasen diciéndola también adiós.

La galera corría ya por la carretera rectilínea cruzando las tierras llecas que tan cerca del río se agrietaban de sed.
-- ¡Ea! -- dijo Eladio -- ya se acabó todo.
-- Sí, todo se acabó. Ya no soy «doña Rosario». Vuelvo a ser Charito, de la casa de doña Matilde.
-- Estoy contento de ti.
-- Gracias. Yo a tí agradecidísima.
-- EL golpe final de dar una limosna espléndida, fué de un gran efecto. Lo hice porque es poco más o menos lo que nos hubiese costado el hospedaje.
-- Me proporcionaste un momento de pura felicidad. Acaso el único.
-- A otra cosa. A la vida corriente. No quiero separarme de ti, chiquilla, sin dejarte un buen recuerdo. A parte del regalo que pienso hacerte en llegando a Madrid, quiero que nos despidamos con una juerga, con una verdadera juerga, sin cortapisas, sin pizca de vergüenza. Veremos si todavía están por allí algunos de mis camaradas. Con que les contemos nuestra estancia en Almoraña y tus éxitos de gran señora habrá para reir una semana.
-- Desde luego, sí...

Llegaron a la estación. La catástrofe fué rápida; nadie la pudo evitar. Cuando el tren entraba en agujas, «doña Rosario» se arrojó bajo las ruedas que partieron en dos pedazos su pobre y bello cuerpo de meretriz...

Rafael López de Haro